

GFS-197-B

**Salero de Manzanares**  
(mecnografiado)

SALERO DEL MANZANARES

Guión para una película española

Adaptación "El cortejo de la Princesa"

SALERO DEL MANZANARES

---

Guión para una película española, inspirado en  
la zarzuela "EL CORTEJO DE LA IRENE", libro de  
CARLOS FERNANDEZ SHAW y música de RUPERTO CHA-  
PI, por

GUILLERMO y RAFAEL FERNANDEZ SHAW

---



Epoca: principio del siglo XIX.

Lugares de acción: EL PARDO, MADRID, ARANJUEZ y EL ESCORIAL.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

S I N T E S I S   P R E L I M I N A R

---

## S I N T E S I S P R E L I M I N A R

---

El Real Sitio del Pardo, las escenas madrileñas de los tapices de Don Francisco de Goya, el Madrid de los primeros años del siglo XIX y los Reales Sitios de San Lorenzo del Escorial y Aranjuez son los fondos sobre los cuales discurre la acción, aristocrática y popular del guión cinematográfico.

### SALERO DEL MANZANARES

---

Sucesivamente también, los fondos musicales van creando el ambiente y preparando la naturalidad de las situaciones líricas: del ritmo de seguidillas; se pasa al de las típicas "tiranas"; y de éstas al del garboso "pasacalle", que se interrumpe para un leve ritmo de mazurca y para que la gran frase posterior del dúo muy madrileño del ilustre maestro Cahpi tenga su adecuado relieve y su prudente desarrollo.

### EL ARGUMENTO

---

Una breve síntesis del argumento dará rápida idea del alcance y de la finalidad de este guión.

Irene, la maja arrogante de "Las Vistillas", se ve cortejada por un apuesto Capitán, de noble abolengo, que al principio sólo piensa en una aventura sin trascendencia, pero que un día se ve prendido en las amorosas redes de la mujer castiza y popular. La rivalidad de una dama aristocrática aparta al galán de la maja. Pero ésta no se da por vencida, y cuando el Capitán, de Guardias de Corps, se halla en Aranjuez, -complicado por cierto en la conspiración que tuvo por resultado el motín contra Don Manuel Godoy Príncipe de la Paz,- allí acude la Irene resuelta a rescatar, con su decisión y con su ingenio, el amor perdido. Las artes de que se vale, las consecuencias de ellas y la preparación del mo-

tin político, constituyen el último tercio de la película; la cual finaliza con el triunfo de la maja, que retiene entre sus brazos al sugestionado galán, ajeno totalmente a sus compromisos de conspirador e incendiario... Y al incendio que predne en el Palacio del favorito, responde al de su corazón.

Alrededor de los tipos centrales mievase -como en la zarzuela que ha sido objeto de adaptación-, todo un mundo de damiselas petimetres, majos, chisperos, toreros, rapabarcas, arrieros y gentes de los pueblos de la provincia de Madrid, que formaba ya el conjunto que muy poco tiempo después había de dar, ante el invasor francés, el más maravilloso ejemplo de independencia y patriotismo que conocieron los tiempos modernos.

ADVERTENCIA.- Aun cuando la supresión de las corridas de toros por Godoy fué en 1805, y no se reanudaron hasta después de los sucesos del año 1908 en Madrid, se ha acogido en este Guión el episodio del Príncipe de la Paz y el matador "Pepe Romero", por no querer prescindir de su gran valor anecdótico, y considerar que con ello no se altera, sino más bien se refuerza, el ambiente representativo de aquella época.

#### NOTAS COMPLEMENTARIAS

- 1.- Tapiz "La merienda a orillas del Manzanares".- El cartón de Goya se conserva en el Museo del Prado, planta baja, en los salones dedicados a estos cartones. Número del Catálogo: 768.
- 2.- "Los jugadores de naipes". Iden, iden. Número: 775.
- 3.- "La Pradera de San Isidro". Cuadro de Goya, del que se ha de utilizar el fondo. Figura en las salas de Goya, del piso alto, de dicho Museo. Número 750 del Catálogo.
- 4.- "El pelele". Cartón que, en las salas de la planta baja, tiene el número 802 del catálogo.
- 5.- "El columpio". Número en el Catálogo, 785. De este cartón sólo se aprovecha el tema, como motivo de inspiración; pero las figuras, como en el texto, se explica, son otras.

- 6.- "La maja y los embozados". Número 771 del Catálogo. El traje que lleva en este cartón la maja, es el mismo que ha de llevar IRENE en la escena del columpio.
- 7.- Tapiz del "Juego de las Vaquillas" hecho sobre cartón de Francisco Bayeu. Se conserva en el Salón de Embajadores del Palacio del Escorial.
- 8.- "La cometa". En el Prado, número 774. Sólo han de reproducirse las figuras y sus actitudes, y, naturalmente, el juego de la cometa.
- 9.- "La acerolera". Cartón de Goya, correspondiente al número 782.
- 10.- "La gallina ciega". Este magnífico cartón de Goya se halla con los demás, en la planta baja de nuestro Museo y ostenta el número 804.
- 11.- Don Eugenio Fulalio Portocarrero y Palafox, Conde Montijo y de Teba, era hijo, --como su hermano Cipriano que más tarde le sucedió en los títulos--, del séptimo Marqués de Ariza Don Felipe Antonio de Palafox. Había nacido Don Eugenio el 12 de febrero de 1773. Frisaba, pues, en los tiempos en que se desenvuelve la acción de EL CORTEJO DE LA IRENE, en los 34 años.
- 12.- Ha de ser esta "perrita" parecida a la que aparece en el retrato de "La Duquesa de Alba en 1795" pintado por Goya, y que se conserva en el actual Museo de la Casa de Alba, recientemente abierto en el edificio construido en terreno del antiguo jardín ducal de la Calle de la Princesa en Madrid.
- 13.- "El quitasol". Cartón de Goya en el Museo del Prado, número 773 del Catálogo.
- 14.- "El baile en San Antonio de la Florida". Gran cuadro --parejo al de "La Marienda", del que ha de procurarse una reproducción lo más exacta posible.
- 15.- "El cacharrero". La composición de este cartón goyesco (número 780 del Catálogo del Museo del Prado) ha de procurarse también con la mayor fidelidad en todos sus elementos.
- 16.- Ver el retrato de Pepe Romero pintado por Goya. Pero téngase en cuenta que el torero citado, en la fecha en que se fija la acción de esta película, tenía ya más de 50 años.

BIBLIOGRAFIA

LOS TAPICES DE GOYA, por Don Gregorio Cruzada Villaamil.

LOS TAPICES DE LA CASA DEL REY, por Don Elías Tormo y Don Francisco Javier Sánchez Cantón.

GOYA, por el Profesor Mayer.

DOÑA MARIA MANUELA KIRKPATRICK, CONDESA DE MONTIJO, por Don Félix de Llanos y Torriglia.

EL 19 DE MARZO Y EL DOS DE MAYO (Episodios Nacionales, primera serie) por Don Benito Pérez Galdós.

LA FAMILIA DE CARLOS IV, por Don Benito Pérez Galdós.

EUGENIA DE MONTIJO, EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES, por el Marqués de Villaurrutia.

ARBOLES GENEALOGICOS DE LA CASA DE ALBA.

COLECCION DE OBRAS COMPLETAS, de Don Ramón de la Cruz.

LA ESCUELA DE TAUROMAQUIA DE SEVILLA, por Don Natalio Rivas.

LOS TOROS, por Don José María Cossío.

ESCENAS ANDALIZAS, por Don Serafín Estébanes Calderón.

LOS "ROMEROS". Apuntes biográficos de estos grandes lidiadores, por "Recortes".

MEMORIAS de Don Manuel Gódog.

EL MADRID DE GOYA, por Don Diego San José.

EL MADRID DE LOS ABUELOS, por Don Pedro de Répide.

• DESARROLLO DEL GUION



Una campanita que voltea en la espada  
Ha de una Iglesia, sobre el fondo de  
una brillante puesta de sol.

La Iglesia es la Parroquia del Real  
Sitio del Pardo en los comienzos del  
siglo XIX.

Sobre el incendio del sol naciente,  
la campana parece loca. Se ve ahora  
la fachada de la Iglesia y cómo en-  
tran en ella DOS SEÑORAS cubiertas con  
manto, y algún tipo popular de la épo-  
ca.

El sol ilumina ya el caserío, con do-  
minio de media mañana, y se ve ahora  
a dos HOMBRES caminando por la aveni-  
da principal de El Pardo: uno demues-  
tra por su uniforme y sus galones que  
es Ujier del Real Palacio; el otro  
lleva sobre su traje simple mandil de  
artesano, y, bajo el brazo, un largo  
rollo de fina alfombra.

Ambos penetran por el vestíbulo del  
mediodía de Palacio y suben luego por  
una escalera de servicio.

Llegan a una amplia pieza en la que hay  
agrupados en un extremo varios muebles  
de comedor. En la parte que queda libre  
se hallan otro UJIER y UN MUCHACHO, en  
unión de un par de escaleras de mano y,  
en el suelo, una porción de útiles de  
carpintería.

Suben el Artesano y el Mozalbete cada  
uno a una escalerilla y desenrollan  
la alfombra que el primero conducía. Al  
desenvolverla, la aplican a un lugar de  
la pared que tiene justamente las mis-  
mas medidas que la alfombra.

ALEGRE REPIQUE DE CAMPANA QUE  
DURA HASTA QUE SE INDICA.

FONDO MUSICAL DESCRIPTIVO DE UN  
ALBERE AMATEGER.

SEÑORA 1ª.— Buenos días nos dé  
Dios, Doña Gumersin-  
da.

SEÑORA 2ª.— Muy buenos días. Las  
mañanitas de abril..

SEÑORA 1ª.— Sobre todo en El  
Pardo; son muy buen-  
nas de dormir.

SE VA EXTINGUIENDO EL SONIDO DE LA  
CAMPANA POCO A POCO

DEJAN DE OIRSE LAS CAMPANAS.  
SIENTAN LOS PASOS DE LOS QUE SU-  
BEN LA ESCALERA.

UJIER.— Ya están esperando ahí  
arriba: en el comedor  
de sus Altezas.

ARTESANO.— Pero sus Altezas no  
estarán...

UJIER.— (RIENDO) ¡Tú eres bobo!

ARTESANO.— Estos tapices que ahora hace la Fábrica, a mí me gustan la mar. Son de cosas nuevas: nada de Diosas ni de Ninfas ni de Reyes.

UJIER 1º.— (MANDÁNDOLE CALLAR)  
¡Chist!... Dentro de la casa, punto en boca, Mariano.

Esta no es otra cosa que un tapiz, de brillante colorido, a cuya vista, ya extendido, hacen los dos Ujieres gestos de gran satisfacción. Uno de ellos toma en sus manos la esquina inferior de la derecha del tapiz y mira el tejido por el revés. Allí se lee, bordado en lana, la siguiente: Francisco de Goya, pintó. Fábrica de Tapices de Santa Bárbara.

El Ujier deja caer el tapiz y vuelve a contemplarle con su compañero. Y a ha sido sujetado aquel, por sus esquinas superiores, a la pared; y los dos operarios que antes lo sostenían, se unen a los admiradores de la obra.

UJIER 2º.— Oye: esto está muy propio ¡parece un cuadro!

ARTESANO.— (DESDE LO ALTO DE LA ESCALERILLA) Pues si oyeras las voces que ha dado el pintor!... Dice que le han estropeado lo mejorcito.

MUCHACHO.— (ID. RIENDO) ¡Tiene un geniazo!...

HA CESADO LA MUSICA DE FONDO.

UJIER 1º.— ¡Goya! No lo he oído en mi vida!

ARTESANO.— ¡Más vale! Porque... ¡Si le oyes!...

UJIER 2º.— (SENTENCIOSO COMO ANTES) Esto está pero que muy rebién.

UJIER 1º.— Dan ganas de irse a la Pradera, ¿verdad?

MUCHACHO.— ¿Se pone así por San Isidro?

UJIER 2º.— Pero, ¿tú eres madrileño, muchacho? Toda la Ribera hasta la Florida es una bendición de Dios.

MUCHACHO.— (ASOMBRADO) Ya tienen donde divertirse, ya!

UJIER 1ª.-- ¡Y vaya si se divierten!

El tapiz es el realizado copiando el cartón de Goya que se titula "Merienda a orillas del Manzanares": cinco mozos del pueblo meriendan alegremente en una de las riberas del río, sentados sobre sus capas alrededor de una merienda extendida sobre blanco mantel. Uno de ellos, fuma: otro bebe, y todos bromean con una naranjera que por allí pasa vendiendo naranjas, a quien el más próximo brinda con un vaso de vino, que ella desecha. Visten los mozos (1) el traje de majo con redecilla, sombrero apuntado o montera, faja y chaqueta larga de diverso color; y todos, menos uno, tienen al lado la espada española de taza y gabilanes. En segundo término, dos grupos de figuras conversando: en uno, tres caballeros; en el otro, dos. Un perro deambula al olor de la merienda. En lontananza, el río, lamiendo la falda de una loma.

El tapiz va aumentando de tamaño hasta ocupar, en primer término, toda la pantalla.

A PESAR DE QUE YA NO SE VE A LOS INTERLOCUTORES, SUENA LA VOZ DEL UJIER 2ª:

UJIER 1ª.-- (OFF) Que sí, señor: muy rebién; ¡pero que muy rebién!

Subitamente el tapiz se anima. Sus figuras, ya de tamaño natural, cobran vida, movimiento, alegría... El Majo que brinda el vaso de vino a la Naranjera es un joven de veintiocho años, -DON LUIS-, que toma parte en esta expansión con otros jóvenes de inferior condición social. Otro de los ramidos -el que se halla de espaldas en el cuadro-, es el NATILLAS, pinche de de las cocinas de S.A. el infante Don Antonio Pascual, que se ha puesto su vestido de los días de fiesta. Los otros tres mozos, de diferente aspecto, contribuyen a la animación del grupo. Las figuras del fondo, paseando, desaparecen poco a poco.

DON LUIS ofrece su vaso a la Naranjera, que, después de rechazarlo, sigue su camino hasta que se separa de los de la merienda.

SUBITAMENTE, AL ANIMARSE EL TAPIZ COMIENZA A OIRSE EN MUSICA DE FONDO UN ALEGRE RITMO DE SEGUIDILLAS QUE CONTINUARA, MAS O MENOS ACENTUADO, PERMITIENDO SIEMPRE QUE SE PERCIERAN PERFECTAMENTE LOS DIÁLOGOS.

DON LUIS.-- ¡Reina! No seas desdeñosa...! Atrévete con un tiento de lo de Yepes!

Al pasar junto a NATILLAS, éste, sin sentado, la detiene con la voz.

Ella, parándose, rie. Después, con gravedad, pronuncia la copla, que dirige hacia su izquierda. Luego vuelve a reir y continúa su camino, no sin dar, al recitar el último verso, un respingo de aparente susto.

Todos los circunstantes, rien, beben y fuman.

Los ojos de la Naranjera descubren unos metros más allá, bajo un árbol, a cinco mozos, -análogos a los anteriores- que se hallan sentados sobre la hierba. Tres de ellos juegan a los naipes con baraja española. Los otros dos miran la partida. También observan el juego otros dos, de pie. (2). Colgada entre dos ramas del árbol pende una capa. Cerca del mozo que ocupa el primer lugar de la izquierda, un castoreño. Sobre él, bastantes monedas.

Uno de los mirones que están de pie, hace una seña al PUNTILLOSO, que no

NARANJERA.- ¡Miren el rumboso!  
¡Pico más alto! (PREGONANDO) ¡Ramilletes y naranjas!  
¡La naranjera...!

NATILLAS.- Si picas, ahí tienes al "Puntilloso" (SEÑALANDO HACIA SU DERECHA) Se está jugando todo lo que ha picado en su vida.

NARANJERA.- (TARAREANDO)

Picador, que estás picando pica que pica tus cartas: ten los ojos bien abiertos ¡que se acerca un Peñaranda!

RISAS DE TODOS

NARANJERA.- (PREGONANDO NUEVAMENTE) ¡Ramilletes y naranjas! ¡La naranjera!

NARANJERA.- (DESPUES DE MIRAR) ¡Ahí está el matamatos! ¡El terremoto!

PUNTILLOSO.- (QUE ES EL DE LA IZQUIERDA) ¡Maldita sea! (ARROJANDO LAS CARTAS) ¡La culpa la tiene el caballo!

JUGADOR 2º.- (QUE ESTA A SU LADO) ¡El caballo! ¡Siempre dices lo mismo. ¡Hasta en la plaza.

PUNTILLOSO.- Maldita sea!

es otro que el mozo que está en este primer término. EL PUNTILLOSO le ve; pero también le descubre al Jugador enfrentado a éste, que es el propietario de las cartas que ha delatado el Mirón.

EL PUNTILLOSO, aludido, se pone de pie en actitud de jaque.

EL JUGADOR 1º también se levanta con gesto amenazador. EL MIRON pasa al lado del PUNTILLOSO.

Los demás forman grupo alrededor del JUGADOR 1º y apoyan a éste en lo que dice. Cara de asombro del PUNTILLOSO que no hace más que mirar a su amigo mientras que el otro habla.

PUNTILLOSO corta el discurso a su contrario con un desplante e intenta atemorizar a todos con actitudes de matón. Su amigo el MIRON le anima con la mirada.

JUGADOR.— (AL MIRON) ¡Oye, niño!

MIRON.— ¿Qué sucede?

JUGADOR.— Que a mí, no, ¿sabes?

MIRON.— No entiendo.

JUGADOR.— Que estás de acuerdo con ése. (POR EL PUNTILLOSO) Y a mí, no, ¿sabes?

PUNTILLOSO.— ¿Quién es ése, si puede saberse?

JUGADOR 2º.— Tú y nada más que tú, ¡que nos estás pelando!

JUGADOR 1º.— ¡Y con malas artes! Que te has traído este... moscardón... y aquí no se viene a caza de gangas!

MIRON.— ¿Moscardón yo?

JUGADOR 1º.— ¡Moscardón, tú! Y baladrón ése (POR EL PUNTILLOSO) que ni juega, ni pica ni nada. Pero ¿qué te has creído, varilarguero? ¿Qué estamos aquí dos buenas almas para que tú nos desplumes tan sin escrúpulos?

PUNTILLOSO.— ¡Agárrame, Colás, que se pierde un hombre! ¡Agárrame, Colás! que no quiero tocar a zafarrancho! (A ELLOS) Pero ¿no te dá pánico, infeliz, exponerte a mi temperamento? Pero ¿te has olvidado de quien soy? Pero ¿no sabes que el "Puntillioso" abre la boca y hasta los mosquitos se evaporan?

Sin embargo, los JUGADORES 1º y 2º y sus amigos no se intimidan y ponen rostros burlones mientras que él habla.

Ante un nuevo desplante, sin resultado, el PUNTILLOSO toma su capa, recoge su castoreño y las monedas, y va a guardarse éstas cuando le detiene la voz del JUGADOR 1º

Este se levanta decidido. El JUGADOR 2º, que le secunda, extiende la mano hacia el picador. Este se resiste apoyado por el MIRON. Los demás animan a los jugadores y todo parece indicar que van a llegar a las manos.

Corta la incipiente reyerta la aparición de la NARANJERA, que avanza y se coloca en medio de los siete hombres. Ella sonríe a uno y otros, y todos se van calmando.

La NARANJERA entonces, toma todas las monedas que PUNTILLOSO conservaba en la mano; se las guarda graciosamente en la faltriquera y reparte a cada uno de los presentes una naranja, en la que previamente estampa un beso.

JUGADOR 1º.— ¡Ja, jay!

TODOS BIEN

PUNTILLOSO.— (COMO ANTES) ¡Agárrame, Colás, que me pierdo! (CAMBIANDO DE TONO) Os salva que hoy me levanté de buen temple. (DESPRECIATIVO) ¡Ahí os quedáis!

JUGADOR 1º.— Que no, Puntilloso; que no! ¡Que ese di nero es nuestro!

JUGADOR 2º.— ¡Eso! ¡Nuestro!

PUNTILLOSO.— ¡Ja, jay, digo yo ahora!

JUGADOR 2º.— ¡Vengan los reales!

PUNTILLOSO.— ¿A mí? ¿A mí con ésas? ¡Fuera, chicos!

TODOS.— (MENOS EL MIRON) ¡A él! ¡A él!

NARANJERA.— ¡Eh! señores. ¡Un poco de fundamento. Que no se diga que un majo del Barquillo, como el señor, (POR EL JUGADOR 1º) y el mejor Caballero de nuestras Plazas vana matarse por unos cuartos de insignificancia.

PUNTILLOSO.— (FANFARRON) Eso es lo de menos

NARANJERA.— ¡Vengan acá esas monedas, rey de la torería! (COGIENDOLAS) ¡Si hasta manchan en manos tan principales como las vuestras! (A UNOS Y OTROS) ¡Y esta sonrisa mía, no vale nada? Pues tomad estas naranjas que son vino y azúcar en una pieza. A ti, Emperador (BESANDO LA NARANJA) para que valga más; a ti Sultán, para que te engolosines; a ti, Faraoón, para que te acuerdes...

La escena se borra al cuarto beso en la cuarta naranja. Ahora volvemos a ver a los de la merienda. Se han levantado. NATILLAS guarda en una cesta los restos de ella, que se hallaban esparcidos por el suelo.

DON LUIS.— Un voto de gracias al NATILLAS. ¡El primer cocinero de Palacio!

NATILLAS.— Más despacito. Capitán; repostero y solamente de S.A.

DON LUIS.— Pero Don Antonio Pascual es el primer paladar del reino.

NATILLAS.— Eso sí. Allí no pida usía más que lo que dice la copla.  
"Las fuentes de dulces,  
los platos montados  
y los ramilletes  
muy bien adornados".

DON LUIS.— ¡Mira éste cómo se relame! (POR EL PERRO)

El perro se ha apoderado de un plato con restos de pastelería y se resiste a dejárselo a NATILLAS. Luego, cuando éste logra quitárselo, limpia honestamente su hocico con su larga lengua.

DON LUIS arregla su traje de majó, y, al colocarse el tahalí con la espada, se lo entrega al NATILLAS (que era el único sin armas).

NATILLAS.— (CON INTENCION) ¡El segundo paladar del reino!

DON LUIS.— Toma; tú eres de confianza. La dejas luego en casa, ¿entiendes?

NATILLAS.— (TOMANDO TAHALI Y ESPADA) Pero, Usía, mi capitán...

DON LUIS.-- Tengo que bailar con  
unas madamas. (RIE) ! Es  
to es la vida, Pepe)

NATILLAS la coge, no de muy buena gana; pero, no atreviéndose a desobedecerle, desahoga su contrariedad dando con el mismo tahalí, un golpe al perro, que se aleja chillando.

NATILLAS.-- ¡afuera, chuchó!

SE INTENSIFICA LA MUSICA DE FONDO. EL RITMO, DE SEQUIDILLAS

Descubrimos ahora otro aspecto de la Pradera, en sitio ya más cercano a la Florida. El fondo en este momento es el del caserío del Madrid de la época inmortalizado por GOYA (3). El primer término lo forman cuatro garridas mozas, pulcramente trajeadas, que mantienen un pelele (4). Un poco alejados de ellas, varios CHICOS, de diez a doce años, rien y jalean a las manteadoras.

MOZAS.-- (CANTANDO A RITMO MI ENTRA  
QUE VOLTEAN EL MUÑECO DE  
TRAPO)

"Cuando estás aburrida  
dale al muñeco  
y verás con qué gracia  
tuerce al pescuezo.  
¡Dale al pelele!  
Que, si no es ningún hombre,  
me lo parece!

CHICOS.-- (CORRANDO)

¡Dale al pelele;  
que, si no es ningún hombre,  
se le parece!

A unos metros de estas "manteadoras", pero lo suficientemente cerca de ellas, -puesto que forma parte de su "grupo excursionista"- está LA IRENE columpiándose en una cuerda pendiente de las ramas de un árbol. (5) IRENE no está sola. La acompaña ALIFONSO que, en tierra, da impulso al cuerpo de la maja, vestida tal y como se la describe en la Nota (5). Al fondo, UN CIEGO, sentado en un ribazo, toca una guitarra.

IRENE.-- (RECITADO)

¡También esas...tienen ganas de bureo! Con lo bien que está re-punchingada!

Cantando a su vez, siempre sobre el ritmo indicado, que lleva perceptiblemente la guitarra del ciego.

¡Alifonso, Alifonso  
dale al columpio;  
que por algo me dices  
maja de rumbo!  
¡No hay peluquero  
que haga rizos al aire  
con más esmero!

ALIFONSO.-- (REPITIENDO, COMO AN-  
TES LOS OTROS)

¡No hay peluquero  
que haga rizos al aire  
con más esmero!

Mientras que Alifonso repite la estro-  
fa cantada, pasa, ante la IRENE, la  
NARANJERA. Aquella deja de columpiar-  
se y recibe una naranja que, por el  
aire le lanza, como una pelota, la NA-  
RANJERA.

IRENA saca una moneda del bolsillo y  
se la entrega a ALIFONSO. Este va has-  
ta donde se detuvo la vendedora y la  
paga. ALIFONSO es... el tipo clásico  
del "Figaro": adulator, servicial y  
entrometido. También un poco afrance-  
sado.

IRENE.-- Toma; dáselo a ésa. ¡Me  
tenías muertecita de  
sed, Juana!

NARANJERA.-- (/RECIBIENDO LA MONE-  
DA) Se agradece chi-  
ca. ¡Cómo prosperas!

IRENE.-- La prendería. A ver quan-  
do te pasas por ella.

NARANJERA.-- Una tarde. (PREGONAN-  
DO)

¡Ramilletes y naranjas...!

Vuelve la cara IRENE hacia sus amigas  
del pelele. Y, ya de pie, en el suelo,  
las llama

IRENE.-- ¡Chicas! ¡Dejad éso ya,  
que pareceis locas!

Las mozas han cesado de voltear al pe-  
lele y una de ellas sostiene el muñeco  
por la cabeza y contesta a la Irena.

MOZA 1ª.-- Si ahora estamos en lo  
mejor: nos lo comemos  
a besos.

MOZA 2ª.-- Y a mordiscos.

RIEN UNAS Y OTRA

ALIFONSO TAMBIEN RIE, AUNQUE  
DE MANERA DISTINTA.

La maja, bajo su árbol, rie y responde, mientras que dá con el abanico un golpe a ALIFONSO. Este se siente aludido.

Las mozas estrujan ahora, y maltratan, a su pelele.

Y vuelven a mentearlo y a cantar, mientras que DON LUIS, con NATILLAS, pasa junto a ellas en dirección al lugar don de se halla la maja.

DON LUIS llega hasta el árbol de la IRRENE, que ha subido de nuevo a su columpio. No la conoce, pero sí a Alifonso. Cautivado por la belleza de la maja, se quita instintivamente el sombrero y se detiene.

Va a seguir, pero al reconocer al peluquero, a él dirige su saludo.

ALIFONSO, siempre servicial, acude a cumplimentar a Don Luis, no sin pedir permiso a la Irene por abandonarla unos segundos.

RESUENA UN ALEGRE CORO DE FRESCAS RISAS)

IRENE.-- ¡Jamás! ¡Ni que fuera un hombre!

ALIFONSO.-- ¡No te ensañes, Irene!

MOZA 1ª.-- ¡Ni que fuera un niño! (RIEN TODAS)

MOZAS.-- (CANTANDO DE NUEVO)

¡Dale al pelele;  
que, si no es ningún hombre  
se le parece!

DON LUIS.-- Las mujeres de hoy  
día son más guapas  
que nunca. ¿No estás conforme?

DON LUIS.-- Mira esta maja, Natillas. Esto sí que es un postre de repostería.

NATILLAS.-- Tiene Usía que ver sus ingredientes.  
¿Seguimos?

DON LUIS.-- Me dejé clavado. Si yo me atreviera...

NATILLAS.-- ¿No esperan las madamas y los usías?..

DON LUIS.-- ¡Si está el rapabarbas! ¡Alifonso!...

ALIFONSO.-- ¡Mi capitán! ¡Tanto bueno! Con permiso, Irene. ¿Y su señora madre, la señora marquesa? ¿Se conserva bien de salud? Me tiene olvidado, muy olvidado. Es una picacona... ¡una picarona!

Mientras que Alifonso habla, -un poco amanerado- DON LUIS apenas si le hace caso y no deja de mirar a la Irene, que se hace la distraída.

El Capitán corta la frase al peluquero y le pregunta por su bella acompañante. Esta, sin darse cuenta, impresionada por la apostura del joven, ha dejado, poco a poco, de columpiarse.

DON LUIS rie y da un familiar golpe en el hombro de Alifonso, en señal de despedida. Luego continúa su camino, sin dejar de mirar a la Irene, que tampoco aparta de él, con habilidad sus ojos.

Ante las Mozas, que se hallan ahora envolviendo en una mante el pelele, para guardarlo, pasan, en la misma dirección que antes, DON LUIS, el PUNTILLOSO, con su capa y con su castoreño en la mano, y el amigo MIRON de su partida de naipes. Tras ellos, en aní mado grupo, los otros cinco.

Llega el PUNTILLOSO ante la IRENE, cuando ésta, un poco extrañada, se arregla también para marcharse de allí

Inmediatamente, jacarandoso, se enboza y se cubre y va a situarse ante una peña, entre varios árboles iguales al que ha mantenido el columpio

DON LUIS.-- ¿Quién es ésa?

ALIFONSO.-- ¿No la conoce usía? La Irene: la maja más templada de las Vistillas...

DON LUIS.-- Y tú...¿tienes algo que ver con ella?

ALIFONSO.-- ¡Ay! ¿Yo? Peluquero y nada más que peluquero, mi capitán.

DON LUIS.-- (A NAUTILAS, MIENTRAS QUE SE ALEJA) ¡Buena jaca!

VUELVE A PERCIBIRSE MAS INTENSAMENTE EL RITMO DE SEGUIDILLAS

PUNTILLOSO.-- (PRESUMIENDO COMO SIEMPRE) Y yo te digo que no tolero que me alce la voz ningún guapo: ¡ni el señor Curro Guillén en persona!

MIRON.-- ¿Y...una mujer?

PUNTILLOSO.-- (VIENDO A LA IRENE) ¿Esa? Verás como la cito...y toma varas.

IRENE que se ha quedado con ganas de sacarse una espina, se fija en el PUNTILLOSO y le sonríe; luego, se acerca a ALIFONSO, que ya ha tomado su capa, y le invita a que la acompañe.

El PUNTILLOSO, colocado a regular distancia de la maja, se sienta en la p<sup>er</sup>ra y adopta una fiera actitud.

IRENE, trayendo a su izquierda a ALIFONSO, enbozado y con su montera granadina puesta sobre la redecilla, avanza en actitud un poco provocativa.

ALIFONSO adopta el gesto más amenazador que puede, compatible con el temblor de sus gordas piernas (pantorrillas) infladas por su constante "estar de pie", propio de su oficio de paluquero.

Signe avanzando IRENE hacia donde se halla el PUNTILLOSO. En el fondo, otros dos hombres, -de los JUGADORES de artes-, y dos MOZAS de las del pelele se disponen a contemplar la escena.

IRENE.-- Fíjate qué estampa, Alfonso. Ese es mi hombre. ¿Quieres divertirte un rato? ¡Enbózate!

ALIFONSO.-- ¡Señora! ¡Que yo soy un hombre de pocas chichas!

IRENE.-- ¡Ponte la montera!

PUNTILLOSO.-- (AL MIRON) ¡Déjame solo!

MIRON.-- (RETIRÁNDOSE DISCRETAMENTE) ¡Buena suerte, maestro!

IRENE.-- Pon cara feroche por lo que más quieras, ¡ángel mío!

ALIFONSO.-- ¿Así?

IRENE.-- ¡Más fiero!

ALIFONSO.-- ¡¿Así?!

IRENE.-- ¡Así!... hasta que yo te diga.

PUNTILLOSO.-- (SIN MOVERSE) ¡Alto ahí!

IRENE.-- (DEPENIÉNDOSE) Llevo permiso de contrabando.

PUNTILLOSO.-- ¿De quién?

IRENE.-- ¡De aquí!

PUNTILLOSO.-- ¿Cómo?

IRENE.-- ¡De aquí!

ALIFONSO.-- (CON VOZ RONCA) ¡De aquí...!

Los dos hombres se miran furibundos (6). Las piernas de ALIFONSO se resienten por el temblor, pero el peluquero pone la cara más terrible que es dable suponer.

El PUNTILLOSO, ante un ademán nervioso de ALIFONSO, adopta un gesto conciliador... por miedo.

Y la maja, triunfador, para y se prende del brazo de su peluquero.

Amplio panorama de la Pradera, cada vez más cercano a la Florida. Los fondos de Madrid lo van indicando. Los CHICOS que antes miraban a las MOZAS, juegan, en un claro sin árboles, a los toros, sirviéndose de la típica "vaquilla"; reproducida por Bayar (7). Juegan y corren entre grupos que meriendan todavía y al hilo de otros grupos de Mozas y Mezos, que también corren y brincan.

En lo alto de una pequeña elevación, dos hombres han echado al aire una cometa, cuya cuerda templa y juega uno de ellos (8). Por delante pasa una ACEROLERA con su cesta al brazo. (9).

El aire se afina; parece más transparente cada vez. La IRENE que va, --como antes--, con ALIFONSO, se detiene al ver a NATILLAS, que observa algo a lo lejos, y le pregunta.

PUNTILLOSO.-- ¡Ah! Creí...

ALIFONSO.-- (CRECIENDO) ¡Brrrr!

IRENE.-- Con el permiso.

VOCES AISLADAS DE LOS CHICOS:

¡Eh! ¡Toro! ¡Toro!

ACEROLERA.-- ¡Ya han madurado!  
¡La acerolera! ¿Quién quiere acerolas...?

IRENE.-- (A NATILLAS) ¿Usted es el que venía antes con...  
ése?

NATILLAS.-- ¿El Capitán?

IRENE.-- Ése... que parece un majo.

NATILLAS.-- ¡Don Luis!

IRENE.-- ¡Yah!

NATILLAS.-- Llegó retrasado a la cita. Pero ya encontré su diversión.

NATILLAS satisface su curiosidad señalando hacia el sitio donde está DON LUIS. Este lugar es una pequeña explanada a orillas del río. En ella cuatro señoras y cuatro caballeros, disfrazados de majos, -excepto uno-, forman un corro, cogidos de la mano, jugando a la "gallina ciega". En el centro, otro caballero, también disfrazado, tiene los ojos vendados y lleva en la diestra una gran cuchara de madera.

El corro, quieto, hace las preguntas y respuestas de ritual y, luego, da vueltas en un sentido mientras que, en el contrario, dentro de él, gira el caballero de los ojos vendados.

Claramente se advierte a DON LUIS en uno de los majos figurados. En IRENE, que observa desde lejos, se refleja, al descubrirle, una mezcla de desprecio y de interés. De pronto, el caballero vendado da una palmada; y, entonces, los del corro se detienen. Unos de pie, otros de rodillas, y todos en silencio, procuran esquivar el cucharón amenazante. De rodillas y de espaldas ha quedado DON LUIS. Durante unos segundos se ha formado un cuadro plástico. (10)

Pero el caballero de los ojos vendados después de una leve vacilación, se decide y toca con el cucharón a una dama que, arrodillada, procuraba evitarle. Al mismo tiempo pronuncia el nombre de aquel a quien cree que ha señalado.

A pesar de que se equivoca, el corro se deshace porque el aludido EUGENIO MONTIJO (11) -que es el único que no viste de majo- avanza y desprende el pañuelo de las sienes del VENDADO.

NATILLAS.- Allí están.

IRENE.- ¿Esa es la aristocracia?

ALFONSO.- (INTERVINIENDO) La aristocracia, que quiere al pueblo...y que lo imita.

LOS DEL CORRO.- (ANTES DE COMENZAR LAS VUELTAS)  
"Gallinita ciega ¿qué se te ha perdido?"

EL VENDADO.- Una aguja y un dedal.

LOS DEL CORRO.- Pues ¡date, date vueltas, y lo encontrarás!

SILENCIO ABSOLUTO SIN MUSICA ALGUNA DE FONDO.

EL VENDADO.- ¡Eugenio Montijo!

GRAN CARCAJADA UNANIME

EUGENIO.-- ¡Plancha, querido Vicente! Pero ven acá, que no das una y yo tengo gusto en sustituirte.

VICENTE.-- Creí que iba a ser gallinita toda la tarde.  
Gracias, Eugenio.

EUGENIO se pone a sí mismo el pañuelo y comienza otra vez el corro a dar vueltas.

LOS DEL CORRO.-- (ANTES DE DAR VUELTAS) "Gallinita ciega, ¿qué se te ha perdido?"

EUGENIO.-- Una aguja y un dedal.

LOS DEL CORRO.-- Pues date, date vueltas y la encontrarás.

En una de ellas, DON LUIS descubre la silueta de la IRENE y se vuelve a mirarla con marcado interés. La señora que tiene su lado lo advierte y, sin dejar de correr, le llama la atención

DAMA 1ª.-- (MIENTRAS QUE DAN VUELTAS) Pero, Luis, ¿qué estás mirando?

DON LUIS.-- ¿Yo? ¡Las miserables!

La señora cuando mira hacia el sitio que a DON LUIS le interesaba, ya han desaparecido de allí la maja y ALIFONSO, y sólo queda NATILLAS rascándose el colodrillo. Al producirse de nuevo la parada del corro, en forma distinta a la anterior, llega a los pies de los circunstantes una pelotita de trapo, y, tras ella, una linda perrita "pekinés" (12)

CONDESA.-- (LLAMANDO A LA PERRITA)  
¡Nell! ¡Ven aquí, Nell!

El perrito toma con los dientes la pelotita y va a entregársela a su dueña, que es una elegante dama que, sentada se defiende los rayos oblicuos del sol Poniente con un quitasol que mantiene un Paje a su lado. (13).

La Dama se agacha a recoger la pelotita. Pero, al escuchar la reconvención que le hacen vuelve a su primitiva actitud.

VOZ DE ALGUIEN QUE NO SE VE.-- ¡Un momento, querida Condesa! No pido más que un momento

CONDESA.-- ¡Ay! Perdone, usted Don Francisco. ¿Qué dirá de mí?

VOZ DE GOYA.— (LA ANTERIOR) ¡Un minuto no es una eternidad!

A la izquierda de la CONDESA, sobre el césped, se recorta, alargada, la sombra de Don Francisco de Goya, que mantiene en una mano una carpeta y en la otra un lápiz con que dibuja.

La CONDESA ha quedado quieta. La sombra se aleja. Ahora es sustituida poco a poco por otra sombra, que se va acercando.

La sombra es de DON LUIS, cuya figura surge ahora, galante y adladora, ante la aristocrática dama.

La CONDESA, al encontrarse frente a DON LUIS, descompone su pose, y rie

La CONDESA se levanta y tiende a DON LUIS su mano, que éste besa. Luego, traviesa y coqueta, da pie a una conversación con el Capitán.

VOZ DE LA NUEVA SOMBRA (DON LUIS)

¡Cada vez más guapa!

CONDESA.— (SIN MOVERSE) Usted pinte y calle.

DON LUIS.— Míreme usted al menos.

CONDESA.— Me han dicho que me es té quieta.

DON LUIS.— Entonces, la miraré yo.

CONDESA.— ¡Jesús, qué hombre! ¿De dónde ha salido?

DON LUIS.— Jugaba a la "Gallinita ciega, y he ganado

CONDESA.— ¿Mucho tiempo por aquí?

DON LUIS.— Destinado en Madrid... y a sus órdenes.

CONDESA.— (PICARA) Yo no tengo Regimiento.

DON LUIS.— ¡Cuerpo de Ejército de la Gloria, batallón de los Angeles Custodios!

CONDESA.— ¡Jesús, qué tromba! Y esos Angeles...

DON LUIS.— Se escondieron detrás de sus pestañas.

LA CONDESA RIE

La perrita llega otra vez con la pelotita. DON LUIS, galante, quiere cogerla; pero el animalito se resiste; y, entonces, coge a la perrita con pelota y todo.

A los grupos populares, que ahora vuelven a verse, únense el de los aristócratas de antes y algunas parejas de CIEGOS -y LAZARILLOS- con sus guitarras y bandurrias. La animación en los grupos crece.

Al fin, los grupos dan cara a una plazoletita, al pie de La Florida. En ella, dos parejas de majos bailan seguidillas. Se ve a los bailarores desde distintos puntos de vista, hasta que sus figuras aparecen teniendo por fondo la tapia de la Casa de Campo, y a la izquierda, un puente sobre el Manzanares y, lejos, la Iglesia de San Francisco el Grande. En primer término de este mismo lado, UN HOMBRE toca la vihuela, UN MUCHACHO talle la bandurria y OTRO marca el compás con las palmas de las manos. Algunas gentes contemplan el baile. Entre ellas aparece LA IRENE

Las parejas suspenden un momento el baile, y una de las bailadoras va en busca de LA IRENE, a la que obliga a sentarse entre dos de los TOCADORES, que, previamente, se han levantado.

La maja accede a cantar y es la primera que "hace palmas". Se reanuda el baile y la IRENE se arranca "por seguidillas". (14)

Bailan las dos parejas. Pronto a ellas se agregan otras dos. Y, luego, otras cuatro. El total de ocho parejas, bailando, es acompañado por las copias de la maja, a las que ella pone toda la intención que puede.

CONDENA. -- ¿Otra vez, Nell? ¿Qué? No...quieres al señor? Haces bien; tenbe respeto porque...ya vez: te atrepará indefensa. (A DON LUIS) Gracias, Capitán. (RECOGIENDO LA PERRITA) Es usted muy amable.

VUELVEN A IMPERAR LOS SONES DE SEGUIDILLAS. TOCADOS POR INSTRUMENTOS DE CUERDA.

VOCES (SUELTAS). -- (A LOS BAILADORES)

¡Ole! ¡Viva tu cuerpo! ¡Con gracia! ¡Míral! ¡Tu tatarabuela!...

BAILADORA 1ª. -- ¡Que cante la Irene!

IRENE. -- (RIENDO) Se me ha olvidado.

TODOS. -- ¡Que cante!

IRENE. -- ¿Por seguidillas?

BAILADORA 1ª. -- ¡Pues no que no!

IRENE. -- (CANTANDO)

Quando baila una moza retebonita, con salero y con gracia las seguidillas, "¡Anda, salero!" cantan las que la miran.

LOS TOCADORES se lucen haciendo pri-  
mores con sus instrumentos. Se ve  
en primer término las manos del TO-  
CADOR en la vihuela.

Entre los circunstantes surge ahora  
la figura de DON LUIS, que no deja  
de mirar a la IRENE. Se reproduce  
a la inversa, la escena de la "Ga-  
llina ciega". Ahora es la IRENE la  
que se divierte y desdella.

Sin embargo, ni el uno ni el otro se  
son indiferentes. Ella, al cantar,  
parece que le dedica a él su copla.  
El, al escucharla, parece que se  
apropia de la copla de ella. Ahora bai-  
la todo el mundo, hasta el final de  
la música.

Puede decirse que toda la explanada  
es una seguidilla.

Ha terminado el baile en La Florida.

Los grupos se diseminan. IRENE se va  
rodeada de gente que la agasaja. En-  
tre ellos, el PUNTILLOSO, que aprove-  
cha el alejamiento de ALIFONSO, que  
ha acudido a saludar, cortesano, a  
la CONDESA.

Pero la CONDESA apenas si hace caso  
del peluquero

Mantiene conversación con sus amigas,  
-las Damas de la "Gallina ciega"-, y  
con sus amigos de la misma reunión;  
principalmente EUGENIO DE MONTIJO y  
DON LUIS.

¡Viva tu cuerpo!

TODO 3.-

"¡Anda, salero!"  
cantan los que la miran.  
¡Viva tu cuerpo!

IRENE.-

Canto riendo,  
y mientras canto y río,  
lloro por dentro.

IRENE

Niña, que por un hombre  
sufres tristezas,  
que es como estar pasando  
la pena negra,  
¡Déjalo y canta!  
Que cantando y bailando  
las penas pasan.

TODOS.-

¡Déjalo y canta!  
etc.

IRENE.-

¡Ay, de quien canta  
alegrías que luego  
saben a lágrimas!

TODOS.- (RECITADO, AL ACABAR EL  
BAILE)

¡Olé!

CREA LA MÚSICA DE FONDO.

PUNTILLOSO.- ¡El ama del canto!  
Y lo digo yo...olvi-  
dando lo de antes. ¡Maldita sea!

CONDESA.- Mañana me lo cuentas,  
Alifonso. Te espero en  
casa.

CONDESA.- (A SUS AMIGAS) Os de-  
cía que han traído a  
Rosario la negrita más linda del  
mundo. ¿No la habeis visto? ¡Es

Al dirigirse la dama a DON LUIS, ha avanzado hacia él. Este un poco desconcertado, acaricia a la perra, que ella mantiene en brazos.

La perrita parece agradecer los mimos, pero de pronto, se revuelve con enfado y muerde en una mano del Capitán.

El animalito, con el dedo de DON LUIS en la boca, pugna por no soltarlo. Hasta que su ama, regañándola, la obliga a dejar en libertad al prisionero.

DON LUIS enseña su dedo marcado por los menudos dientes de la perra. La CONDESA adopta un gracioso gesto de piedad.



un bombón! ¿genio: necesito hablarle. Con usted no cuento, Capitán; que es muy descastado.

DON LUIS.— ¿Yo?

CONDESA.— Le gustan demasiado las seguidillas.

DON LUIS.— Quizás. Tienen un no sé qué de bravo y de garboso...

CONDESA.— ¡Cuidado con la perrita!

DON LUIS.— ¿Muerde?

CONDESA.— Cuando está enfadada.

DON LUIS.— Entonces no está enfadada, porque agradece las caricias.

CONDESA.— No se fie mucho de las apariencias.

DON LUIS.— Es amiga mía.

CONDESA.— ¿Lo vé?...

DON LUIS.— ¡Se vengó la picarona! (RIE) Convengamos en que que es una ingrata. ¿Le hice algo de carifios.

CONDESA.— ¡Suelta, Nell, suelta! (A DON LUIS) ¿La perdona usted?

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

DON LUIS.— Deberían eternizarse estas señales.

CONDESA.— ¿Para utilizarlas como venganza?

DON LUIS.— Para guardarlas como recuerdo.

DON LUIS, se inclina ante la Dama y besa su mano.

Ella se aleja con sus amigas, después de haber dado a besar también su diestra a EUGENIO.

Han quedado solos EUGENIO y DON LUIS Van paseando por la Pradera en busca del camino alto. Detrás de ellos viene NATILLAS, como deseando terciar en la conversación.

DON LUIS se vuelve y hacia él avanza NATILLAS, queriendo entregarle el tahalí y la espada. DON LUIS los toma.

Mientras que se los coloca tiene un rápido aparte con el repostero.

Un poco alejado quedó EUGENIO, que es pera a que el Capitán se oíra el tahalí.

EL CONDE MONTIJO Y DE TESA se aleja sendero arriba. Entonces, DON LUIS se sincera con NATILLAS. Le habla al oído; pero le oílla al mismo tiempo. Pone en sus palabras toda la vehemencia de su temperamento meridional. NATILLAS se aparta de él para escucharle mejor.

CONDESA.— ¡Pobre!

EUGENIO.— (A LA CONDESA) ¿Hasta mañana, Mariquita?

CONDESA.— Hasta mañana.

EUGENIO.— El que necesita hablar a solas contigo, soy yo. Vé por casa el jueves.

DON LUIS.— ¿Por qué no ahora?

EUGENIO.— No es lugar apropiado (MIRANDO HACIA DETRAS)  
No estamos solos.

DON LUIS.— (A NATILLAS) ¿Querías algo?

NATILLAS.— Que me estorba lo que no es mío.

DON LUIS.— ¡Trae!

DON LUIS.— Tres mi providencia. No te vayas.

EUGENIO.— Te llevo en el coche. ¿quieres?

DON LUIS.— He de aguardar todavía

EUGENIO.— ¿Aventura tenemos? ¡Genio y figura...!

DON LUIS.— Me haces falta, Nati-llas. ¿Qué tienes que hacer esta noche?

NATILLAS.— Una crema al limón para la mesa del Infante Don Antonio.

DON LUIS.— ¡No digo eso! ¡Antes!

NATILLAS.— ¿Antes? Pasear...

DON LUIS.— Me haces falta porque estoy cautivo de una voz esclavo de un corazón, prisionero de unos ojos... ¿Entiendes?

NATILLAS.— ¡Más bajo!

DON LUIS.— (BAJITO) ¿Entiendes?

NATILLAS.— ¡Claro!: la Condesa.

DON LUIS.— ¡La maja!

A NATILLAS le sorprende la declaración de DON LUIS. No comprende que una persona de su calidad social pueda interesarse por una maja. Pero como a él sí le gusta la Irene, pronto es hombre convencido.

NATILLAS.— ¡Sopla!

DON LUIS.— ¿Te parece mal?

NATILLAS.— ¡Puro bizcocho!

DON LUIS.— Necesito saber quien es, donde vive, de qué vive, con quien vive; ¿entiendes?

NATILLAS.— Claro. Y para quien vive.

DON LUIS.— ¡Eso!

DURANTE ESTAS PALABRAS SUENAN UN RUIDO LEJANO DE CABALLOS QUE PIA PAN Y JUEGO, DE UN COCHE QUE ARRANCA Y CAMINA.

Un fuerte apretón de manos sella el trato por el cual el NATILLAS se convierte en el admirador auxiliar y confidente amoroso de DON LUIS.

NATILLAS.— Yo corro con ese encargo.

DON LUIS.— Que la Irene no adivine que me intereso por ella...

NATILLAS.— Mi Capitán, eso es más sencillo que el almíbar.

DON LUIS.— ¿Entonces...?

El Capitán, solo, ha llegado a los altos de la Florida y, abstraído y hablando consigo mismo se encamina hacia Madrid.

Y ahora, temblando en el agua, -del Manzanares-, vemos los ojos de la maja, muy pícaros y sonrientes. Naturalmente, la maja en la misma orilla de la corriente del río, gusta de ver retratado su rostro y hasta reproducida su figura.

Se ve en efecto en seguida la cara y el cuerpo de IRENE contemplándose en el río. A su lado, ALIFONSO.

Vuelve a asomarse IRENE al agua del Manzanares. Se ve su cara como antes; pero sus ojos no son pícaros, sino pensativos. De pronto sus párpados se cierran (reflejados siempre en el agua)

Ahora, -desdibujados, entre sombras, como brillando en medio de sus pensamientos, -se ven los ojos de DON LUIS que parecen reír mirando a la maja; los ojos que a ella en este momento obsesionan.

ALIFONSO le sujeta por un brazo porque ella vacila levemente. IRENE reacciona en seguida, abre sus ojos y sonríe.

NATILLAS.- Sabré hacer bartolillos del cabello de Ángel.

DON LUIS.- (COMPENSIVO) Gracias

DON LUIS.- (PENSANDO EN ELLA)

¿Qué tienes que de esa forma me desazonas, Irene?  
Si me lo dicen tus ojos,  
!entonces sé lo que tienes!

IRENE.- ¡Qué tontería! ¡Pues no estoy sofocada! ¡Me ha hecho mella ese hombre!

ALIFONSO.- ¿Quién?

IRENE.- No sé; pensaba (SONRÍE)

ALIFONSO.- ¿En quién?

IRENE.- No sé. Me miraba en el agua.

ALIFONSO.- (SU VOZ) En este espejo pareces todavía más guapa. ¿Por qué cierras los ojos?

IRENE.- Porque así me parece que veo mejor lo que quiero.

ALIFONSO.- No te vayas a caer, Irene. (CUANDO ELLA ABRE LOS OJOS) ¿Ya has visto lo que deseabas?

IRENE.- Ya he despertado.

Pasa cerca al grupo de las MOZAS del pelele. A ellas, a gritos, se dirige la maja. Y echa a correr para unirse a sus amigas.

Se ha quedado solo ALIFONSO; tras él suena la voz de NATILLAS.

El interior de una taberna en la Cava Baja. Más bien es un bodegón, con mesas, ante un viejo mostrador, y con toneles grandes adosados a las paredes. Sentados ante una mesa, NATILLAS Y ALIFONSO charlan.

NATILLAS, se pone de pie, como ofendido. ALIFONSO le obliga amistosamente a sentarse de nuevo; y sacando de su bolsillo un gran papel del que corta un trozo, comienza a escribir en él con un lápiz.

En la Prendería de "DOÑA TUMBAGA", el NATILLAS examina cuantos trastos, telas y cuadros viejos hay allí desordenadamente almacenados. DOÑA TUMBAGA, gruesa y ordinaria, pero con los dedos llenos de joyas, atiende solícita a su visitante. Tiene en la mano la carta de recomendación. FJM.

IRENE.-- ¡Chicas! ¿No me aguardáis?

NATILLAS.-- Alifonso, ¿quieres que echemos un trago?

ALIFONSO.-- A tu salud!

NATILLAS.-- Se llama Irene, vive con una tía y es guape porque sí.

NATILLAS.-- Pero ¿dónde vive?

ALIFONSO.-- ¿No te he dicho que la "Tumbaga" es la prendera más rica de la Cebada?

NATILLAS.-- ¿Tú la peñas?

ALIFONSO.-- A la sobrina, sí. ¡Es muy señorona! Si vienen con mal fin...

NATILLAS.-- Yo, aunque pinche, soy un caballero. Tú me presentas a la vieja como un antiguo amigo... y no te pesará. ¡Hasta en Palacio vas a tener entrada!

ALIFONSO.-- ¿Cómo te llamas?

NATILLAS.-- José González Cabezón, alias "Natillas". ¡Pero si tienes lápiz!

ALIFONSO.-- Me los traen de París un cliente...

A NATILLAS, oyendo a la vieja, se le van los ojos detrás de las lúces de los brillantes de sus dedos.

DOÑA TUMBAGA va de un sitio a otro to mando y enseñando cada objeto, siempre con una sonrisa auladora.

Pero NATILLAS con el pretexto de ver cachivaches, lo que hace es inspeccionar la tienda y querer descubrir la vivienda de Irene.

El rostro de NATILLAS delata satisfacción. Y más cuando escucha la voz de la maja desde dentro.

IRENE en su cuartito, vestida solamente con chambra, compone ante un espejo ovalado, su cabeza. Sin moverse, mantiene diálogo con la ahora invisible TUMBAGA. Y, cuando ésta le habla de "una visita", pone cara de extrañeza.

Otra vez la Prendería. NATILLAS, que se despide, se dextrite en galanterías con TUMBAGA. Esta se deja seducir por su palabrería.

TUMBAGA.— Basta me me lo recomiende el señor Alifonso. ¡Si, señor! Pero yo, ¡pobre de mí! no voy a tener nada de su gusto...

NATILLAS.— ¿Qué no tiene usted nada que me guste? Pero si tiene usted preciosidades!...

TUMBAGA.— Si es para un regalito, aquí hay un marco Luis Catorce que va bien con todo; aquí un florero de hierro; aquí este cofre que puede guardar lo que usted quiera...

NATILLAS.— Mi señor el Infante es persona de gusto muy delicada. ¿No tendría usted algo de porcelana china?

TUMBAGA.— De loza española sí que hay. (GRITANDO HACIA EL INTERIOR) ¡Chical!... ¿Quedan platos de Alcora?

VOZ DE IRENE.— (DENTRO) ¡Mañana los tendremos!

IRENE.— Prometió el tío Vicente mandarlos.

VOZ DE TUMBAGA.— ¿Puedes bajar un momento?

IRENE.— No estoy visible. ¿Qué se te ofrece?

VOZ DE TUMBAGA.— Hay visita.

NATILLAS.— Volveré, amiga mía. Pero no sólo por esos platos que me ofrece, sino por

alcanzar el placer de volver a ver la.

TUMBAGA.— Es usted muy amable.

NATILLAS.— Confitero de S.A. nada más.

TUMBAGA.— ¡Ay! confitero... ¡Con lo golosa que yo soy!

NATILLAS.— ¿Le... gustan los bizcochos borrachos?

TUMBAGA.— ¡Me enbriagan!

NATILLAS.— ¿Y los tocinitos de cielo?

TUMBAGA.— (RIDICULAMENTE COQUETA)  
¡Es usted muy pícaro!...

Ya en la puerta de la Tienda, el repostero besa la mano de DONA TUMBAGA y vuelve a impresionarse con los reflejos de sus brillantes. La vieja rie, halagada por los requiebros de él, y se entra en la Prnderia.

NATILLAS.— Volveré mañana. ¿Me permite que le bese la mano? Gracias... En cada hoyuelo de éstos pondría yo un beso de azúcar candé.

TUMBAGA.— ¡Vaya usted a paseo! ¡Jesús qué hombre!...

(RIE ALEGRE Y COQUETA)

En la calle, NATILLAS torna la vista hacia la casa. Sobre la Prendería, de buen aspecto, hay un rótulo que dice "DE TODO UN POCO" (Ropas y otros efectos). Encima del rótulo, una ventanilla cerrada, con visillos echados.

NATILLAS.— (COMO RECAPACITANDO)  
No; pues falsas no parecen...

Se aleja el repostero. Le ve marchar IRENE desde su ventana. La maja alza uno de los visillos y contempla a NATILLAS hasta que se pierde de vista.

IRENE.— ¡Qué raro! Este era el acompañante del otro... ¿Le habrá enviado? No sueñes, Irene; no seas loca...

MUSICA DE FONDO CON MOTIVOS DE "TIRANA"

NATILLAS ahora está en casa de DON LUIS. Es un saloncito decorado muy al estilo de la época; pero con sencillez.

DON LUIS, de caballero, sentado invita a NATILLAS a que haga lo propio.

Sentados ambos frente a frente, NATILLAS da cuenta de su primera visita a la Prandería. DON LUIS no puede contener su exaltación cuando habla de IRENE.

Se ve en la expresión, y se advierte en el tono del Capitán, el grado de su enamoramiento...o su capricho. Para obligar más a su servidor, le entrega una bolsa con monedas, que éste se guarda encantado.

Al mismo tiempo, en otro gabinetito íntimo mucho más elegante y de mejor gusto que el anterior, la CONDESA, con su PAJE, que es el mismo que en la Pradera de San Isidro mantenía el quitasol- prepara los útiles que ha de necesitar para arreglarla, el peluquero ALIFONSO.

DON LUIS-- ¡Que te sientes te digo!

NATILLAS-- Me da reparo...

DON LUIS-- Desde ayer esperándote...! ¡éntate y habla!

SIGUE SONANDO LEJANA LA MUSICA DE "TIRANA"

NATILLAS-- Yo no la ví; pero la of. ¡Es ella! Usía puede ir a comprar platos de Alcora.

DON LUIS-- Si yo voy, va a engreirse. Me pasa con esta mujer algo extraordinario. No quiero hablarla...y sólo pienso en ella; no quiero comprometerme...y me quita el sueño...

NATILLAS-- Eso tiene su nombre.

DON LUIS-- Ya: que me ha trastornado el juicio. ¿Sabes si le ronda algún cortejo?

NATILLAS-- De eso...nada he podido averiguar.. Pero yo seguiré yendo...

DON LUIS-- Cómprala un plato, dos platos: todos los platos que necesites para ir sabiendo detalles de su vida. Por dinero no te apures. ¡Toma! Cuando se te acabe, me lo dices.

NATILLAS-- (PICARO) ¿Va a decorar usía la casa con cerámica?...

SE INTENSIFICA DE PRONTO LA MUSICA  
ES UNA TIRANA TOCADA EN UN PIANO ANTIGUO, CON SU SONIDO CARACTERISTICO.

CANTADO

CONDESA-- ¿Está todo dispuesto?

Las cosas que el PAJE empuja se hallan sobre una mesa de tocador, ante la cual aparece sentada, mirándose en un espejo, la aristocrática dama, que cubre su talle con fina bata de encaje.

Mientras que sigue la CONDESA cantando, se ve en una pieza inmediata, a la que ha pasado el PAJE un saloncito en cuyo rincón, ante un clave, toca el viejo CONDE DE ARAVACA, vestido con grave casaca, y sin paluca.

La CONDESA se ha puesto de pie. Se transfigura. La música la hace confiar en sí propia y se considera capaz de rivalizar con la mujer de más temple que se le pueda presentar entre la gente del pueblo o fuera de ella.

Da unos pasos, acompañando el ritmo de la canción, y simula hablar a una hipotética mujer.

Pone todo el brío de su alma en el canto de la Tirana, y con ello aparece la madrileña apasionada que lleva dentro de su aparente frivolidad.

El viejo CONDE da muestras de fatiga tocando su clave; pero el PAJE le da ánimos para seguir.

Y la CONDESA termina su invocación con un verdadero desplante digno de cualquier maja de rumbo.

El CONDE viejo no ha podido más y ha caído fatigado sobre el clave. El PAJE le da aire con el pañuelo y procura reanimarlo.

PAJE.-- Todo está, señora. Lo hallará Alifonso en su punto y hora. (SIGUE CANTANDO EL PAJE)

Dos botes de polvos  
y tres de pomada,  
con cuatro pañuelos  
de gasa rayada.  
Seis varas de cinta  
de rojo escarlata  
bordada con miles  
de chispas de plata.  
Papeles de orquillas  
y flores preciosas  
y dos frandes plumas  
azules y rosas!

CONDESA.-- (SIGUE CANTANDO)

Quida que mi abuelo  
siga entretenido,  
porque con su clave  
me halaga el oído.  
Música de ensueño,  
leve y cortesana,  
vale porque tiene  
ritmo de tirana.  
¿Qué dices, Condesa?  
¿Qué dices, María?  
Que si hay cualquier moza  
que te desafía,  
tú puedes decirle  
con garbo y con arte  
que no hay una maja  
que pueda igualarte!

¿Qué te has figurado  
con tantas majezas?  
!Yo termino el baile  
cuando tú lo empiezas!

!Y frente a un hombre  
con rumbo y sal,  
ven a probarme  
que vales más!

(VOZ DE LA CONDESA)

Si te lo llevas  
queriendo él,  
soy todo azúcar,  
soy toda miel;  
pero si guardas  
otra intención,  
!vas a encontrarte  
mi corazón!

LA MÚSICA HA CESADO, OYENDOSE COMO FINAL EL GOLPE DE UN CUERPO SOBRE EL TECLADO.

PAJE.-- ¡Señor! ¡Señor! que no es para tanto...

CONDE.-- ¡Mí tienes la culpa, picarón. Me animabas.

PAJE.-- Porque tocáis muy bien.

CONDE.-- Eso era antes. Ahora el compás; nada más que el compás...

Pero ALIFONSO está ya ante la CONDESA. Viene en funciones de su profesión, con una caja de finas maderas bajo el brazo y una bolsita de seda colgada de la muñeca. Le vemos inclinarse ante la CONDESA, servicial y adilador.

En seguida, extrae de su caja la peluca a que alude; y tomando un pequeño peine de concha, que trae también en la caja, peina cuidadosamente su cabello.

La CONDESA en tanto, va ante su tocador y vuelve a sentarse en él.

ALIFONSO se dirige al saloncito, donde se halla el CONDE.

El viejo aristócrata, completamente repuesto, se halla aún con el PAJE cuando llega hasta él ALIFONSO. Como un niño se alegra al ver su peluca peinada en las manos del peluquero.

ALIFONSO.-- Me retrasé, señora Condesa. Me retrasé y no fué por mi culpa, no. He traído rizada la peluca de su señor abuelo. ¡Un primor! un verdadero primor... He tenido que poner cabellos nuevos; pero había recibido de París una partida "tres jolie" ¡De un blanco brillante que maravilla!

ALIFONSO.-- Ved; parece de seda y es cabello natural... que es muchísimo mejor! (RÍE)

CONDESA.-- Pues te está esperando al pobre, desesperado. Se agarró a su clave para distraerse.

ALIFONSO.-- Con permiso.

ALIFONSO.-- ¿Da su permiso el señor Conde?

CONDE.-- ¡Pero si viene llovido del cielo!... (AL PAJE)  
Este es otro picaro: me prometió traérmela ayer, y, en las diversiones, se olvidó de mí.

El Peluquero coloca en la cabeza del CONDE la peluca blanca, que ajusta cuidadosamente en sus sienes, y luego perfila y arregla con nuevas pasadas de peine.

Vuelve ALIFONSO al gabinete de la CONDESA. Le ha precedido el PAJE, que extiende sobre una mesita volante todos los adinificulos.

Lo que falta lo va extrayendo ALIFONSO de su caja o de su bolsa.

En seguida, comienza el peluquero su faena, alisando cuidadosamente los cabellos de la señora. Ella, entre tanto, suspira. El PAJE se sienta cerca de un balcón, mirando hacia la calle.

Sobre el fondo musical interior continúa el peinado de la dama, cuidadoso y prolijo. ALIFONSO, con ademanes un poco exagerados, va creando su obra de arte.

Ella, de cuando en cuando, en un espejito de mano, se ayuda para ir contemplando la labor de ALIFONSO. Y tanto la dama como el peluquero se interrumpen cuando el interés del

ALIFONSO.-- ¿A ver?

CONDE.-- ¡Ajaja! ¿Quieres creer que tenía frío sin ella? Yo no sé como se puede vivir sin peluca. No lo sé...

ALIFONSO.-- Ya sabe usía que estas las hago con forro de invierno.

CONDESA.-- No te quejarás. Hoy nada falta.

ALIFONSO.-- Me falta...el agua de bergamota y el carmin.

CONDESA.-- (RECONVINIENDO AL PAJE) ¡Meriano!...

ALIFONSO.-- Pero...!lo traigo yo! Alifonso lo trae, que es la providencia de las damas!

VUELVE A SONAR EL PIANO, EN EL CUARTO DEL CONDE. ES OTRO AIRE DE TIRANA MAS ALEGRE Y POPULAR

CONDESA.-- El abuelo ya está otra vez contento...

ALIFONSO.-- Volvió a tener su peluca.

CONDESA.-- ¡Su juguete!

CONDESA.-- Despacito, Alifonso.

ALIFONSO.-- No hay mucho que deshacer.

CONDESA.-- (RIENDO) Pero...hay algo que hablar.

CONDESA.-- (TORNANDOSE SERIA) ¿Qué opinión te merece Don Luis Hurtado?

ALIFONSO.-- ¿El Capitán? ¡Un caba-

diálogo así lo requiere.

ALIFONSO, teme, por ejemplo, que el PAJE pueda oír inconveniencias de la charla; y se lo indica con un gesto a la Condesa.

Después de probar unos rizos y pintar los lóbulos de sus orejas, mira, todavía desconfiado al PAJE, pero éste se ha quedado dormido.

Entonces, deja, resuelto, peine y pin celito sobre la mesa y, en actitud de "auténtico chismoso", espeta a la dama cuanto sabe. Ella va afirmando con la cabeza, como quien sabe todo cuanto le dicen. Pero no oculta su contrariedad.

Ni su enojo. Por eso interrumpe al peluquero. Y aunque al principio le molesta que éste sea amigo de la maja, luego piensa que esa amistad puede serle provechosa.

La CONDESA sonríe solicitando la colaboración de ALIFONSO.

llero! Sirvo a su señora madre hace muchos años.

CONDESA.-- Me parece un poco... plebeyo...

ALIFONSO.-- No sé... Los ricos ¿qué tapan las orejas?

CONDESA.-- ¿Las tengo tan feas?  
(CON INTENCION) No te preocupen las orejas.

ALIFONSO.-- Las teneis ideales. Por eso las coloreo con carmin. (PAUSA) ¿Duermes.

CONDESA.-- (RIENDO) ¿Lo ves?

ALIFONSO.-- ¡Ah! ¡Eso es otra cosa!  
(EN VOZ BAJA. SOBRE LA MUSICA DE TIRANA DEL FONDO QUE POCO A POCO SE VA HACIENDO MAS LENTA) Don Inés es un mariposón que va de rosa en rosa, sin mirar la clase del rosal. Ahora bebe los vientos por esa maja de rumbo, que trae de cabeza a todo el barrio de las Vistillas.

CONDESA.-- ¡La Irene! ¿La peinas tú?

ALIFONSO.-- Yo no la peino, pero la trato. Ahora que si su merced lo quiere, rompo con ella.

CONDESA.-- ¡Jamás! Necesito que sigas viéndola...y que me seas fiel...

CONDESA.-- Y necesito más: saber si ellos se ven. ¿Entiendes?

Ahora es ALIFONSO el que sonríe, con fianzudo y prometedor.

Ambos ríen más al comprobar que no sólo duerme el PAJE, sino que cesó también la música del clave. Abren la puerta que da al saloncito.

Y también ha quedado dormido el viejo CONDE.

ALIFONSO reemuda, -como de puntillas-, el peinado de su señora.

DON LUIS y EUGENIO DE MONTLJO, departen sentados en el tercer saloncito de la época, que nos interesa. Este salón es el más señorial de todos. Pertenece al Palacio de Ariza, en la Plaza del Ángel. EUGENIO hace una propo-  
sición a su amigo.

DON LUIS, -que viste de caballero- se pone de pie con gesto grave.

No puede el joven Capitán creer lo que oye.

Sin embargo el CONDE DE MONTLJO y do-  
TEBA, insiste con firmeza en su acti-  
tud.

LA MÚSICA DE FONDO HA CESADO.

ALIFONSO.- No es oficio que me seduce; pero Su Merced me manda.

CONDESA.- Y de esto, ni media pa-  
labra. Silencio.

ALIFONSO.- Silencio. (EN VOZ BA-  
JA) ¿Se durmió también el piano?

LOS DOS.- ¡Pobre!

CONDESA.- ¿Seguimos?

ALIFONSO.- Sin ruido, sin chistar

LOS DOS.- (FRANCAMENTE DIVERTI-  
DOS) Silencio... Silen-  
cio...

EUGENIO.- Esto no puede seguir así. El favorito va de cabeza y nos arrastra a todos. El Príncipe es un prisionero en sus manos. Hay que levantar al pueblo y ocupar puestos en la Guardia de Godoy

DON LUIS.- ¿Para esto me has llama-  
do, Eugenio?

EUGENIO.- Para esto. Eres valien-  
te, eres ambicioso. Per-  
nando, cuando sea Rey, sabrá re-  
compensarte.

DON LUIS.- Pero tú, con toda tu  
progenie de lealtad  
monárquica...

EUGENIO.- ¡Por eso! Piénsalo.  
Tengo poder para que  
te destinen a los Guardias de  
Corps.

Pero a DON LUIS no le convence. El no puede prestarse a ser instrumento de un complot político. Los dos amigos se miran y observan serenamente.

EUGENIO tiene ahora una delación de DON LUIS. Pero éste es noble y le tranquiliza.

Entonces ambos se dan la mano, —aunque con frialdad.

La Plaza de Oriente de Madrid en 1807 la estatua de Felipe IV, la fachada del Palacio Real... Soldados de la Guardia de Corps, que pasean... Tipos diferentes de pueblos españoles. Un aguador viejo que cruza con su cuba al hombro... Majos que van con sus majas... Algunos niños...

La Puerta de Palacio en la que hacen centinela los Guardias. El señor CONDE DE ARAVACA y su sobrina la CONDESA descienden de una carretela, cuya puerta abre un LACAYO. Al pasar ante los Guardias, estos saludan militarmente.

Rápido desfile de claustros y galerías del Regio Alcázar: una escalera de piedra, por la que baja un SERVIDOR con bandejas; otra galería, y, al fin, las cocinas de S.M.

DON LUIS.-- No, Conde. Sería en mí una indignidad.

EUGENIO.-- ¿Eso es llamarme indigno?

DON LUIS.-- No. Porque tú no sirves. Mi mandas. Solo que yo...no te obedezco.

EUGENIO.-- ¿Entonces?

DON LUIS.-- Que olvidaré por completo esta visita de hoy al Palacio de Ariza.

EUGENIO.-- Adiós, Capitán Hurtado.

DON LUIS.-- Adiós, señor Conde de Montijo.

AGUADOR.-- (CANTANDO PARA SI)

! Santa María!  
Todos hablan y dicen  
del agua fría.  
Y yo me agunto,  
Santa María;  
pero mejor sería...  
!Que no pasara tanto!

CONDESA.-- Cuidado, abuelo. No te precipites...

CONDE.-- Es que...llegaremos tarde...

CONDESA.-- Es la hora justa de la comida.

CONDE.-- Por éso. La puntualidad es venir media hora antes.

RUÍDO DE PASOS SOBRE LAS LOSAS DE PIEDRA.

En las cocinas, varios MARMITONES con sus típicos gorros blancos y mandiles. Entre ellos -igualmente ataviado,- NATILLAS batiendo una clara. Y, mientras que trabaja, habla con otro PINCHE más viejo, que tiene a su lado.

NATILLAS, cuando se siente enérgico, bate con furia en su cazo. Su compañero, más listo, simula no compartir con él su odio al favorito; pero le excita con sus insinuaciones.

Con gesto pícaro, NATILLAS participa al PINCHE VIEJO una travesura que se le ocurre contra Godoy. La cara de susto del otro dice bien a las claras su repulsa.

El PINCHE VIEJO -por si acaso- arrebató el batidor y el cazo de manos de NATILLAS y bate con inusitado nerviosismo.

Un SERVIDOR, obeso y uniformado, aparece en el marco de la puerta y pide la comida por los Reyes.

## SOBRE EL RUIDO DEL BATIDOR

PINCHE VIEJO.- ¿Es verdad que han detenido a Pedro Collado?

NATILLAS.- Verdad. Pero le dejaron libre en seguida. ¡Tiene buenas aldabas!

PINCHE VIEJO.- Que se ande con cuidado. Por supuesto, como tú y aquel y el otro... Sois jóvenes... y aquí se vigila mucho y bien.

NATILLAS.- ¿Sabe usted lo que le digo? Que la culpa de todo es de Godoy.

PINCHE VIEJO.- ¡Eso, sí! Como ha subido él, cualquier! Y, en tanto, tú ¡dale que le das!

NATILLAS.- Si yo me atreviera...

PINCHE VIEJO.- ¿Qué?

NATILLAS.- Le ponía jalapa en las natillas.

PINCHE VIEJO.- ¡Muchacho!

NATILLAS.- A Godoy nada más.

PINCHE VIEJO.- ¿Quieres que vayamos todos a presidio?

## RUIDO DEL BATIDOR EN EL CAZO

GUARDAMANSIER.- (EN VOZ ALTA)  
¡La comida de Sus Majestades los Reyes!

UNA VOZ. -- Inseguidal

El grupo de COCINEROS y PINCHES se arremolina para entregar las primeras galletas a los criados de librería que esperan en la puerta tras el GUARDANAGIERA.

Un rincón de las mismas cocinas: el PINCHE VIEJO y NATILLAS, ante una mesita, comen regaladamente frente a frente.

Mientras que, con una pata de pollo en la mano va hincando en ella los dientes, el repostero habla de algo que le interesa particularmente.

NATILLAS pone gesto de conquistador cuando hace a su compañero objeto de sus confidencias.

EL PINCHE VIEJO se sirve en su vaso de una botella de vino de marca, en cuya etiqueta se lee: "La Nava, Seco"

Ya se ha vestido NATILLAS con su traje de calle y se despide de su amigo.

Va NATILLAS a una mesa y coge de ella una magnífica y espectacular tarta de bizcocho y crema, que reposa en una bandeja. La coloca sobre la palma de la mano derecha, y con ella, como si fuera la sota de copas, oye escépticamente las palabras de su compañero. Luego sale ufano por las galerías palaciegas.

(RUIDO DE CACEROLAS, PLATOS Y VOCES QUE NO SE PERCIBEN)

PINCHE VIEJO. -- ¿Y qué dirías si no te acabaran estos barruetes?

NATILLAS. -- ¡Esto es comer de las sobras!

PINCHE VIEJO. -- Pero ¡qué sobras!

NATILLAS. -- Oye ¿es verdad que puedes disponer de la tarta que ha vuelto intacta de la mesa real?

PINCHE VIEJO. -- Dale las gracias al señor Andrés; que hoy le correspondía a él.

NATILLAS. -- Es para un regalo ¿sabes? Quiero quedar bien.

PINCHE VIEJO. -- Para que luego te quejes de la casa, truhán...

NATILLAS. -- Esta tarde me espera. La tengo loca.

PINCHE VIEJO. -- ¿Y es... principal?

NATILLAS. -- (DÁNDOSE IMPORTANCIA)  
Te la presentaré al-

gin día...

PINCHÉ VIEJO.— Pues, te digo lo de antes: ¡cuidado! "Casar y compadrear... cada uno con su igual".

NATILLAS.— (CON UN POCO DE MAJEZA) Ya le convidaré a los desperdicios.

NATILLAS., con su tarta en la mano, ante la Prendería de DOÑA TUMBAGA. Arregla un poco su ropa, como queriendo "dar el golpe"...y penetra en la tienda.

Pero en la tienda no está la TUMBAGA, sino la IRENE. NATILLAS., ante el caso inesperado, se desconcierta un poco; pero reacciona en seguida y sobre todo lo más almiradamente que puede.

NATILLAS.— De ésta, la convierto en jalea...

NATILLAS.— ¡Ah! ¡Usted!... Hay hombres con suerte. Yo traía este delicado obsequio para su señora tía...y encuentro a la mejor alhaja de este estuche.

IRENE.— ¿Y ha venido usted así, por esas calles?

NATILLAS.— ¡Claro!

IRENE.— ¿Y no le han seguido los chicos?

NATILLAS.— ¡Soy un hombre respetable! (SUSPIRA) ¡Ay! Irene... Si usted supiese las horas de desvelo que suponen estas fruslerías

El recién llegado coloca su tarta sobre el mostrador y arregla las banderitas y gallardetes que en su copete ha colocado durante el camino.

IRENE no da importancia a NATILLAS ni a su repostería y se dedica a cambiar de sitio unos cacharros de loza de Ta lavera, que va colocando en un rincón

IRENE.— Me las figuro.

NATILLAS.— Como su tía es tan goloza...

IRENE.— Hoy está enferma del estómago.

La noticia de que DOÑA TUMBAGA se halla enferma, apabulla a NATILLAS. La maja le observa y ríe. E insiste en su pequeña crueldad.

IRENE.— Se empeña en tomar golosinas y no está para nada

Al cambiar un plato, se le cae a IRENE de la mano y se destroza. Fingida cara de apuro en ella; gesto tranquilizador de él.

Gesto que acompaña sacando de su bolsillo la bolsa que le entregara Don Luis.

IRENE y NATILLAS, en cuclillas, recogen los trozos del plato roto en una esportilla que alcanza ella.

Con los ojos traviosos pide perdón a NATILLAS por el embuste. El repostero la indica que siga adelante con la invención y le da unas monedas.

Agachados los dos delante del mostrador --recuperando los restos del plato-- no son vistos por DOÑA TUMBAGA, que aparece en la puerta que conduce al interior.

Pero ensaguida, llama la atención de la vieja, la tarta, sugestiva y atractiva.

Y sin perjuicio de inquirir donde está su sobrina, pasa la yema del dedo índice de su diestra por la crema del bizcocho y se la lleva, golosa, a la boca.

NATILLAS, que escucha la frase laudatoria de DOÑA TUMBAGA, vérguese triunfador. Tras él se pone de pie IRENE, con la esportilla en la mano.

Se inicia ahora un breve diálogo entre la vieja y el repostero, hallándose uno a cada lado del mostrador, con la tarta en el centro.

RUIDO DE LOZA CONTRA EL SUELO

IRENE.-- ¡Ay! ¡Se rompió!

NATILLAS.-- ¡Qué lástima! Pero no se disguste.

IRENE.-- ¿Por qué?

NATILLAS.-- Porque...acababa de comprarla yo.

VOZ DE DOÑA TUMBAGA.-- (DENTRO)  
¿Qué ha sido eso?

IRENE.-- (A SU TIA) Un plato que ha roto un caballero.

TUMBAGA.-- ¿Se lo habías cobrado?

IRENE.-- ¡Claro, tía! Dos reales me dió.

RUIDO LEVE DE LOS PEDACITOS CAIENDO EN LA ESPORTILLA

TUMBAGA.-- ¿Dónde te metes?

TUMBAGA.-- ¡Ah! (CONTENTA) ¡Ya sé quien es!

TUMBAGA.-- (DESPUES DE PROBAR LA TARTA) ¡Qué rico!

NATILLAS.-- Esa alusión, señora, me llena de esperanzas.

TUMBAGA.-- Dije, ¡qué rico! por el bizcocho!

Cada vez que uno de los interlocutores inicia "lo que se dijo" o "pensó", da una pasada con el dedo a la tarta y luego se chupa la yema, sin darle aparentemente importancia.

Pero IRENE, que ha presenciado la escena y ve el festín que, con el pretexto de la charla, se dan la tía y el galanteador, interviene con un cucharón de plata y se lleva de pronto entre las caras atónitas de aquellos el mejor trozo del biscocho.

DOÑA TUMBAGA con los labios rebosantes de crema, se detiene en su risa con gravedad casi cómica.

IRENE retira del mostrador los restos de la tarta y pone, en cambio, unos cacharros de loza talaverana.

NATILLAS va reuniendo todos los cacharros sin mirarlos siquiera, con ánimo de llevárselos.

Y arroja sobre el mostrador una moneda de oro.

NATILLAS.— En nombre del biscocho como autor de sus días, doy las gracias a mi señora doña Elena.

TUMBAGA.— Siempre me dije: "aquel embustero no vuelve a parecer por aquí".

NATILLAS.— Y yo pensaba: "aquella señora creerá que me he difuminado".

TUMBAGA.— Pero yo me decía: ¿y para que querría tantos cacharros? (RIE)

NATILLAS.— Y yo pensaba: "sin duda alguna para romperlos". (RIE TAMBIÉN)

IRENE.— ¡Hasta que yo me pregunté: ¿y para esto andamos con tantos requilemos? (RISAS DE LOS TRES)

TUMBAGA.— ¡Ay, Virgen mía! Que ahora recuerdo que estoy indispuesta...

IRENE.— Si te parece, cambiaremos de plato.

NATILLAS.— Pero, éstos no son de Alcora.

TUMBAGA.— De Talavera; la última novedad en loza fina.

NATILLAS.— Mi señor prefiere Alcora; pero yo me llevo todo esto como me llamo Pepe. Mañana mandaré un mozo.

¿Es bastante un doblón?

DOÑA TUMBAGA, impresionada, lo recoge y guarda presurosa.

El repostero pregunta con intención mirando esta vez con fijeza a IRENE.

IRENE, que comprende que hay algo enigmático en sus preguntas, se apresura a contestar.

Y con intención, poniendo en sus palabras firmeza, se retira IRENE hacia el interior de la tienda.

...donde se quedan DOÑA TUMBAGA y NA TILLAS. Una vez solos, para reanudar su pasada plática, vuelve a poner la vieja, entre los dos, los restos de la tarta.

Por una calle estrecha, típica madrileña, camina ALFONSO, siempre con su caja debajo del brazo. Parece satisfecho de la vida y va cantando el mismo aire trivial francés que UN CIEGO toca en su violín en la acera.

Por el lado opuesto de la calle, y en sentido contrario, viene NATILLAS, con las manos en los bolsillos y no menos contento. Da sus pasos -como antes Alfonso- un poco al compás de la música que canta.

TUMBAGA.- Basta y sobra, alma mía.

NATILLAS.- ¿Y...los de Alcora?

TUMBAGA.- En el puesto del Valenciano, en la Plaza Mayor.

NATILLAS.- Si voy mañana a las doce, con mi amo, ¿me se pararán ustedes?

IRENE.- Allí estaremos las dos. Si amo no se arrepentirá, porque no hay en todo Madrid loza como aquella.

NATILLAS.- ¿Fina y de calidad?

IRENE.- Como su amo no la ha imaginado en su vida.

TUMBAGA.- Y siempre me dije yo: (COMO ANTES) "aquel hombre no es tan antipático como parecía..."

NATILLAS.- Y yo pensaba: "pero qué indigestión vamos a atrapar los dos!..."

ALFONSO.- (CANTANDO)

"¡Oh querido Petibón,  
peluquero de París,  
si tú quieres aprender  
de verdad la profesión,  
¡ven un poco por aquí!

SIGUE EL AIRE DE MUSICA LIGERA AFRANCESADA

NATILLAS.- (TERMINANDO LA FRASE CON LA MISMA MUSICA)

Los dos amigos se encuentran. No se han visto desde su reunión en la taberna. Se alegran de verse.

ALIFONSO coge bajo el brazo a su amigo y ambos, en la dirección que antes llevaba NATILLAS, se alejan por la calle, al compás de la musiquilla... que ahora tararean juntos.

Un perro callejero, que huscaba por allí, se va tras los amigos, y con su trotecillo, parece secundar su marcha semi-bailable.

En la taberna ya conocida, los dos amigos, como la otra vez, departen confianzudos.

El perrillo, detrás de las puertas vidrieras, —por la calle— da con sus patitas delanteras y su hocico en los cristales, pugnando por entrar. Los amigos, en su charla, no le hacen caso.

"El que tenga juventud  
y lo quiera pasar bien,  
¡que se venga por Madrid!"

SIGUE LA MÚSICA DEL VIOLIN

ALIFONSO.— ¡Caramba!

NATILLAS.— ¿Dichosos los ojos!...

ALIFONSO.— ¿Echamos un trago?

NATILLAS.— ¡Bueno!

ALIFONSO.— ¿Dónde el otro día?

NATILLAS.— ¡Bueno!!...

LOS DOS.— (CANTURRANDO)

"El que tenga juventud  
y lo quiera pasar bien,  
¡que se venga por Madrid!"

SE PIERDE LA MÚSICA DE FONDO

NATILLAS.— ¡Esto va viento en popa! Tu amiga la maja es un caramelo... y su señora tía... ¡un delicioso merengue!

ALIFONSO.— Pero, Don Luis...

NATILLAS.— No la ha visto todavía. Y es que mi Don Luis es un tímido.

ALIFONSO.— ¡Qué cosas!

NATILLAS.— Mañana, si me hace caso, la puede ver.

ALIFONSO.— ¿Dónde?

NATILLAS.— En el puesto del Valenciano, en la Plaza Mayor.

ALIFONSO.— ¿Y vas a ir con él?

NATILLAS.— ¡Claro!

NATILLAS.-- Pero ¿a ti te importa la majá?

ALIFONSO.-- ¡Hombre!, me importa que nadie abuse de ella.

NATILLAS.-- Y... ¿si es ella la que se viela?

ALIFONSO, de pronto, ante las noticias que le da NATILLAS, parece preocupado; pero no tanto que le impida sonreír viendo al perrillo.

NATILLAS se levanta, saca un bizcocho de su bolsillo, y se lo echa a la calle al perro.

En la calle, el perro goloso se relaja tomando los residuos del bizcocho que acaba de mascar.

NATILLAS en casa de DON LUIS, en el gabinete ya conocido. Los dos de pie, DON LUIS, en traje de caballero, parece dispuesto a salir a la calle. Ahora abraza a NATILLAS.

El repostero apoya su mano derecha en una de las consolas del gabinete.

DON LUIS se mira en un espejo, arreglándose el tocado con un poco de presunción.

Cuando DON LUIS alude a los sacrificios de NATILLAS, éste, sin poderlo remediar, mira de reojo a un brillante que lleva en un dedo de su diestra. Mueve la mano un poco y el brillante reluce.

ALIFONSO.-- ¡Mira ése! Todos tenemos nuestros afanes!  
(POR EL PERRILLO)

Sólo que a ése... ya le has complacido... ¡y cualquiera complace a tu Don Luis y a mi majá!...

NATILLAS.-- (PICARO Y CON INTENCION)... ¡Y a tu Condesa!...

TERMINA LA MUSICA LIGERA DE FONDO.

DON LUIS.-- Gracias, hombre. Mañana a las doce, en la Plaza Mayor. Pero ella no creerá que voy más que a comprar Alcora...

NATILLAS.-- Nada más!

Aquí fuera tiene usía un cesto con toda la loza de ayer. Es de Talavera. Muy bonita.

DON LUIS.-- ¡Bien! Tú sigue comprando; me doy cuenta de tus trabajos, de tus sacrificios...

NATILLAS.-- ¡Oh! Sí. Sacrificios, desde luego... Con decir a usía que he tenido que hacer el amor a la vieja...

Con posiciones análogas a las de los dos interlocutores anteriores, platican la CONDESA y ALIFONSO en el saloncito, ya conocido de ella. La CONDESA también parece dispuesta a salir a la calle.

Se vuelve la dama hacia el PAJE, que se halla en segundo término.

Ahora torna rápida la mirada a ALIFONSO y le indica el joyero que tiene sobre su mesa tocador.

Busca una sortija con una piedra fina y se la pone en un dedo al peluquero. Este besa, emocionado, la mano de la CONDESA.

El reloj de la Plaza Mayor de Madrid. Tal como era a principios del siglo XIX.

Inocho, rápidamente, la fachada de la Casa de Panadería y sus soportales. Una vista, no menos rápida, del soportal inmediato y el Arco de Cochilleros, con su escalera que baja a la Cava de San Miguel. Bajo los soportales aludidos, puestos de frutas y verduras, cuyos dueños vocean sus mercancías ante unas cuantas compradoras de diferente clase social.

DON LUIS.— (RIENDO) ¡Pobrecillo!

NATILLAS.— Soy muy digno de lástima.

CONDESA.— A ALIFONSO, COMO DON LUIS A NATILLAS) Gracias hombre. Mañana a las doce en la Plaza Mayor. Quier no que nos veamos las caras. Si ella es maja, yo seré maja y media.

CONDESA.— (AL PAJE) Mañana a las doce y media, el coche.

CONDESA.— ¿Quieres un recuerdito?

ALIFONSO.— (CON ASOMBRO) ¿Yo, señora?

CONDESA.— Ya sé que esa... profesión no te seduce; pero...

ALIFONSO.— Pero...

CONDESA.— También a veces reluce.

DOCE GRAVES CAMPANADAS DE RELOJ

VENDEDORA 1ª.— ¡Alcaparrón y aceitunas!

VENDEDORA 1ª.— ¡Coliflores y apio!

VENDEDORA 2ª.— ¡Berzas! ¿Quién quiere berzas?

VENDEDORA 2ª.— ¡Mocitas a mis camisas!

VENDEDOR 1º.— ¡Ajos y coliflores!  
etc...etc...

Por la Cava Baja viene, como una reina de guapa, la IRENE acompañada de su tía DONA TUMBAGA. Con su redecilla bien puesta, con su ropa limpia y bien arreglada, con su aire majestuoso y con el repiqueteo de sus zapatos llama la atención de cuantos la ven pasar. Su acompañante, también va hecha un brazo de mar...en todo lo que depende de su voluntad: traje, mantilla, botas, alhajas...Nada falta al llamativo atavío de la tía de IRENE

TUMBAGA.— ¡Ay, hija! Más despacio, Irene; que no puedo seguirte...

IRENE.— ¿Es que se fatiga usted?

TUMBAGA.— ¡Es que estreno las botitas!

IRENE.— ¿Avisó usted al tío Vicente?

TUMBAGA.— Ya estará esperando.

Varios transeuntes, que pasan al lado de la maja, no pueden reprimir su admiración y la expresan en piropos. IRENE sonríe, agradecida y satisfecha

TRANSEUNTE 1º.— ¡Viva lo bueno!

TRANSEUNTE 2º.— ¡Y lo rico!

TRANSEUNTE 3º.— ¡Sabía yo que a las once abrían las puertas de la gloria!

Los pies de DONA TUMBAGA, sobre los guijos de la calle, se tuercen y ende rezan, haciendo subir y bajar los sufrimientos de la vieja. En tanto, siguen los piropos a su sobrina.

TRANSEUNTE 4º.— (A IRENE)

¡Con ese repiqueteo, qué bien irá usted, alma mía, camine del mismo cielo!...

Ahora se ven los pies graciosos y primorosos de la maja, caminando garbosa. Y el TRANSEUNTE mirando su modo de andar.

TRANSEUNTE 4º.— (MIRANDO LOS PIES DE LA IRENE)

¡Qué que sí!

Al pie del Arco de Cochilleros hay una tertulia de mozos bien plantados, de pie. Entre ellos figura EL PUNTILLOSO. Hablan -¡cómo no!- de toros. Entre los interlocutores figuran otros tipos de

los JUGADORES y concurrentes que ya conocemos de la Pradera de San Isidro.

Al grupo llegan IRENE y DOÑA TUMBAGA Como interceptan los hombres el paso ella, jactanciosa, pide calle.

Ella no solo le ceden el paso, sino que simulan temer a sus pies las capas. El PUNTILLOSO, que tiene ahora sombrero de castor, lo arroja a tierra en señal de homenaje.

IRENE, con su tía, ha pasado. Pero se detiene sobre el segundo escalón, dominando el grupo.

De él, fanfarrón como siempre, se destaca el PUNTILLOSO, que contesta a la maja, con toda la marchoseria que puede.

Y ella, desde dos o tres escalones más arriba, le deja clavado entre la algarazara de los reunidos.

PUNTILLOSO.-- Yo os digo que como aquella tarde de Joaquín no ha vuelto a haberla ¡ni la habrá!

AFICIONADO 1º.-- Algo habrá quedado para los Romero, digo yo.

PUNTILLOSO.-- ¡Ni algo! ¡se durmí "Costillares" sobre el morrillo del manso; ¡no digo más!

IRENE.-- Pues ¡digo yo! ¿qué harían los buenos mozos ahora si viniera un Peñaranda de aquellos?

AFICIONADO 1º.-- Dejarle pasar con suavidad y majeza ¡reina!

PUNTILLOSO.-- Poner mucho temple y mucha vista, ante la maja más brava de las Vistillas. ¡Ole!

IRENE.-- (RIENDO) ¡Gracias!

PUNTILLOSO.-- (AL TIRAR EL SOMBRERO) Y de cir a si paso: ¿a qué hora tocamos a banderillas?

IRENE.-- Pero ¿no es usted picador, Puntilloso?

PUNTILLOSO.-- ¡Eso era con Pepe Hillo y Costillares! Pero ya, con éstos, no hay nada que picar. Ahora banderilleo por las adueras...

IRENE.-- Pues, ¡suerte! ¡No le empitone una becerra!

TODOS LOS HOMBRES BIEN ALBOROTADAMENTE.

Y continúa acto seguido su marcha hacia la Plaza Mayor, seguida de DONA TUMBAGA.

Vuelven los puestos de verduras y frutas. Entre ellos se ven otros de aves y caza y de cascajo. IRENE y su tía pasan entre ellos, en unión de otras personas que van de compras.

Ya ante la casa de Panadería, llegan ambas a un puesto de loza. Se ve ésta desparrajada por el suelo. Un viejo VALENCIANO, vestido al estilo antiguo de aquella región, coloca y clasifica sus cacharros sobre una manta. Tres sillas bajas de ancho asiento, al borde del puesto. A su lado, unos felpudos redondos, apilados, también en venta.

DONA TUMBAGA se sienta en una de las sillas. Ante ella coloca el VALENCIANO una porción de platos, jicaras, tazas, palanganas y mancerinas. La loza es blanca, con adornos de color, característica de Alcora.

Al requerimiento de su tío también se sienta en otra silla, la IRENE. En ésta hay ahora una constante inquietud queriendo descubrir la llegada del que espera.

Ante la fachada de una casa señorial, en la calle de la Magdalena, espera

PUNTILLOSO.-- ¡Muy graciosa!

VENDEDORA 1ª.-- ¡Alcaparrón y acéitunas!

VENDEDOR 1º.-- ¡Coliflores y apio!

VENDEDORA 2ª.-- ¡Al cascajo, que se acaba!

VENDEDOR 2º.-- ¡Conejos del Pardo!

IRENE.-- Buenos días.

VALENCIANO.-- Bon día y salut. ¿Y el siforet?

TUMBAGA.-- Espera un poco, hombre que le citó a las doce y media.

VALENCIANO.-- Es que esta loza se va como siempre, sabs?

TUMBAGA.-- A mí me gusta más la sevillana; pero él se espeña en la de Alcora.

VALENCIANO.-- ¡Molt bé! Que la pague. (A IRENE) ¿No te sientas, chiqueta?

EL FONDO HONORO DE LAS ANTERIORES ESCENAS LO HAN CONSTITUIDO LOS TI FERENTES PRECONES LEJANOS DE LOS VENDEDORES, Y EL MURMULLO NATURAL DE UNA PLAZA CON BASTANTE GENTE.

la carretala del CONDE de Aravaca. El Cochero, desde el pescante, charla con los lacayos, que en la acera aguardan la salida de los señores.

COCHERO.— El mayoral de los Aldama me lo ha dicho. Seis bicbos de Castilla para el Romero chico, el Jerónimo Cándido y Curro Guillén...

LACAYO 1º.— ¡Buena baraja!

COCHERO.— Pero a mí se retiró "el Africano"...

Volvemos a ver la Plaza Mayor; pero no el puesto de loza, si no la esquina más próxima a la Plaza de Santa Cruz. Bajo el soportal de ese lado, -donde no hay puestos ni vendedores- avanzan DON LUIS, de militar, y NATILLAS. Por el centro de la Plaza se ven algunos carros y coches.

VUELVE EL RUMOR LEJANO DE LA PLAZA...

DON LUIS.— Mira que si te equivocas... Mira que si no viene...

NATILLAS se detiene de pronto, mirando y señalando hacia un punto... que no es otro que el puesto del VALENCIA NO. DON LUIS se para también en seco.

NATILLAS.— ¡Allí la tiene usía, mi Capitán!

DON LUIS.— ¿Allí? ¿Dónde?

NATILLAS.— ¡Sentada como una silfide!

DON LUIS.— ¡Las silfides no se sentaban!

NATILLAS.— Pues, de alguna manera descensariseu, digo yo.

Para observar mejor, el Capitán se acerca a una de las pilastras, y, protegido por ella, observa a la IRENE.

DON LUIS.— ¿No estoy temblando?

NATILLAS.— ¿Usía?

DON LUIS.— ¡Y qué guapa, reguapa, ha amanecido!

En efecto, IRENE, cuya figura, -ahora con el brazo derecho sobre el respaldo de la silla- vemos en primer plano inundada de sol y con el fondo de las porcelanas y los porches de la Plaza, sigue mirando a lo lejos con aparente indiferencia.

VOZ DE DON LUIS.— Sólo por este instante, Pepe, bendigo la hora de haber venido.

Pero, de pronto, la maja descubre a DON LUIS. Sus ojos se iluminan; su mirada cambia de expresión. Allí está

su hombre, el que lleva dentro de sí  
alma.

Disimuladamente cambia la maza de  
postura; vuelve la espalda hacia el  
lado por donde viene el Capitán.

Porque, como es lógico, DON LUIS, en  
cuanto ella ha ocultado a su vista el  
rostro, ha reanidado su marcha hacia  
el puesto; en el cual DONA TUMBAGA se  
arregla, presumida, ante la próxima  
llegada del repostero.

DON LUIS y NATILLAS se acercan al  
puesto. El VALENCIANO acude a recibir  
les. Ellas, en sus sillas, no se mue-  
ven.

NATILLAS hace la presentación; pero  
el Capitán está tan abstraído mirando  
a la maza, —que le vuelve la espalda—  
que apenas sí contesta a derechas.

El duelo del puesto le presenta en se-  
guida diversa cacharrería, en la que  
DON LUIS ni siquiera fija la mirada.  
EL VALENCIANO se da cuenta en seguida  
de lo que, de verdad, llama la aten-  
ción del caballero.

DON LUIS despierta de su abstracción  
y, responde ahora, rápida y concreta-  
mente, al vendedor. Mientras tanto,

IRENI.— ¡Eh! ¡Ay, Virgen mía!...

(A SU TIA CON INDIFERENCIA) Ya pa-  
rece que viene el NATILLAS con el  
otro...

TUMBAGA.— ¡Jesús, María!...

VALENCIANO.— ¿El síñoret? ¡Si hay  
molt venta vos con-  
vido a mentjar!

VALENCIANO.— ¡Vingan en bon hora  
els caballers!...

NATILLAS.— El señor Capitán Don  
Luis de Hurtado, desea  
ba...ya lo sabe usted.

VALENCIANO.— Sí...Material de la  
terreta. ¿Vosté es  
valenciá?

DON LUIS.— No; pero me gusta...

VALENCIANO.— ¿Qué dise que le  
gusta?

NATILLAS.— Le gusta lo bueno.

VALENCIANO.— Pues...miri...Platos  
jicaritas, tasas,  
tot de Alcora...

DON LUIS.— ¿Qué?

VALENCIANO.— ¡Ay, ay, ay!...¿Y  
dise vosté que le  
gusta lo bueno?...

NATILLAS ha pasado a saludar a DOÑA TUMBAGA y habla con ella aparte; por sus gestos se comprende que se refiere a la loza y a lo mucho que le interesa a su señor.

Socarronamente, el viejo, que se está poniendo "al cabo de la calle", de lo que sucede, se dispone a hacer "un buen negocio".

IRENE, arrebolada, satisfecha en su amor propio, pero molesta por las alusiones de la "compra de la loza" vuélvese de pronto rápida y garbosa, y encarándose con DON LUIS le espeta la rociada que él estaba deseando.

El caballero aguanta y contesta el desplante de la naja, manteniendo el equívoco. DOÑA TUMBAGA y NATILLAS al darse cuenta de la intervención de IRENE, atienden al giro de este diálogo.

DON LUIS entrega unas monedas de oro al VALENCIANO, como anticipo de la loza de Alcora que desea. El viejo vendedor toma las monedas, las guarda y empieza a apartar diversas piezas.

DON LUIS.-- Me gusta; me entusiasma lo bueno, si señor. Por eso he venido aquí a ver y a comprar la loza de su puesto. Quería verla de cerca, admirarla de cerca, cegarme con sus fulgores y reflejos... ¿Cuánto cuesta?

VALENCIANO.-- ¡Home! Así en su totalidad... esto vale... vale...

DON LUIS.-- Lo que vale no pregunto; que lo sé mejor que nadie. Pregunto lo que cuesta.

IRENE.-- Le advierto a usted que "esta" loza no se vende.

DON LUIS.-- Entonces...

VALENCIANO.-- Oye, oye...

IRENE.-- Esta "loza" hay que adquirirla poco a poco, demostrando buen gusto y delicadeza...

DON LUIS.-- A mí me basta hoy con esta sola taza como muestra.

IRENE.-- ¿Para su... satisfacción de paseante?

DON LUIS.-- Para mi colección de cerámica.

DON LUIS.-- (AL VALENCIANO) Ahí va; por esta taza. Lo demás, le ruego que me lo guarde,

Interviene NATILLAS para presentar al Capitán a DONA TUMBAGA. Esta por manece sentada junto a su sobrina.

Bajo el Arco de la Calle de Toledo (calle que se ve en lontananza) aparece ahora la carretela del CONDE DE ARAVACA. Da la vuelta a la Plaza y viene a pararse ante el puesto del Valenciano, teniendo por fondo las casas de enfrente a la de la Panadería.

Los personajes que están en el puesto miran curiosos el coche que acaba de detenerse. Descienden de él con presteza los lacayos y abren la portezuela.

Del carruaje sale solamente el Viejo CONDE, que venía en el asiento principal. Sentada al vidrio queda, mirando, la CONDESA María.

Avanza el CONDE ante el puesto, sentándose en una silla que le ofrecen. En las otras se hallan DONA TUMBAGA e IRENE, aún cuando ésta no pierde de vista a la CONDESA.

Le van enseñando piezas.

que ya vendré por ello... poco a poco.

VALENCIANO.-- Agrait...

NATILLAS.-- (A LA VIEJA) El señor Capitán de quien tanto te he hablado...

TUMBAGA.-- Ya veo que le chiflan los cacharros. Pero se rompen mucho, no vaya usía a creer...

RUIDO DE CABALLOS AL TROTE ARRAS-  
TRANDO UN CARRUAJE.

RUIDO SIEMPRE LEJANO, DEL HUMOR DE  
LA PLAZA

VALENCIANO.-- ¡Home! Bon dia en  
veritat. matinet de  
usías y madamas.

DON LUIS.-- (PARA SI) Con ésta no  
contaba yo...

CONDE.-- (A LOS LACAYOS) ¡El reumal!  
¡El maldito reumal...! ¡Aja-  
já!... Ya podeis dejarme.

VALENCIANO.-- ¿Una caira? ¿Quiere  
vosté una caira?

CONDE.-- ¡Hijo! yo no sé lo que  
quiero. Algo que sea chic  
quiero decir: de buen tono. A  
ver...

VALENCIANO.-- La cacharrería anda-  
luza; barro extremeño

CONDE.-- Yo, baratito; algo barati-  
to... Es graciosa esta ji-  
cara. Se lo preguntaré a mi nieta.

DON LUIS y NATILLAS han ido a sentar se, dando frente al coche, en los felpudos redondos. DON LUIS aparente indiferencia, mirando hacia un lado. Pero la CONDESA le clava la mirada severa (15). Y hasta hay un minuto en que parece que va a abandonar el coche.

Pero IRENE, que observa la actitud de la CONDESA, se levanta rápida y toma con sus manos la jicara.

Y, ni corta ni perezosa, se va al coche, abre la portezuela y se enfrenta con la dama. Sorprendido por su audacia DON LUIS se levanta y aleja por no poder resistir la violencia de su situación. NATILLAS le secunda.

Ha llegado IRENE a los pies de la CONDESA y la entrega el cacharro, para que lo vea. Pero, en seguida, a propósito del cacharro, más que escoger una taza, se desafían dos mujeres.

IRENE.-- ¡Por Dios, señor! ¿Voy yo a consentir?... ¿Es... aquella su nieta?

CONDESA.-- ¡Mariquita!

IRENE.-- Yo mismo se la llevaré.

DON LUIS.-- Pero ¡esta mujer!... ¿Usted ha visto, Natillas?

NATILLAS.-- Majeza madrileña; se lo tengo dicho.

DON LUIS.-- ¿Qué va a hacer?

IRENE.-- Ya me ha dicho su señor padre...

CONDESA.-- Mi abuelo.

IRENE.--...que su Merced se lastimó sus lindos pies.

CONDESA.-- ¿Yo?

IRENE.-- Por eso vengo a enseñarla el cacharrito. Es de barro... como todos.

CONDESA.-- Me gusta. Me quedo con él.

IRENE.-- (SE LO ENTREGA) ¿Y... si no se vendiese?

CONDESA.-- (AUTORITARIA) ¡Me quedo con él de todos modos!

La CONDESA es altiva y está segura de sí misma; pero no ha contado con la IRENE. En cuanto ésta vuelve a tener

La taza en sus manos y se vuelve hacia el puesto, simula que se le cae a tierra...y queda la tacita hecha pedazos.

Al golpe de la jicara, se levanta indignada la CONDESA. Y DON LUIS, que se había alejado, da un respingo y se dirige rápido al carruaje.

La divertida risa de la meja se transforma de repente en estupor; al estupor sucede la rabia; a la rabia el llanto.

El VALENCIANO ha buscado otra jicara y se la entrega al CONDE, que espera con rostro complacido lo que ha de hacer. En tanto, IRENE ha caído sobre la silla ocultando su cara, para que no se la vean las lágrimas.

El CONDE paga al Vendedor.

En el coche, DON LUIS se disculpa con la CONDESA y no tiene inconveniente en requebrarla de nuevo. Ella no se ablanda esta vez. Y la llegada del viejo CONDE al carruaje corta el violento diálogo que se iniciaba.

DON LUIS mira hacia atrás y ve a IRENE llorando. Se queda como petrificado. No sabe que hacer... El coche arranca; DON LUIS saluda afectuoso. Los demás, menos la meja, también hacen reverencias de despedida.

IRENE.- ¡Ay, qué gracia! Ya será menos. (DEJA CAER EL CACHARRO) ¡Uy! ¡Se rompió! ¿Lo ve usía?

CONDESA.- ¡Eso no!

IRENE.- (RIENDO CON SONORA CARCAJADA) ¡Se rompió! Es igual. Se pone otro... (MAS RISAS) Se pone otro... Se pone otro... otro... (DEJA DE REIR EN SECO)

¡No!... ¡No!... ¡No!! (COMO LA CONDESA ANTES) ¡Eso no!

VALENCIANO.- Para un regalito es molt monic.

CONDE.- ¿Cuánto ha dicho usted?

VALENCIANO.- Cuatro reals. Regal.

DON LUIS.- Le aseguro, Mariquita que no la había visto. Y no tengo perdón, porque es imperdonable no contemplar un bello amanecer.

CONDESA.- Imperdonable, Capitán, es hacer llorar a las niñas.

DON LUIS.- ¿Vos?

CONDESA.- (SEVERA) Yo tengo alma de Natusalen...

Quando el coche ha desaparecido, DON LUIS se adelanta a DONA TUMBAGA y al VALENCIANO

Las palabras que cambia DON LUIS con los dos hermanos viejos, son escuchadas por IRENE, que deja de llorar y alza la cabeza. Cuando, al marcharse DON LUIS la mira, ella vuelve a ocultar el rostro y simula llorar. DON LUIS, entonces, se retira.

En el cuartito pulcro y reducido de la IRENE. Se halla ésta arreglándose ante un modesto tocador, con su espejo encima. Tras ella, peinándola, ALIFONSO. En un rincón, una silla, y, en su respaldo, una mantilla de madroños

El ritmo del peinado de la maja es muy otro del de la Condesa más rápido, y, pudiéramos decir, con más alma

Quando ALIFONSO va a colocar las mejillas de IRENE, ésta se opone.

Aún le dura, como se ve, su indignación por la escena de hace días en la Plaza Mayor. Tan indignada se halla la IRENE que no cesa de moverse en su sitio; con gran apuro de ALIFONSO, que no acierta a colocarle un lazo en el peinado.

DON LUIS.— También fué casualidad...

NATILIA.— (PARA SI) ¡Esto si que ha sido una crema bien batida.

DON LUIS.— Lamento lo ocurrido.

VALENCIANO.— ¡Bah! Todos los días se rompe algo. ¿Se lleva usía su taza?

DON LUIS.— (EN ALTA VOZ PARA QUE LE OIGA IRENE) Poco a poco; vendré por lo demás.

VALENCIANO.— Siempre a sus órdenes...

TUMBAGA.— Ya sabe donde nos tiene ¡Niña! Discúlpela. ¡Como rompió la taza!...

IRENE.— Qué un reto, Alifonso, un reto intolerable. ¿Mí la peinas?

ALIFONSO.— Hace tiempo. Pero, si quieres, que la deja, no tienes más que mandar.

IRENE.— ¡No! Me conviene que la sigas de cerca; que me tengas enterada de todo.

¡No me pongas afeites!, que me ensucian las cara.

IRENE.— ¿Quiere guerra? ¡Pues guerra! ¿Quiere rumbo? ¡Pues rumbo!

Cada reflexión que hace la maja, la acompaña con una enérgica afirmación o negación con la cabeza.

Hasta que, en su violenta acción, hace tan inesperado movimiento, que el lacito de color que acababa de colocarle ALIFONSO, sale disparado y va a parar al rincón, quedando prendido en la red de la mantilla.

Al darse cuenta de lo ocurrido, IRENE rie otra vez: como en sus momentos felices; circunstancia que aprovecha el peluquero para recoger el lacito y reanudar rápidamente el tocado.

Ya tranquila, va diciendo a ALIFONSO -ahora confidente cuyo con la misma lealtad que lo fué de la Condesa- sus deseos y planes. Como hizo la dama, también se auxilia la maja de un espejito para contemplar el peinado.

El tocado ha llegado a su término y la IRENE se levanta. Se mira luego al espejo; toma la mantilla de madroños, se la pone y vuelve a mirarse al espejo:

ALIFONSO.-- ¡Un poquito quiera, por favor!

IRENE.-- Precisamente viene a mi terreno.

ALIFONSO.-- Pero, mujer...

IRENE.-- ¡Si ahora presume, es por que yo la dejé!

ALIFONSO.-- ¡Y que lo digas! Pero, sosiégate.

IRENE.-- ¡Si ella no sabe de lo que soy capaz! ¡Si es muy poquita cosa para ponerse en mi camino...!

ALIFONSO.-- ¡Un momento! ¡Irene!

IRENE.-- ¡Pero...si yo le doy así! ...!no sé donde va a parar!

ALIFONSO.-- ¿Qué donde va a parar? Mira el lazo.

IRENE.-- Ahí lo tienes, ¡prisionero!

ALIFONSO.-- Como una mariposa en tu rosal. (RIEN LOS DOS)

IRENE.-- ¿Te acuerdas del Puntillido?

ALIFONSO.-- ¿El picador?

IRENE.-- Ese. Necesito verle. Me tiene le y...

ALIFONSO.-- Es un blanco; acuérdate.

IRENE.-- ¡Me tiene ley!

IRENE.-- ¡El Puntilloso!...Me tiene que presentar a Don José Romero.

ALIFONSO.-- ¡Si es enemigo mío!

IRENE.-- Es igual. El Puntilloso es amigo mío. Quiero que el Romero me brinde un toro en la corrida.

ALIFONSO.-- ¿Vas a ir?

IRENE.-- Pues no que no! En la calesa del tío Vicente!

Después, como si ya estuviera en su tendido de la Plaza de Toros, se asoma a la ventana, como para ver la corrida.

IRENE.-- Y en la Plaza, sentada en mi tendido, veremos quien es la mejor hembra; si la Condesita de Aravaca, o la Irene.

Pero de pronto, retrocede. Ha visto algo que no esperaba. Se frota los ojos y hasta necesita apoyarse en ALIFONSO, que ha acudido a sostenerla.

IRENE.-- ¿Eh? ¡Ay, Dios!... ¿Quién es ése?... ¿A qué ha venido?

ALIFONSO.-- ¿Quién?

IRENE.-- ¡Ese! ¿O me engañan los ojos?

Desde la ventana puede observarse la figura del Mozo que ha impresionado a la maja. Es, en efecto, un Majo parecido en el indumento al DON LUIS de la Pradera; pero no es él.

ALIFONSO.-- Te engañan, Irene. Ese no es é que tú piensas.

IRENE.-- ¡Te digo que es!

ALIFONSO.-- ¡Tú eres una visionaria!

Junto al MAJO pasa una MOZA de buena presencia. El MAJO vuelve la cabeza para mirarla.

ALIFONSO.-- ¡Mira! ¿Te convences?

IRENE.-- ¡Ya está! ¡Bíscame al Puntilloso! por la Virgen!

Exterior de la Peluquería de ALIFONSO en la Carrera de San Jerónimo. Es una portada de tienda con un rótulo "BARBERIA", con una vacía colgada de un palo y con ventanal y puerta de cristales. En ésta, otro letrero, toscamente escrito: "Sangrador". A la puerta de la Barbería, un grupo en el que figuran CHIAPEROS y TOREROS. Todos rien.

COMIENZA EN RITMO DE "PASACALLE"  
UNA MUSICA DE FONDO QUE YA NO  
CESARA HASTA QUE SE INDIQUE: NA  
TURALMENTE MAS O MENOS PERCEPTI  
BLE SEGUN LAS SUCESIVAS ACCIO  
NES.

GRAN CARCAJADA DE LOS HOMBRES  
DEL GRUPO.

En el interior, ALIFONSO, con el clásico mandil del oficio, afeita a un PARROQUIANO. OTRO PARROQUIANO se arregla en una silla próxima, asistido por un BARBERO 2º.

El PARROQUIANO tiene la cara totalmente embadurnada de jabón; lo cual no obsta para que, al subrayar con la acción sus palabras, se levante, se quite el paño que le sirve de babero, y lo utilice como capa y muleta.

Reproduce la "sierte" de matar al "volapié" que evoca, hasta indicar el gesto del torero herido de muerte y marcar el "derrote" del toro al herir.

Pero tiene la poca fortuna de caer sobre el OTRO PARROQUIANO que se afeita y producir, al mismo tiempo la indignación del "atropellado"...y la risa de ALIFONSO.

El peluquero vuelve a la silla al PARROQUIANO 1º a medio afeitar, y sigue con él la conversación, mientras que el otro cliente arregla sus desperfectos.

PARROQUIANO 1º.— Aquella tarde, murió el toro.

ALIFONSO.— (HALAGADOR) Pero luego remació.

PARROQUIANO 1º.— ¡Murió el toro!

PARROQUIANO 1º.— "Pepe Hillo" se fué al toro confiado; ¡demasiado confiado! Te lo digo yo. Lo recogió así... (VA IMITANDO DIVERSAS SIERTES DE TOREAR) Le dió la salida que debía darle y volvió a recogerle... Aquello no era un toro: ¡era un niño de turrón! Dos pases naturales y uno de pecho, y al entrar a matar sesgó demasiado y... ¡le tiró por lo alto y le recogió por en medio del estómago! Era la tarde del once de mayo de 1801. El toro se llamaba "Barudo" y era ¡un Peñaranda! ¡Un Peñaranda!... ¡Ay! ¡Murió el toro!

PARROQUIANO 2º.— ¡Eh! ¡Compadre! Si se murió que le entierren. Pero conmigo pocas bromas.

PARROQUIANO 1º.— (A ALIFONSO POR SU RISA) ¿Es tan graciosa la muerte del maestro?

ALIFONSO.— Aquello, no, Rafael; ¡pero tu reproducción.

ALIFONSO.— Lo que yo te decía, es que hoy sigue habiendo gente.

PARROQUIANO 1º.— ¿Gente? ¡Preguntábelo al Puntilloso! ¿Se sabe de aquello.

El nombre de EL PUNTILLOSO en boca del PARROQUIANO, hace recordar a ALIFONSO su promesa a la naja. Y se vale, para atraerlo, de un recurso más infalible: convidarle a un afeitado.

Vuelve a enjabonar el rostro del PARROQUIANO 1º. La espuma cubre buena parte de su cara. La espuma apenas deja ver las mejillas del que se afeita, que ahora permanece mudo. El que habla es ALIFONSO. Y, cuando, éste, a punto de navaja, va dejando al descubierto aquella cara, puede apreciarse que no es ya la del PARROQUIANO 1º, sino la del PUNTILLOSO. En la otra silla está el OFICIAL DE LA BARBERIA dormitando.

EL PUNTILLOSO desde que empieza a aparecer su cara, principia también a mover su cabeza con demostraciones negativas.

A ALIFONSO le asombra esta negativa del picador, a quien creía, -como enemigo de los hermanos Romero- partidario de sus rivales.

Gran satisfacción de ALIFONSO que no oculta. Y mucha mayor al comprobar que el picador es una nueva víctima de los intereses personales...y de las valedades humanas.

En el rostro, ya rasurado, del picador, se refleja primero la vanidad y luego...la posibilidad de serle grato a su nuevo jefe de cuadrilla.

ALIFONSO.-- ¿El Puntilloso? Quisiera verle. En serio. Dile que, si viene, le afeito gratis.

ALIFONSO.-- Yo sostengo que hoy tenemos en el toreo buena gente, por lo que queda de aquella vieja solera. Y ahí están el "Curro", el "Jerónimo" y el "Santos", y un niño que dicen que ha aparecido en Sevilla y que es capaz de que se caiga de gusto la Giralda..

ALIFONSO.-- ¿Qué no? ¿Qué el "Curro Guillén" no es nadie? ¡Puntilloso!

PUNTILLOSO.-- ¡Que no! ¡Torero de encaje!

ALIFONSO.-- ¡Pero de mucho encaje!

PUNTILLOSO.-- ¡Que no!

ALIFONSO.-- Pues, entonces ¿quién?

PUNTILLOSO.-- (PRETENCIOSO) ¡El señor José Romero!

ALIFONSO.-- ¿Te ha contratado para esta corrida?

PUNTILLOSO.-- (INGENUO) ¿Quién te lo ha dicho?

ALIFONSO.-- Yo, que lo quiero. Una corazonada.

Al adivinar que se trata de la IRENE vuelve el PUNTILLOSO a su especial modo de expresarse: es al eterno "perdonavidas".

En este momento, ALIFONSO seca cuidadosamente el rostro del picador.

El PUNTILLOSO se pone de pie y, ya intrigado, pregunta al peluquero por la Irene.

El fanfarrón de siempre vuelve a aparecer: el PUNTILLOSO se jacta de su valor y de su poder; de su influencia y de su "magnetismo".

Pero ALIFONSO no se convence con facilidad, y le insiste. Y hasta le obsequia con un cigarro (de la época, naturalmente)

PUNTILLOSO.-- No te creo.

ALIFONSO.-- Te lo diré: una maja que te estima y que es muy admiradora del Romero Chico.

PUNTILLOSO.-- (ADIVINANDO) ¿Aquella?

ALIFONSO.-- La de la Pradera.

PUNTILLOSO.-- No te la quité porque no quise. Te tenía en mis manos...

ALIFONSO.-- (SUNRIENDO) Ahora...te tengo yo entre las mías.

PUNTILLOSO.-- Te perdono...porque me has convidado...

PUNTILLOSO.-- Y, oye, ¿qué quería esa jaca?

ALIFONSO.-- Nada...y mucho. Una cosa que tú no puedes hacer. Se trata del matador.

PUNTILLOSO.-- ¿De ése? Lo que tú quieras. Lo tengo en el bolsillo.

ALIFONSO.-- ¡Que le brinde un toro!

PUNTILLOSO.-- ¿El Romero?

ALIFONSO.-- Naturalmente.

PUNTILLOSO.-- ...Es difícil...Pero, yo se lo mando ¡y cosa hecha! ¡Es mucho lo que me debe el matador!

ALIFONSO.-- Es que un primer espada, tendrá sus compromisos; digo yo...

PUNTILLOSO.-- ¡Los míos! Tú dile a ésa que ésto es cosa del "Puntilloso".

En el saloncito de casa de DON LUIS Es la misma estancia de siempre; la única diferencia está en que las paredes aparecen cubiertas de piezas de loza: platos y fuentes talaveranas, y, sobre todo, cerámica blanca de Alcora: platos, tinteros, nance-rinas, etc... NATILLAS aparece sentado, manteniendo en la mano dos piezas más de Alcora. Son dos grupos escultóricos en blanco brillante: una es un abate francés tocando el violín y la otra un torero con la capa desplegada.

Coloca NATILLAS la figura de Alcora sobre la mesa del centro y se queda mirando la del torero.

Aparece DON LUIS, vestido de militar arrogante como siempre. NATILLAS se levanta respetuoso y le saluda con una inclinación; pero sin atreverse a darle la mano.

Ante el fracaso de sus intentos de ver de nuevo a la maja, señala DON LUIS a toda la cacharrería que le está costando.

Otra bolsa con dinero pasa de las manos del Capitán a las del repostero.

DON LUIS coge las figuras de Alcora y mira a un lado y otro sin saber donde ponerlas

Al fin las coloca cuidadosamente en una de las consolas adosadas a la pared.

LA MÚSICA DE FONDO, EN RITMO INICIAL DE PASACALLE, SE AFINA EN ESTE MOMENTO, COMO SI ESTUVIESE TOCADA POR UN VIOLIN DE JUGUETE.

NATILLAS.-- (MIRANDO UNA DE LAS FIGURAS) ¡Y que esto cuesta doce reales!...

NATILLAS 3.-- ¡Y olé! Costillares abriendo su capa como un abanico de Valencia...

DON LUIS.-- ¿Qué? ¿Tampoco?

NATILLAS 3.-- Tampoco. La Irene no vuelve por el puesto aunque la maten.

DON LUIS.-- Son ya diez o doce las visitas que le he hecho al Valenciano....y nada...

NATILLAS 3.-- Y yo, veinte o treinta. ¡y ya ve Usía!

DON LUIS.-- Y vengán platos y saramdajas...

NATILLAS 3.-- Y vayan duros y más duros...

DON LUIS.-- Mi sigue y no te preocupes.

DON LUIS.-- Pero ¿qué hago yo con esto?

NATILLAS 3.-- Se las cobra usía el día de la corrida.

El nuevo giro de la conversación devuelve a DON LUIS la alegría al semblante. Ríe jovial y termina por abrazar a NATILLAS que, en el espejo frontero, veía y ve fulgurar el brillante de su mano derecha.

Cuando NATILLAS va a retirarse, DON LUIS le retiene por un brazo, con gravedad. A NATILLAS le dejan petrificado las palabras de DON LUIS preguntándole si es conspirador. Y abandona preocupado la estancia.

DON LUIS va a la cómoda, toma la figura del torero, y la contempla meditabundo...

El Interior de la Taberna ya conocida. Se ve abarrotado al lugar destinado al público. Es parte de una posada, al estilo de las conocidas de San Sebastián o del Ángel.

Ante las mesas, sentados en taburetes, arrieros de los Mesones de la Cava; trajinantes de la Plaza de la Cebada; aguadores, consumidores, chisperos y otras gentes de varia condición. El humo de los tabacos envuelve la reunión, borrando perfiles de rostros y figuras.

En un rincón se alza un bulto: es un hombre de edad que pretende ser oído por sus más inmediatos contertulios.

DON LUIS.— ¿Irás a los toros?

NATILLAS.— ¡Con la vieja! En calesa y estrenando traje.

DON LUIS.— ¿Cómo lo sabes?

NATILLAS.— ¡Por Doña Tumbaga!

DON LUIS.— ¿La vieja?

NATILLAS.— La llaman así... Y esche usía un momento: irá en calesa. ¡Y con un servidor de calesero!...

DON LUIS.— Oye, Natillas: ¿es cierto que andas en conspiraciones?

NATILLAS.— ¿Quién lo ha dicho?

DON LUIS.— Yo que lo sé.

NATILLAS.— Es que...yo soy un patriota.

DON LUIS.— Pues ¡ojo conmigo! Después de la corrida hablaremos.

SE VA PERDIENDO EL CLARO RITMO DEL PASACALLE... QUE DEJA PASO A UN VA-GO Y CONFUSO RUMOR DE CONVERSACIONES MÚLTIPLES.

VOCES SIEMPRE.— El favorito... ¡Abajo el favorito! (A ESTAS PALABRAS SUCEDEN CAUTELOSOS "¡CHISTI!" IMPONIENDO SILENCIO.)

OTRAS VOCES.— ¡El príncipe ya está cargado! ¡Hay que dar la campanada! ¡Viva Fernando! ¡Abajo Godoy!

UNA VOZ.— ¡Silencio! Ya a hablar "Gallos" (MAS RUMORES)

GALLOFAS.-- ¿Hablo o no hablo?  
Porque me siento, y  
arreglado.

LA VOZ DE ANTES.-- ¡Callarse, señores!

"GALLOFAS" es un tipo burdo que sobre la cabeza tiene una gorra y, dentro de la cabeza, apenas serrín. Se ha puesto de pie sobre un taburete y da a sus palabras una sonora trascendencia

GALLOFAS.-- Yo os pregunto: ¿estamos gobernados?

VOCES.-- ¡No!

GALLOFAS.-- ¿Queremos que nos gobiernen?

VOCES.-- ¡Sí!

GALLOFAS.-- Pues...! que hable Natillas!

NATILLAS, al sentirse aludido -allá en un rincón donde estaba semi oculto- hace vivas demostraciones de que no quiere hablar, y se encara con los que se le enfrentan.

NATILLAS.-- Yo no hablo, porque luego todo se cuenta.

VOCES.-- ¡Mentira!

NATILLAS.-- ¡Verdad!

UNA VOZ.-- ¿Tienes miedo?

Al oírse acusado de cobarde, se levanta rápido y coge una botella próxima.

NATILLAS.-- ¿Quién lo ha dicho?  
¡Que lo repita!

VARIAS VOCES.-- ¡Que hable Natillas! ¡Que hable!

Ante la insistencia de los concurrentes, de pie, pero sin subirse a ninguna parte, -pronuncia unas palabras indispensables. Los que antes le increpaban, ahora le jalean, levantándose de sus asientos y dando con sus vasos sobre los tableros de las mesas y valadores.

NATILLAS.-- Pues, bueno, ¡Ahí va!  
¡El Príncipe está con nosotros!

VOCES UNANIMES.-- ¡Ole!

NATILLAS.-- El Príncipe se ha unido al pueblo.

VOCES.-- ¡Ole!

NATILLAS.-- ¡Que hable el tío Pedro!

OTRAS VOCES.-- (A CORO COMO ANTES)  
¡Que hable el tío Pedro! ¡Que hable!

Todas las miradas, al mismo tiempo, convergen en una mesa central, ante la cual beben aguardiente varios tipos vestidos a "lo paleta", pero que en sus rostros demuestran una distinta condición social.

Uno de estos tipos, el "Tío Pedro", --como le llaman los concurrentes a la reunión-- no es otro que EUGENIO DE MONTIJO, disfrazado, para sus oficios de conspirador, de acuerdo con el Príncipe Fernando.

EUGENIO (TIO PEDRO).-- (PROCURANDO LA VOZ) ¡Callar ahora! Otro día.. Hoy no, ¡insensatos!

VARIAS VOCES.-- (INSISTENTES Y MONOTONAS) ¡Que hable el tío Pedro! ¡Que hable el tío Pedro!...

Comprendiendo que la obstinación en no hablar puede ser perjudicial para su causa, EUGENIO, --sin levantarse de su asiento-- se dispone a dirigir a los reunidos unas palabras.

Se produce en el acto, el movimiento contrario: o sea, que al permanecer EUGENIO sentado, se acercan más a él los inmediatos oyentes, se levantan los de detrás y se ponen de pie, en taburetes, y aun en las mesas, los más lejanos.

Las caras atentas e inexpresivas de los oyentes están pendientes de los labios de EUGENIO. Sólo NATILLAS, en su rincón, no se ha levantado, aunque en determinado momento siente impulsos de entusiasmarse; pero se contiene y logra mantenerse alejado del sentimiento general.

Los inmediatos a EUGENIO le abrazan entusiasmados y no le dejan acabar.

EUGENIO.-- ...!Señores y amigos!

(UNA RÁPIDA IMPOSICIÓN DE SILENCIO SE TRANSMITE A TODO EL LOCAL)

EUGENIO.-- No es posible que el dinero del pueblo sirva para enriquecer al que todos sabemos. ¡Esto se acabó! Su Alteza Real el Príncipe Fernando está decidido a que esto se acabe.

TODOS.-- (UNIS) ¡Oh!...

EUGENIO.-- Llegará...

VOCES.-- (ID.) ¡Y olé!

EUGENIO.-- Llegará...y entonces...

UNA VOZ ESTENTOREA.-- ¡Viva el tío Pedro!

EUGENIO tampoco intenta seguir hablando. Sonríe...y bebe en su copa de anís...El humo, cada vez más denso, va borrando caras y figuras....

El humo sigue...Mejor dicho, parece que sigue; pero no es humo; es polvo. Es el polvo que levantan carrozas y calesas y caballos a lo largo, y en lo corto- de la CALLE DE ALORLA Poco a poco va cediendo el polvo y se ven trozos de la calle en plena animación...

Junto a las tapias de los Conventos de la cuesta, y adosado a los edificios, el PÚBLICO presencia, inquieto y expectante, al paso de los que van a la Plaza de Toros, tipos distintos y abigarrados (pueden ser muchos de los mismos que hemos visto en la Taberna y la Pradera...) con el aditamento de buenas MOZAS del pueblo y de SEÑORAS y DAMISELAS con sus correspondientes PETIMETRES Y LECHUGUINOS...

Un movimiento del gentío, estacionado demuestra la proximidad de un coche de toreros. Es una calesa grande en la que van TRES TOREROS, vistiendo ya sus trajes de lidia. Van serios y se limitan a saludar con las manos al público que los jalea...

DOS CHICOS, entre el gentío, cruzan, pregonando unos pliegos que llevan en las manos. Borren detrás de los carruajes y sus gritos se van perdiendo..

VOCES UNANIMES.- ¡Viva!...

UN CRITERIO ENSORDECEDOR SE APODEA DE LA TABERNA Y BORRA FRASES O PALABRAS AISLADAS.

EL CRITERIO CONTINUA...

PERO LAS VOCES QUE LO INTEGRAN YA NO SON AIHADAS, SINO FESTIVAS, ANIMADAS: DE FIESTA, DE JUBILO. MADRID, QUE SE AGITA, SE OLVIDA DE TODO PARA DIVERTIRSE CON SU FIESTA PREDILECTA...

ENTRE EL GENTIO Y EL POLVO VUELVE A SONAR EL RITMO DE PASACALLE ANTES INICIADO...

CADA VEZ LA MUSICA VA IMPERANDO MAS Y MAS... SOBRE ELLA SE DESTACAN, POR AHORA, VOCES, TRALLAZOS, RUIDO DE RODAR DE CARRUAJES Y DE TROPE DE CABALLOS; PREGONES DE VENDEDORES Y OTRAS JUBILOSAS MANIFESTACIONES: PITOS, CARRACAS, HIERROS, ETC...

VOCES DE COCHEROS.- ¡Ye! ¡la!  
¡Montañesa!...  
¡Jerezana!...!¡á!...!¡á!

PREGONES.- ¡A cuarto y real! ¡A cuarto y real!

UNA MOZA.- (ENTRE EL PÚBLICO) ¡No empujen usted, señoral!  
¡Retorta...con la Puerta de Alcalá!

SEÑORA.- ¡Usted se calla! Mira, Rigoberto, ¿no ves que me insultan?

PREGONES.- ¡Las rosquillas de anís!  
¡De la Fuente del Berro!  
¿Quién quiere el agua?...

(ALEJRES CASCABELES DE LAS COLLE RAS DE LOS CABALLOS PONEN SU NOTA DE ALGERIA EN EL DESFILE)

VOCES SUERTAS.- ¡Animo, Carro!...  
¡Buena suerte, Manuel!...!A ver los hombres con agallas!

Sucede de pronto, a estas visiones parciales, una vista panorámica de la CALLE DE ALCALA, contemplada desde lo que hoy es Plaza de la Cibeles, y teniendo al fondo la angostura que conduce a la Puerta del Sol. La estatua de "La Cibeles" en la derecha del primer término, se halla ante la empalizada de la célebre Puerta de Juan Fernández. Por el centro de la calle bajan, en animadísimo conjunto, carruajes y peatones..

Al arrancar el "pasacalle", la Puerta de Alcalá es un ascua de oro, iluminada por el sol. Los primeros versos no se sabe quienes los cantan; parece como si la Calle entera, volcándose hacia la Plaza de Toros, cantará las hazañas del famoso matador PEPE ROMERO, (inmortalizado por cierto, por Goya) (16).

Otra calesa de toreros. En ella va Don JOSE ROMERO, risueño y comunicativo, agradeciendo a quienes cantan sus hazañas. Le acompañan otros diestros.

Ha pasado la calesa de los toreros y ahora llega la de la IRENE. La maja va hecha un brazo de mar. Lleva un traje de seda, de color de rosa, blanca mantillas y profusión de clavales en la cabeza y el pecho. A su paso, los hombres la piropean. A su lado, sentada en la calesa, DONA TUM BAGA, llamativamente ataviada. En la vara, cantando las hazañas de Pepe Romero, NATILLAS conduce la caballería.

Tras la calesa de la IRENE viene otros carruajes. Y, entre éstos, la carretela abierta de la CONDESA DE ARAVACA, que va con su abuelo y va, también hecha un brazo de mar. La CONDESA sonríe a todos; pero no canta. Los que cantan son los HOMBRÉS y CHICOS que entre los coches, siguen

CHICOS.— ¡Las hazañas de Pepe Romero!... ¿Quién quiere las hazañas de Pepe Romero?

LA MUSICA ADQUIERE EN ESTE PUNTO

CAPITAL IMPORTANCIA.

VOCES UNANIMES DE GENTES (QUE NO SE VEN) (CANTANDO)

¡La maravilla del valor!...  
¡Majez, rumbo y afición!...

VOCES DE LOS CHICOS (QUE NO SE VEN RECITADAS)

¡Las hazañas de Pepe Romero!...

ARRANCA EL PASACALLE TORERO, QUE VAN CANTANDO, —COMO ENSALZANDO LAS HAZAÑAS DEL IDOLO— DISTINTAS VOSES Y DISTINTOS GRUPOS.

VOCES UNANIMES.— CANTANDO

Cuando va Pepe Romero a la fiesta de los toros, hueles a rosas y albahaca por las calles de Madrid. No hay torero más valiente en la suerte de la capa, al poner las banderillas y citando a recibir.

NATILLAS.— (CANTANDO)

En traje bordado, ceñido a su cuerpo, encadena sus músculos fuertes, su esbelta figura de gran lidiador.

IRENE.— (CONTINUANDO)

Y todos conocen que dentro del traje diciendo y cantando su arrojo valiente ¡va un gran corazón!

siguiéndoles, se entremezclan

Ahora vemos llegar por el Salón del Prado varios caballistas. Entre ellos, un arrogante majo, monta un soberbio alazán. El majo no es otro que DON LUIS, vestido lo mismo que en la Pradera. Don Luis atiesa la calesa de la Irene que, después de cruzar la plazoleta, va a tomar la cuesta arriba, camino de la Puerta de Alcalá. Entonces, a galope, se acerca a la calesa de la maja. Natillas, en la vara, pícaro y satisfecho, sigue cantando la "Canción de Pepe Romero"

Don LUIS, decidido, —como hasta ahora no se le conocía— requiere fogoso a la Irene, desde su jaca, ricamente enjaezada. Irene ríe y se tapa la cara con el abanico.

Don Luis insiste. Por sus gestos pide asegurarse que la está declarando su amor: que la llama "guapa" y que se ha rendido a su soberana belleza.

Detrás, desde su carretela que, como corre más—, va adelantando a la calesa, presencia la amorosa escena, la CONDESA. No puede ocultar la dama su indignación. Comprende que ha sido vencida e intenta, aunque en vano, llamar la atención de Don Luis.

### HOMBRES Y CHICOS.—

Al señor Pepe Romero,  
al volver para su casa  
va encañando a quien le mira  
las orejas del burel.  
Y las palmas echan lumbre,  
las mujeres se desmayan  
y los hombres vitorean  
la bravura del José.

### NATILLAS.— (IDEM)

!Ay, Pepe Romero!  
!Ay, Pepe Romero!  
que al salir de la Plaza  
te llevas  
la risa y el llanto  
de cada mujer.  
!Ay, Pepe Romero!  
!Ay, Pepe Romero!  
¿Qué tienen tus ojos  
que a mí, si me miras,  
me matas también?

### NATILLAS y HOMBRE Y CHICOS.— (COMO AL PRINCIPIO)

Quando ya Pepe Romero  
a la fiesta de los toros  
huele a rofias y albahaca  
por las calles de Madrid.

No hay torero más valiente  
en las suertes de la capa,  
al poner las banderillas  
y citando a recibir.

Su traje bordado  
ceñido a su cuerpo,  
encadena sus musculos fuertes,  
su esbelta figura  
de gran lidiador...

IRENE, sí; Irene se dá perfecta cuenta de la proximidad de la Condesa, y mirándola con el rabillo del ojo, viene a decirle: "¿Se vencido; ¿qué pasa?"...

Detrás de todos estos grupos, trota, en su caballo, el PUNTILLOSO, en unión de otros picadores, todos ellos con sus trajes típicos.

Y, para final del "Pasacalle", vemos ahora la perspectiva de la calle de Alcalá en el otro trozo: o sea en el comprendido entre el Prado y la Puerta de Alcalá, ofreciendo éste monumento al fondo su mole característica y viéndose ahora de espaldas, figuras, caballos y carruajes...

Ha cesado el desfile.

Bajo los arcos de la Puerta de Alcalá pasan coches y peatones: por el del centro, los coches, y los caballistas; por los laterales, el público de a pie, en mescla y composición abigarrados.

Ahora se ofrece a nuestra vista la explanada de tierra solamente, que se extiende entre la Puerta de Alcalá, -en su lado exterior-, y la Plaza de Toros, que se alza a su izquierda. La gente va entrando por las puertas de la Plaza. Los VENEDORES siguen publicando entre el PUBLICO.

A los lados de la Plaza se ven varias carretetas y calesas estacionadas al cuidado de sus CONDUCTORES.

Ante la puerta principal se detiene otra carretela lujosa, arrastrada por varios caballos ricamente enjaezados. Se produce en la gente un movimiento de expectación. Un LADAYO abre la portezuela, y desciende un personaje, vistiendo ostentosamente un brillante uniforme. Rápidamente entra en la Plaza, seguido por dos MILITARES de su séquito, que con él venían en la carretela.

Y todos conocen que dentro del traje, diciendo y cantando si arrojo valiente ¡va un gran corazón!

VOCES UNANIMES.-

Caminito de la Plaza,  
¡que de gente por la calle  
corre y canta!

¡Caminito de la Plaza,  
va Madrid a ver los toros  
y las majas!

HA CONJUNTO LA PARTE CANTADA DEL PASACALLE. A LA CANCIÓN DE PEPE ROMERO, SOBRE UN LEVE FUNDIDO DEL MISMO PASACALLE, SUCEDE UN GRAN RUMOR DE VOCERIO ALLEGRE Y DE LOS MIL RUIDOS PROPIOS DEL LUGAR Y EL MOMENTO.

CHICOS.- (VOCEANDO)

¡Las hazañas de Pepe Romero!...

VENEDORES .- (VARIOS)

¡Las rosquillas de anís!  
- ¡De la Fuente del Berro, ¿quién quiere agua?...

CHICOS.- ¡Las hazañas de Pepe Romero!

CHICO 1º.- ¡Agua! ¡El Principe!

CHICO 2º.- ¡El Principe de la Paz!

UNA VOZ.- ¡El favorito!

OTRA.-- ¡Chissst!...

CHICO 3º.-- ¿Y ese es Godoy? Yo  
creí que era alguien.

CHICO 1º.-- Pues ¿no le ves con  
tantos bordados?

El interior de aquella Plaza, tan po-  
pular en Madrid durante muchos años.  
Sucesivas visiones rápidas de ella,  
para dar solamente la impresión de  
que se está desarrollando una corri-  
da a la manera de entonces: un trozo  
de concurrencia en la "barrera" y  
otro en los "tendidos"; unos lances  
de capa en la arena; un par de bande-  
rillas; un matador, -visto de lejos-  
en la suerte suprema...Luego otro lan-  
ce de capa...

En el redondel, apoyados, de pie, en  
un burladero, cambian unas palabras  
el PUNTILLOSO y JOSÉ ROMERO, mientras  
que, lejos, en el centro del ruedo,  
un bandarillero se prepara para eje-  
cutar su suerte correspondiente.

Al dirigir Romero sus ojos hacia la  
Irene, vemos a ésta que, con la TUMBA  
GA, ocupa un tendido. Se muestra sa-  
tisfecha y corresponde a un saludo  
que desde abajo le dirige el picador.

Al referirse José Romero a GODOY, con  
templamos al palco del Gobierno, -con  
rico tapiz en el antepalco-, en el  
cual se halla el PRINCIPAL DE LA PAZ  
con las personas de su séquito.

VUELVE A ADQUIRIR VIGOR EL PASA-  
CALLE, QUE SIRVE SIN PARTE CANTA-  
DA, DE FONDO A LAS RAPIDAS VIRE-  
TAS ANIMADAS QUE SE SUCEDEN EN LA  
PLAZA.

PUNTILLOSO.-- Hoy es día grande,  
maestro.

ROMERO.-- Suerte: hoy es día de  
suerte. El "jabonero" ha  
sido manteca.

PUNTILLOSO.-- Pues vamos a ver esa  
lagartija...

ROMERO.-- Siento no complacer a tu  
amiga, Aunque como guapa.

PUNTILLOSO.-- La mejor hembra de  
Madrid...

ROMERO.-- Sí...pero me he compro-  
metido con ése.

PUNTILLOSO.-- ¡El Ministro!

ROMERO.-- ¡El amo!

PUNTILLOSO.-- Godoy ha venido a  
verme torear.

ROMERO.-- Godoy ha venido... a que le aplaudan.

En otro tendido la CONDESA de Arava ca, con su abuelo el viejo CONDE, asiste también a la corrida. No está lejos de la IRENE; pero sí a distancia suficiente para que no se oigan. Es el momento en que banderillero de tanda va a poner un par.

CONDESA.-- Yo sufro, abuelo, con estas corridas.

CONDE.-- Pero si ya no hay arte, ni valor ni...!bah!... Aquellos sí que eran lidiadores. Para matar, "El Africano"; para las banderillas, "Martíncho"...

Se ve un momento avanzar al banderillero con los brazos en alto. En seguida a la Condesa que se tapa los ojos y al Conde y a todo el tendido, que se levantan con un movimiento de emoción.

GRI TO UNANIME.-- !!Ay!!...

CONDE.-- !Lo mató!

CONDESA.-- !Qué horror! Vámonos.

CONDE.-- Si es que no ha sabido. ¡Ya no hay toreros!

En efecto, el banderillero ha sido cogido por la fiera y se lo llevan unos compañeros, entre los gritos de la multitud.

VOCES.-- (SUELTA)

!Valiente! - !Valiente! - !Te ha herido por valiente!...

La IRENE enardecida, con el pañuelo en la mano, pregunta desde su asiento al PUNTILLOSO, que va detrás del herido. A duras penas, la TUMBAGA puede contenerle.

IRENE.-- !Puntilloso! ¿Hace falta algo?

PUNTILLOSO.-- No ha sido nada. ¡Nada! Por poco lo es- moca; pero no fué nada...

TUMBAGA.-- !Quieta, Irene!

En el mismo tendido, más en alto, -mucho más cerca de la Irene que de la Condesa- DON LUIS contempla la emoción de la maja por la cogida, y comenta con NATILLAS, que aparece a su lado. A Don Luis de todo lo que ocurre en la Plaza, solo le importa la Irene.

DON LUIS.-- ¿No la ves, Natillas?  
Esa es la mujer madrileña: sangre y fuego.

NATILLAS.-- Usia ya está del otro lado.

DON LUIS.-- Dila que necesito verla; que quiero cortarla, que me tiene loco...

NATILLAS.-- Todo se andará, don Luis.

Con espada y muleta en la mano izquierda y calada la montera, PEPE ROMERO se dirige al palco que ocupa DON MANUEL GODOY.

HA SONADO UN CLARIN. EL PASACALLE VUELVE A IMPERAR Y TODA LA PLAZA CANTA LA "CANCIÓN DE PEPE ROMERO"

VOTES.--

### CANTADO

Quando está Pepe Romero en la fiesta de los toros huele a rosas y albahacas al pisar el redondel. No hay torero más valiente en la muerte de la capa al poner las banderillas y matando al volapié...

Si traje bordado ceñido a su cuerpo encadena sus músculos fuertes, su esbelta figura de gran lidiador...

Y todos conocen que dentro del traje diciendo y cantando su arrojo valiente ¡va un gran corazón!

EL BRINDIS INICIADO DE ROMERO NO SE OÍA PORQUE EL CANTO DE TODA LA PLAZA LO IMPEDIA... PERO AL APARECER LA FIGURA DEL LIDIADOR EN PRIMER PLANO, SE PERCIBE CON CLARIDAD SU PROTESTA:

ROMERO.-- ¡A mí no, señor Ministro! ¡A Pepe Romero, se le escucha!...

RUMOR UNÁNIME DE SENSACION EN LA PLAZA.

Llega el matador ante el palco, hace una reverencia respetuosa, se quita la montera y con ella en la mano, comienza a pronunciar su brindis a GODOY.

Pero el PRINCIPE DE LA PAZ, sin ruda solicitado por asuntos que le interesan más, no solamente no atiende al torero, sino que hablando con sus acompañantes, le vuelve la espalda:

Figura en primer plano, de PEPE ROMERO, extrañado de que no se preste atención a su brindis. De pronto, los músculos de su tostro se contraen con expresión de enojo, y grita ante GODOY su protesta...

Y dando a su vez, la espalda a GODOY y con ostensible indignación, se ree tira decidido y se dirige al tendido

donde se halla la IRENE. GODOY se da cuenta de lo que ha pasado y mira asombrado el gesto de ROMERO.

Grandes apuros y emoción en la maja, que ve ahora todas las miradas de la Plaza fijadas en ella. PEPE ROMERO le brinda el toro, mientras que IRENE hace vivas demostraciones de agradecimiento. El brindis termina arrojando el diestro la montera a la maja.

La montera va a caer encima de la cabeza de DOÑA TUMBAGA, que la recoge entre las risas de los espectadores cercanos. La IRENE se arranca uno de los claveles de su pecho y se lo arroja a ROMERO entre los aplausos generales del gentío...

GODOY, que ha presenciado con ira concentrada el desaire que le ha hecho el torero, se levanta de su asiento y abandona el palco airadamente, seguido de sus acompañantes.

PEPE ROMERO, al pie del tendido de la maja, ve desdeñosamente la actitud de GODOY y se encoge de hombros...

En seguida se encamina ROMERO hacia el toro que se halla en el centro de la Plaza. Desde lejos cita al animal; éste se arranca y ROMERO ejecuta un primer pase de muleta, que es acogido con general entusiasmo...

Interior de la prendería de DOÑA TUMBAGA. En ella la IRENE, su tía, NATILLAS y DON LUIS, todavía de maja. IRENE detrás del mostrador como si vendiera alguna cosa. DON LUIS delante del mismo, con NATILLAS.

SIGUE ENSEÑADA EL PASACALLE SEMIINTERUMPIDO:

El señor Pepe Romero tiene más valor que nadie, porque aguanta y desafía los derrotes del burel.

Y las palmas echan lumbre, las mujeres se desmayan, y los hombres vitorean los desplantes del José...!

!Ay, Pepe Romero!  
!Ay, Pepe Romero!,  
que al salir de la plaza te llevas la risa y el llanto de cada mujer...

GRANDES APLAUSOS

!Ay, Pepe Romero!  
!Ay, Pepe Romero!  
Quizás con los hombres, a veces, te juegues la vida también...!

!Ten cuidado, ten cuidado con los hombres que te miran desde lo alto!...  
!Ten cuidado, ten cuidado, con con el toro que te está desafiando...!

UN "¡OLE!" GENERAL CIERRA DEFINITIVAMENTE EL "PASACALLE"

IRENE.- Pero, si hoy no es día de venta. ¿No le he dicho a Usía que no se despacha?

DON LUIS.- ¡Eh, cuidado! Que yo no soy más que un majo enamorado hasta las cachas, de una maja.

IRENE.- Pues dígaselo a ella. Lo que repito es que no se despacha.

DON LUIS.- Pero ¿ni siquiera promesas?

IRENE ríe: es feliz. Disfruta con oír a DON LUIS, sin reservas ni circunloquios.

Y cuando él la pide que le mire, ella al negárselo con la boca, le inunda con una afirmativa mirada.

Mientras que DON LUIS habla, NATILLAS no pierde el tiempo con la vieja. Esta se quita una sortija y se la pone en la diestra al repostero precisamente al lado del otro brillante, que ya lucía.

Ahora, al contestar IRENE, no tiene inconveniente en paliar, con una pícaro sonrisa, la rudeza de sus expresiones populares. DON LUIS la escucha encantado, intentando acariciar su mano; pero ella, con un manotón, le indica bien a las claras la clase de fortaleza que pretende rendir.

Pero el Capitán está enamorado de veras y solicita de la maja una entrevista en la Pradera; allí donde se conocieron... Esto es precisamente lo que IRENE pretende de su galán...

IRENE.-- ¡Ni promesas!

DON LUIS.-- ¿Ni siquiera miradas?

IRENE.-- ¡Ni miradas!...

DON LUIS.-- Pues yo venía a este establecimiento a preguntar si había, y a qué precio, rinconcitos de cariño, suspiros de ternura y esperanzas de felicidad...

NATILLAS.-- (A TUMBAGA) ¡Lo mismo necesitaba yo!

IRENE.-- Esperanzas no sé si habrá porque hace mucho tiempo que no vendemos de eso. Pero de lo otro, es muy difícil, señor. Aquí gastamos géneros muy burdos: franqueza sin refinar y verdades como puños. Al que le gustan, ¡para él! Y si no ¡tal día hizo un año! ¿Se ha enterado Usía?

DON LUIS.-- Enterado. Mañana vamos a ir a la Pradera.

IRENE.-- Ahora no va nadie. Está vacía...

DON LUIS.-- La llenaremos con nuestros recuerdos. Quiero ver el árbol donde te columpiabas...

IRENE.-- (RÍE) ¡Qué gracioso!

DON LUIS.-- Necesito... columpiar-te yo.

DON LUIS saca de un bolsillo un pliego que entrega a su adorada.

IRENE toma el pliego y no sabe que es... Ante su indecisión, él lo coge y se dispone a leer...

El pliego, en primer plano, sostenido por la mano de DON LUIS. La mano tiembla ligeramente... Los versos son los que él recita.

La mano sigue temblando. Otra toma el pliego...

Pero la nueva mano no es ya la fina de mujer; es una varonil, musculosa y ancha, que también tiembla; pero no de emoción, sino de indignación.

Pertenece al PUNTILLOSO que, delante de la Barbería de ALFONSO, dialoga con otros toreros. El picador mantiene en su mano el papel que todo el grupo comenta.

El pliego escrito en caracteres toscos, dice: "DE LO QUE OCURRA YO NO RESPONDO, PERO SE POR UNA MOCA AIGA-

DON LUIS.-- Mira: para que veas que no improviso. Los escribí pensando en tí...

IRENE.-- ¿Qué es esto?

DON LUIS.-- Versos... Muy malos; pero míos. ¿Te los leo?

IRENE.-- (QUE ACASO NO SABE LEER) Será mejor.

DON LUIS.--

¡Aquellos ojos de la Irene, aquella planta, aquel andar!... ¡Aquella tarde en la Pradera! ¿Cómo se pueden olvidar?

VOZ DE IRENE.-- (CONMOVIDA) ¡Gracias...!

VOZ DE HOMBRE.-- (FUERTE E INDIGNADA) ¡NADA! ¡Esto no es posible! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

TORERO 1º.-- ¡Si se oye y no se cree!

TORERO 2º.-- Yo digo que no puede ser...

PUNTILLOSO.-- Pues es! El señor Pepe no miente; y a él se lo ha dicho... quien puede. Mirar...

DA DE LA SEÑORA CONDESA DE ARABACA  
QUEL MINISTRO A DESIDIDO DE SUSPEN  
DER LAS CORIDAS PORQUE SEA ENTADADO  
CONMIGO. ESTO ES UNA ESTOCADA PARA  
LA FIESTA...

PUNTILLOSO.-- (DELETREANDO CON  
GRAN DIFICULTAD) De  
lo... que... ocurre... yo no... res...  
pondo... (SE DETIENE)

TORERO 1º.-- (DESPUES DE UNA PAU-  
SA) ¡Que Godoy suspen  
de los toros!

PUNTILLOSO.-- ¡Maldita sea!

Todos los reunidos demuestran su in-  
dignación. Sin embargo en el PUNTI-  
LLOSO puede más la vanidad de haber  
recibido la noticia del propio maes-  
tro.

TORERO.-- Pero ¿quién dice esto?

PUNTILLOSO.-- ¿No lo ves? Me lo  
dice el propio señor  
Pepé Romero. ¡Me lo dice a mí!  
Porque me estima...

Aparece ALIFONSO que acude desde su  
Barbería al escuchar el diálogo.

TORERO.-- (A ALIFONSO) ¿Tú oyes  
esto?

PUNTILLOSO.-- ¡Qué Godoy no perm-  
te más corridas!

ALIFONSO.-- Tú has leído mal.

PUNTILLOSO.-- Lee tú.

EL PUNTILLOSO le entrega el pliego.  
ALIFONSO lo lee y se queda estupe-  
facto. EL PUNTILLOSO vuelve a sentir  
sus debilidades de fanfarrón.

PUNTILLOSO.-- Pero si las suspende  
¡se va a armar una!..  
¡JÁ! No me conoce a mí todavía  
ese señor Godoy...

Pero ALIFONSO es pesimista. No le ha  
cen efecto las "valentías" del PUNTI-  
LLOSO. Y a éste, cuánto más alardes  
de jaque... más le tiemblan las pier-  
nas.

ALIFONSO.-- ¡Infeliz! Como el fa-  
vorito quiera ¡se aca-  
baron los toros!

PUNTILLOSO.-- ¡Que no me conoce,  
te digo!

ALIFONSO, se vuelve a su tienda, y el "bravo" PUNTILLOSO encuentra la fórmula para descargar su venganza contra Godoy. Y los TOREROS jalean sus convencidas decisiones.

ALIFONSO.-- ¡Y los picadores!

PUNTILLOSO.-- ¡Menos!

PUNTILLOSO.-- Pues ¿sabeis lo que os digo? ¡Que me paseso a los del Príncipe!

TORERO.-- ¡Bien!

OTRO.-- ¡Que sí!

PUNTILLOSO.-- ¡Hay que ser patriotas!

TORERO.-- ¡Eso!

PUNTILLOSO.-- ¡Y tener vergüenza y convicciones!

TODOS.-- ¡Olé...!

En el lugar de la Pradera donde vimos por primera vez a la IRENE columpiándose...ahora se columpia también la misma maja. Pero en vez de Alifonso, quien da impulso a su cuerpo, es DON LUIS vestido ya de caballero. Sentados en el césped, un poco retirados, TUMBAGA y NATILLAS comen golosinas. Si tiernos están los jóvenes enamorados del columpio, no menores ternezas se cambian entre los enamorados...de las golosinas.

MUSICA DE FONDO EN RITMO DE MARCHA TOCADA POR GUITARRA.

SOBRE ESE FONDO VAN CANTANDO LAS CUATRO PERSONAS DE ESTAS SUCESIVAS ESTAMPAS.

### CANTADO

IRENE.--

Contigo, al columpio,  
me sienta muy bien.

DON LUIS.--

¡Qué dulce mareo  
me da tu vaivén!

TUMBAGA.-- ¡Natillas! un beso...  
y no más...

NATILLAS.--

¡Señora! prudencia  
también;  
que si esos nos ven  
¡qué van a pensar!

En un ribazo, el mismo CIEGO de la Pradera, toca su vihuela impertérri-  
to. La pareja joven continúa su idu-  
lio.

DON LUIS empuja suavemente a la ma-  
ja, que se recrea escuchando el  
arrullo de su galán... que le canta  
al oído su ya declarada pasión...

En tanto, la vieja ya está ahita de  
golosinas y rechaza los merengues  
que le ofrece el NATILLAS

El repostero con un merengue en la  
mano, intenta ponerlo en la boca de  
la vieja, pero ante los remilgos de  
ella, se lo estrella sobre los la-  
bios, que quedan rebosantes de dul-  
ce...

No ha cesado el vaivén del columpio.  
Ahora, al sentirse impulsada por DON  
LUIS, es la IRENE la que canta.

IRENE.-- Tus frases de amor  
sonando en mi van  
con una no sé qué  
de sinceridad.

DON LUIS.--

Los aires de la sierra  
que para tí han venido  
jamás trajeron ayes  
como estos mis suspiros.  
Suspiros que te hablan  
de amor no satisfecho,  
porque escondido, a solas,  
creciendo fué en mi pecho!

TUMBAGA.--

!No más merengues!  
!No puedo más!  
Son deliciosos: !incomparables!  
porque esas manos  
habilitosas  
no han conocido  
para estas cosas  
rivalidad.  
Pero, repito:  
!no puedo más!

NATILLAS.--

Yo te lo doy...

TUMBAGA.--

!No puedo más!

IRENE.--

Con el mismo impulso  
vamos ya los dos:

Pero todo cesa. DON LUIS ha cesado de impulsar el cuerpo de la maja; y, ésta, apoyada en la cuerda que le servía de asiento, de pie sobre el césped, mira enamorada a su galán.

lo que quieres tú  
!eso quiero yo!

DON LUIS.--

Y mañana...

IRENE.--

Tú dirás...

DON LUIS.--

y, por siempre...

IRENE.--

!Qué ilusión!

DON LUIS toma sus manos. Ambos, mirándose, expresan los mismos sentimientos

LOS DOS.--

Por los siglos de los siglos  
se eternice nuestro amor!

Y mientras que DOÑA TUMBAGA y NATILLAS terminan su "amerangado" idilio, IRENE y DON LUIS sellan con un beso su ya apasionado cariño.

NATILLAS.--

Si me he excedido,  
perdóname.  
Tienes la culpa:  
con esas manos,  
con esos pies,  
!con esos ojos  
me trastorné!  
!Perdóname!

TUMBAGA.--

!Ay, yo? ¿De qué?

Las dos parejas, no lejos la una de la otra, cantan, mirándose, los últimos versos del número.

LOS CUATRO.--

!Qué dulce amor!  
!Ay, mírame!...

EL CIEGO deja de tocar y, por ello, cesa toda expresión musical. Pero EL CIEGO, --que no era ciego-- deja de to-

car porque ha visto, de pronto, entre dos árboles no lejanos, una vaca de gran cornamenta, que ha puesto espanto en su ánimo.

Echa el CIEGO a correr hacia donde sabe que hay gente, y a ella se acoge temeroso...

DOÑA TUMBAGA se agarra a NATILLAS como si fuera su salvación. IRENE, no es valiente... y se limita a guarecerse detrás del árbol...

EL CIEGO, al ver que el animal, despreciando al grupo, ha vuelto la espalda y se aleja, recobra su ánimo y se acuerda de su profesión...

DON LUIS le da una limosna...

En el salón del piano del CONDE DE ARAVACA, se encuentra el viejo aristócrata sentado ante una mesa, en la que escribe, -con pluma de ave naturalmente- lo que le va dictando la CONDESA.

Se detiene el CONDE en su escritura para preguntar a la dama.

## H A B L A D O

CIEGO.-- ¡Válgame la Virgen del Socorro!...

CIEGO.-- ¿Pero no han visto sus mercedes?

DON LUIS.-- Nosotros, no.

CIEGO.-- ¡Yo, sí! ¡Mírenlo! ¡Uno de Móstoles!...

GRAN CARCAJADA DE DON LUIS

TUMBAGA.-- ¡¡Ay!!

DON LUIS.-- ...!Pero si es una vaca de esas lecherías!  
!La convidó a un vasito, señora Doña Elena!

CIEGO.-- ¡Bendito sea Dios!...!Pobrecito ciego!...

DON LUIS.-- Toma. Y...que Dios te conserve la vista.

CONDESA.-- (DICTANDO) "Yo ruego a Vucencia que se interese por este Capitán, amigo mío..."

CONDE.-- Oye, niña: a este amigo mío, ¿lo conozco yo?

CONDESA.-- ¿No le recuerdas? ¡El día del cacharrero!

Aclarada una duda, sigue el CONDE escribiendo...

Y la CONDESA sigue dictando despacio en tanto que su abuelo sigue escribiendo, no menos reposadamente...

Quando la CONDESA deja de dictarle, el CONDE levanta los ojos hacia ella esperando una continuación. Pero, en vista de lo que ella le dice, vuelve sobre el papel, escribiendo entonces rápidamente...

Quando termina de escribir el CONDE, entrega el pliego a su nieta y se levanta luego, no sin trabajo.

El PAJE que, como siempre, se hallaba un poco alejado, se acerca ahora a recoger el pliego que su ama le brinda. Una vez que lo toma, acude a abrir la puerta que pone en comunicación con la salita de la Condesa.

Entra la CONDESA en su salita. Allí ALIFONSO, se aproxima a ella con aire misterioso. La CONDESA no puede disimular su disgusto por las noticias que el peluquero le trae. Finge un desprecio que no siente y una repulsión que no es sincera.

CONDE.-- ¡Ah, ya! "Amigo mío, muy querido..."

CONDESA.-- "...que haría un gran papel en el noble Cuerpo de Guardias Reales". Punto y seguido. "Es guapo, es valiente y es joven".

CONDESA.-- (SIN DICTAR YA) Y, ahora, señor Conde, pones todos los ceremoniosos saludos que acostumbra para despedirte. El caso es que el favorito te haga caso...

CONDE.-- No me lo hará.

CONDESA.-- ¿Por qué no? Necesita tener en Palacio muchos amigos; y nosotros no le somos indiferentes.

CONDESA.-- (AL PAJE) A Palacio para el Señor Príncipe de la Paz

PAJE.-- Alifonso, el peluquero, espera.

CONDESA.-- Ya no me acordaba.

ALIFONSO.-- Se ven todos los días; desde la tarde de la última corrida...

CONDESA.-- ¡No ha podido caer más bajo el señor Capitán!

ALIFONSO.-- Durante el verano han ido a la Pradera...

CONDESA.-- ¿Y ahora?

ALIFONSO.-- Ahora, en la misma prendería.

CONDESA.-- ¡Qué horror!...

No tarda, como es lógico, en reaparecer en ella la mujer decidida y enérgica. Para algo ha hecho que su abuelo escriba a Godoy; no quiere, por lo pronto, más que alejar al Capitán de Madrid.

CONDESA.-- Pero, yo le arrancaré de sus garras. Me lo llevaré al Escorial y... allí...

ALIFONSO.-- ¿Va a servirse ahora la señora Condesa?

CONDESA.-- No; ya me bastaron hoy tus servicios...

ALIFONSO que había abierto su caja, la cierra lenta y cuidadosamente, al comprobar que ahora no es el momento propicio para peinados...

Un puesto de libros en la Plazuela de las DESCALZAS madrileña

Está emplazado en plena plaza, teniendo por fondo la fachada del CONVENTO que todavía hoy se conserva. Al cuidado del puesto se halla un viejecito con mandil y bonete. Un viento fuerte levanta las hojas de los libros colocados sobre la tabla del puestecillo...

Llega despacio el CONDE DE ARAVACA, que intenta hojear algunos libros; pero las ráfagas del viento se lo impiden. Entabla diálogo entonces con el LIBRERO.

LIBRERO.-- Malo, malo... El otoño se va, las hojas se vuelven... Malo, malo... El otoño se marcha con viento fresco...

CONDE.-- Buenas tardes nos dé Dios, amigo don Agapito..

LIBRERO.-- ¿Buenas? No pueden ser peores, señor Conde. ¿Desaba usía?...

CONDE.-- El "Tratado de los cien amores" del Licenciado

Parecen ambos antiguos amigos. Pero el viento tampoco les deja hablar

sosegadamente. Las páginas de los ejemplares pujan por levantar el vuelo; y el LIBRERO modera sus impulsos colocando piedras sobre ellas... UN CHICUELO que se ha acercado sin ser visto, coge un libro con cubiertas de pergamino y echa a correr con él bajo el brazo...

Sobre el LIBRERO, el CONDE y los libros, caen, arrastradas por el viento, numerosas hojas de los árboles próximos.

Todo Madrid sufre las consecuencias del huracán ya de invierno, que azota las calles de la ciudad. La PLAZA MAYOR, la CALLE DE SAN MIGUEL, la de LA SAL... se ven inundadas de nubes de polvo sucio, con el que se mezclan hojas de los árboles, papeles viejos, residuos de mercados, etc...

En el interior de la prendería de la Tumbaga, cerrada al público, se hallan la IRENE y DON LUIS, sentados en unos silloncitos que han colocado delante del mostrador. Alejada de ellos, cerca de la puerta de la calle, DONA TUMBAGA dormita...

El viento que se cuele por las rendijas de la puerta produce verdaderos escalofríos en la vieja, que ha cubierto su cuerpo con una toquilla.

Jerónimo de Urdanales. Me lo pide mi nieta.

LIBRERO.-- ¡Oh! Eso es muy viejo. Pero me han dicho que a principios de año lo vuelven a imprimir. Es obra de muchos capítulos...

CONDE.-- ¡Claro! Cien amores...

LIBRERO.-- Y de muchas hojas...

LIBRERO.-- (REPITIENDO) Y de muchas hojas...

RUIDO DE VIENTO HURACANADO.

GOLPES DE VIENTO SOBRE LOS VIDRIOS DE LA PUERTA Y DEL PEQUEÑO ESCAPARATE...

TUMBAGA.-- (ALARMADA) ¡Jesús, María! ¡Qué tarde!

DON LUIS.-- (RIENDO) ¡Vaya invierno!

TUMBAGA.-- Y que lo diga usía. ¡Vaya invierno! Esto no es para contado.

TUMBAGA.-- Niña ¿no tienes frío?

IRENE.-- No, tía.

TUMBAGA.-- Es natural. Como tienes caliente el oído...

Vuelve a dormitar DONA TUMBAGA. Los enamorados habían, a su manera, de su porvenir, de sus ilusiones. LA IRENE teniendo siempre perder su felicidad actual...

Ello complace sobremanera al galán, que comprende hasta qué punto está la maja prendada de él.

De improviso, NATILLAS anuncia su presencia con la consiguiente alegría de todos. TUMBAGA se levanta y, después de responder al todavía invisible recién llegado, acude a abrirle la otra puerta de la casa.

NATILLAS entra -desde el interior- con una bufanda al cuello y esterido de frío, y se deja abrigar y mirar por la vieja. Esta vuelve al interior para obsequiar a "su niño" con una copa de aguardiente.

El repostero aprovecha el momento en que no está delante la vieja para ha

IRENE.-- Si yo me enterase un día de que ésto que dices no era verdad...

DON LUIS.-- ¿Qué?

IRENE.-- No sé qué hacía: algo muy gordo.

DON LUIS.-- ¿Tanto me quieres?

IRENE.-- Tengo mucho amor propio.

DON LUIS.-- Y mucho corazón.

IRENE.-- ¡Tonto!...

SIENAN UNOS GOLPES EN LA PUERTA DE LA CALLE.

TUMBAGA.-- ¡Jesús! ¿Quién?

NATILLAS.-- (DENTRO) Pepín... Es tu Pepín...

TUMBAGA.-- Es...Natillas.

DON LUIS.-- ¡Pepín!

TUMBAGA.-- (A GRITOS) ¡Pobre Pepín!

NATILLAS.-- ¡Qué...noche se prepara! ¡Brrr...!

TUMBAGA.-- Ven que te abrigue. ¿Quieres vino?

NATILLAS.-- Aguardiente.

TUMBAGA.-- Aguarda un poco.

-blar a DON LUIS. El aprendiz de re-  
volucionario viene asqueado de algo  
que acaba de presenciar en la taber-  
na.

NATILLAS.-- Mi Capitán; tenía  
Usia razón. Vengo de  
la taberna. ¡Qué escándalo!

DON LUIS.-- ¿Te han hecho Jefe?

NATILLAS.-- Me he ido de allí y  
no vuelvo. ¡Muera el  
Principe Fernando!...

DON LUIS.-- ¡Pero hombre!...

NATILLAS.-- ¡Si no lo defienden  
más que sinvergüenzas!

DON LUIS.-- ¡Qué equivocado estás!

NATILLAS.-- ¿Otra vez?

Como siempre, NATILLAS escucha al  
Capitán como un oráculo. Sin embar-  
go, cuando oye hablar de Godoy, se  
indigna como de costumbre, por se-  
guir su hábito.

DON LUIS.-- Ahora estás engañado.  
Al Principe lo defien-  
den...los enemigos de Godoy.

NATILLAS.-- ¡Muera Godoy!

DON LUIS.-- ¡Pero hombre!...

NATILLAS.-- Es la costumbre...

DON LUIS.-- ¿En qué quedamos?

La maja interviene, fastidiada por la  
indole de la conversación. Y, desde  
el interior, llega con una bandeja,  
DONA TUMBAGA. En la bandeja vienen  
una botella de aguardiente y unos va-  
sitos de cristal.

IRENE.-- Quedamos en que no se  
habla aquí de política.  
¿Verdad?

NATILLAS.-- Pero yo quería que el  
Capitán viese que yo  
le había hecho caso!.. ¡Ya no  
conspiro!

Toma IRENE la botella y sirve en los  
vasos. Luego coge uno de ellos y  
brinda. DON LUIS hace lo propio; y  
cuando --con el vaso en la mano-- va  
a prosternarse delante de la maja,  
ésta se lo impide riendo.

DON LUIS.— A la salud de la soberana Majestad de Carlos Cuarto... y a la salud también de esta soberana de las majas, ante cuyo trono me arrodillo reverente.

IRENE.— ¡Menos guasa, Capitán!..

Beben. Alzan los vasitos, y, a la luz que aún llega de la calle, contemplan la transparencia del líquido.

DON LUIS.— A la salud de todo lo grande que hay en España; de todo lo alto; de todo lo noble...

En diciendo lo último, el Capitán se le cortan las palabras... por ver en el vidrio de su vasito la imagen de la noble Condesa de Aravaca. Entonces vacila y deja el vaso...

DON LUIS.— Perdona...

IRENE.— ¿Te pasa algo?

DON LUIS.— Un mareo... No sé...

Por el Prado... Por el mismo SALON DEL PRADO que vimos antes monetáneamente, —pasean en una soleada mañana de invierno, la CONDESA DE ARAVACA y su abuelo el CONDE con otras damas y varios galanes aristócratas, de los que conocimos jugando a la gallina ciega en la Pradera. TIPOS POPULARES DE VENDEDORES se entremezolan con ellos.

CONDE.— (OFRECIENDO RAPE A UNO DE LOS PETIMETRES QUE LE ACOMPAÑAN) ¿Un poco de rapé?

PETIMETRE.— No, gracias, Juanito; no acostumbro.

CONDE.— (PICARO) ¿Por moralidad?

PETIMETRE.— Por llevar la contraria a Moratin.

En sentido contrario pasea, con otros amigos, DON LUIS. Al cruzarse con el grupo de la CONDESA, saluda muy afectuoso; pero no se detiene a hablar con ella.

CONDESA.— (A SUS AMIGAS) Ese blason de independiente y es un pajarillo enjaulado...

AMIGA 1ª.— Pero ¿sólo o con alguna pájara? (RIS)

CONDESA.— (QUE NO QUIERE ENTENDER) ¡Ah! Yo no entiendo de volatería...

DON LUIS y sus AMIGOS han seguido caminando; y, ya en la altura de la FUENTE DE LAS CUATRO ESTACIONES, se encuentran con otro grupo de CABALLEROS, entre los que figura EUGENIO DE MONTIJO. Este avanza y saluda a DON LUIS.

Al Capitán le producen viva extrañeza las palabras de MONTIJO; no las entiende.

Pero, pronto, el mismo MONTIJO se las aclara. Las frases reticentes y, al mismo tiempo precisas, de EUGENIO producen en el Capitán tal efecto que no sabe ni qué contestar.

MONTIJO, que descontaba este efecto, simula no darse cuenta de la turbación de DON LUIS, y le abraza efusivo. Luego, riendo, reanuda su paseo con sus AMIGOS.

EUGENIO.— ¡Qué caro te vendes!

DON LUIS.— Hago vida muy retirada.

EUGENIO.— Celebro mucho que otros te hayan convencido de lo que yo no pude convencerte.

DON LUIS.— ¿Qué quieres decir?

EUGENIO.— Hasta de nuevas. Tu destino en la Guardia Real. Para mí es una gran noticia, porque te quiero.

DON LUIS.— ¿Yo...destinado...?

EUGENIO.— En la Guardia. Siento que no fuera por mí; pero...hágase el milagro...

DON LUIS.— ¿Yo en la Guardia?

EUGENIO.— ¡Enhorabuena, mi Capitán. Todos estamos de enhorabuena.

DON LUIS.— (DEJÁNDOSE ABRAZAR) ¿De...enhorabuena?

EUGENIO.— ¡Hasta pronto, mi Capitán!

DON LUIS, por el contrario, no se ha movido. Parece clavado en el sitio. Sus acompañantes le observan, no atreviéndose a interrogarle...

De pronto, ve allá lejos, en el propio Paseo del Prado, al grupo de la CONDESA DE ARAVACA, en el que ahora no aparece el CONDE. Ella observa a DON LUIS y él descubre su mirada pícara y maliciosa...

La CONDESA entonces afronta la situación y se dirige hacia él. EL hace lo mismo... No tardan en encontrarse y en entablar un rápido y nervioso diálogo, en el que la aparente indiferencia de ELA desconcierta al Capitán.

DON LUIS.-- (PARA SI) Pero... si no es posible!; si yo no he pedido nada...

DON LUIS.-- (INTERRUMPIÉNDOSE DE REPENTE) ¡Ah!... bribona... ¿tú has sido. (DESPUES DE UNA DUDA) Pero ¿por qué...?

DON LUIS.-- Perdona.

CONDESA.-- ¿Por qué?

DON LUIS.-- Debí darte las gracias antes.

CONDESA.-- ¿A mí?

DON LUIS.-- Eres... muy amable.

CONDESA.-- ¿Por qué?

DON LUIS.-- Por... mi nombramiento.

CONDESA.-- No sé nada...

DON LUIS.-- En la Guardia Real.

CONDESA.-- ¡Cuánto lo siento!

DON LUIS.-- ¿Lo sientes?

CONDESA.-- Sí. Ahora que me voy a Sevilla...

DON LUIS.-- ¿Eh?

CONDESA.-- Hay que preparar por si acaso, alojamiento para los Reyes...

Retirados un poco de la pareja, los dos grupos de AMIGAS y AMIGOS se guisan los ojos y van acercándose

entre sí, hasta formar un solo grupo espectante. En tanto, sigue la conversación de LA CONDESA y DON LUIS.

Vuelven a verse en primer plano las figuras de los dos interlocutores. DON LUIS está perplejo. Esta mujer tiene el don de perturbarle... Desde luego parece que no ha sido ella la autora del nombramiento; y si no ha sido ella, él ha hecho una "plancha" suponiéndolo.

La CONDESA, después de regalarle una graciosa reverencia, se une al grupo de bellas y apuestos aristócratas, que la reciben jubilosos. DON LUIS ha quedado como antes: clavado en el sitio; abrumado y pensativo...

Mira DON LUIS al grupo que se aleja, bullanguero y jovial. Mira y rie con tristeza...

Vuelve la cabeza al lado opuesto y su rostro se transforma.

Por ese lado avanza lentamente el viejo CONDE DE ARAVACA. A él se dirige ahora el Capitán.

Cuando

DON LUIS.— Entonces, del nombramiento... tú...

CONDESA.— No sabía nada. Explícame.

DON LUIS.— Disculpa entonces. He sido demasiado vanido so.

CONDESA.— Pero si esto te conviene, yo también te felicito.

DON LUIS.— Gracias...

DON LUIS.— (PAUSA Y SOLO DE NUEVO) Pues, si no ha sido ella ¿quién puede ser?...

DON LUIS.— Reid... Reid.

DON LUIS.— Reid vosotros... (AL VER ALGO QUE LE LLAMA LA ATENCION)...!Hola!...

DON LUIS.— Señor Conde...

CONDE.— Perdonad... Esa cara no me es desconocida... Pero...

DON LUIS.— En la Plaza Mayor... el puesto del Valenciano.

—Cuando el CONDE reconoce a DON LUIS, le abraza efusivo...y no tiene inconveniente en mostrarse ufano por su triunfo como recomendante.

Vuelve la serenidad al rostro del Capitán, que comprende todo lo que se figuró: la CONDESA le ha procurado el nombramiento, y el abuelo, ingenuo, se lo confirma...

DON LUIS vestido ya con el uniforme de Capitán de Guardias de Corps, pasea ahora bajo los soportales de la PLAZA MAYOR DE MADRID, en unión de IRENE. Esta se halla inquieta, desconcertada...

Pero DON LUIS se detiene, enérgico. En la seguridad de sus palabras halla la maja la tranquilidad que necesita.

IRENE, enamorada como nunca, ha llegado con su galán junto a una pequeña hornacina con una imagen de la Virgen. Ante ésta, se detiene la maja.

CONDE.— ¡Claro! ¡Mi querido amigo!... Estareis contento. ¡Complacido! Godoy ha sido un verdadero encanto...

Yo dudaba. Pero era tal el empeño de Mariquita...

DON LUIS.— La señora Condesa es un ángel.

CONDE.— ¡Un diablillo! No la conocéis. ¡Un diablillo!

GRANDES RISAS DE LOS DOS

IRENE.— No lo niego, Luis ¿pero a Sevilla? ¿Por qué te llevan a Sevilla?

DON LUIS.— ¿Quién te ha dicho, mi alma, que yo me voy a Sevilla?

IRENE.— Pues ¿no dicen que si los Reyes...?

DON LUIS.— Si me obligan a ir a Sevilla, soy capaz de desertar.

IRENE.— ¡Luis!

DON LUIS.— De tí no me separan ni a cañonazos.

IRENE.— ¿Me lo juras?

DON LUIS.— (RESUELTO) ¡Ya está!

IRENE.— ¡No, que estas cosas son muy serias y muy puras.

Lleva a DON LUIS fuera del soportal y le señala a lo alto. La bóveda celeste aparece inundada de sol. Sin embargo, una nubecilla blanca surge en ella, como formada por unos vallo-  
nes de algodón.

IRENE.— Mira. Así te quiero: limpio y sereno como ese cielo.

DON LUIS.— Así he de ser.

IRENE.— Pero fíjate en esa nubecilla que va donde la lleva el viento.

La nube... Es la misma nube; pero, poco a poco se va transformando; variando de forma y de color. Ya es un nubarrón cargado de agua. Otros nubarrones negros la acompañan... Llueve...

DON LUIS —de Guardia de Corps— contempla la lluvia; pero ni está en la Plaza Mayor de Madrid ni tiene a su lado a la Irene... Se encuentra en una ventana de una gran estancia y, a su derecha, tiene a la CONDESA de Aravaca.

RUIDO DE VIENTO Y LUEGO DE AGUA CAYENDO CON CIERTA ABUNDANCIA.

DON LUIS.— Las nubes forman los nubarrones; y éstos no tienen más remedio que descargar.

CONDESA.— ¿Y es cierto que la lluvia es el llanto del cielo?

Mirando desde la ventana. DON LUIS contempla el cuadro que ante su vista se ofrece: es LA LONJA DEL ESCORIAL, con los recién construidos edificios de los "Ministerios" enfrente.

DON LUIS.— Decidme una cosa, Condesa. ¿No ibais a Sevilla? ¿No me mandaban allí también? ¿Cómo es que estamos en El Escorial?

CONDESA.— Misterios de la Corte.

DON LUIS sonríe con cierta melancolía. Como en La Lonja sigue lloviendo, se retiran ambos al interior.

Es una bella estancia del Real Palacio, alhajada en tiempos de Carlos III, la que acoge a la dama y al Capitán.

Pero la Condesa y Don Luis no están solos. Otras DAMAS ocupan canapés y sillas, formando breves grupos. El diálogo de los dos amigos queda cortado por la aparición de EUGENIO MONTIJO, que llega saludando a las DAMAS.

En tanto, DON LUIS cambia todavía breves frases con la CONDESA, y después inicia su retirada.

Pero EUGENIO le ha visto y, con la voz, le detiene. No tienen, sin embargo, más que un rápido cambio de palabras.

DON LUIS, en efecto, se retira; y EUGENIO avanza a saludar a la CONDESA.

Ella le habla recatadamente; procurando no ser oída por nadie. Le da noticias que se refieren al Capitán.

DON LUIS.— ¿Los duendes que dicen que hay en Palacio?

CONDESA.— Mucho más sencillo: que el Rey necesita vigilar a su hijo.

DON LUIS.— ¿El Príncipe es un traidor?

CONDESA.— ¿Me creereis si os digo que voy adivinando en él al verdadero patriota?

DON LUIS.— ¡Condesa! Es un juguete de Escotiquiz.

CONDESA.— Y sus padres ¿no son juguetes del choricero?

DON LUIS.— ¡Condesa! Ese lenguaje...

CONDESA.— ¡Callad!...

DON LUIS.— Me repugna Montijo...

CONDESA.— Vivo...ahí enfrente. Mañana no piensa salir mi abuelo.

DON LUIS.— Mis respetos al señor Conde...

EUGENIO.— ¡Luis! ¡Qué caro te vendes! Aunque confieso que ya...no tanto como antes.

DON LUIS.— Cumplo, como siempre, mis deberes. Hasta luego, Eugenio.

CONDESA.-- (A EUGENIO) Está duro de pelar todavía; pero poco a poco...

EUGENIO.-- Le iremos desplumando.

Confía la CONDESA en atraerlo al partido en el que, solapadamente, figura MONTIJO y en el que "de ocultas" sin que lo sepa su abuelo, se ha enrolado ella. El austero concepto de la lealtad que profesa DON LUIS es el gran escollo que se ofrece, para conquistarlo, a los conspiradores.

CONDESA.-- No tanto: le iremos convenciendo.

EUGENIO.-- ¿No sospechará de tí?

CONDESA.-- Eso, nunca. Los Arava- ca tenemos patente de lealtad. Yo, con el abuelo, sigo fingiendo un cariño entrañable a los Reyes.

EUGENIO.-- Pero...

CONDESA.-- Descuida. (MUY BAJITO) ¡Muera Godoy!

Por la puerta de Palacio que da a la Lonja escurialense, sale DON LUIS en vuelto en su capa blanca. Mira hacia la ventana a la que antes se asomó. Y cruza la Lonja, subiendo por la cuesta de "la Cantina" (hoy de "Grimaldi"). Ya no llueve.

Una ventana, parecida a la anterior de Palacio. Pero ésta pertenece a la casa frontera, de "Ministerios". A ella se asoman, --como a la otra, la CONDESA y DON LUIS. Y lo que tienen ante su vista es la mole del MONASTERIO DEL ESCORIAL por su fachada Nor- te.

SIRIAN EN LA SOLEDAD, LOS PASOS DEL CAPITAN, FIRMES Y ACOMPAÑADOS.

CONDESA.-- He prometisteis ayer, venir temprano.

DON LUIS.-- Tuve servicio. Se fué el Rey de caza.

CONDESA.-- ¿Por qué caza tanto?

DON LUIS.-- ¡Yo qué sé!

CONDESA.-- ¿No será por olvidar?

DON LUIS.-- Acaso.

Ante la puerta de Palacio se detiene una carretela de viaje de la Casa Real. Desde su observatorio la ven llegar la dama y el Capitán.

Del coche desciende el PRINCIPE DE LA PAZ, que entra rápidamente en el Palacio. Viene sólo.

Cara indefinible de DON LUIS, en quien hace efecto la comprobación de cosas que nunca ha creído.

El grupo de TOREROS y de CHISPITOS que otras veces hemos visto en la CARRERA DE SAN JERONIMO, frente a la Barbería de ALFONSO, es más numeroso que de costumbre. Como siempre, EL PUNTILLOSO lleva la voz cantante.

Por LA CARRERA, baja -guapa, pero triste- la IRENE, con su tía. Al pasar, entre el grupo que la abre paso ve al PUNTILLOSO y se para a hablarle...de lo único que le importa.

RUIDO DE CABALLOS Y CARRUAJE, QUE CESA LUEGO. ALGUNOS RESOPLIDOS DE LAS BESTIAS FATIGADAS...

DON LUIS.-- ¿Godoy?

CONDESA.-- Godoy. Es su hora.

DON LUIS.-- ¿Cuándo lo dejan sus asuntos?

CONDESA.-- (SONRIENDO) ¡Cuando el Rey está de caza!

DON LUIS.-- Pero, cuando Su Majestad se entere...

CONDESA.-- ¡Bah!...

PUNTILLOSO.-- ¡Qué el choricero nos vende! ¡Que ese renegado facilita al francés la entrada en España!...

TORERO 1º.-- ¡No digas sandeces! Y el Rey entonces ¿se chupa el dedo?

PUNTILLOSO.-- ¡Claro! Al rey se lo llevan a las Andalucías.

TORERO.-- ¡Bueno!

PUNTILLOSO.-- ¡Viva Madrid!

IRENE.-- Puntilloso, tú que todo lo sabes, ¿dónde está la Corte?

PUNTILLOSO.-- ¿Lo preguntas en serio?

Al oír al picador, la maja se vuelve rápida a DONA TUMBAGA.

Una sonrisa de gratitud de la IRENE al PUNTILLOSO; y ambas mujeres continúan su marcha hacia la PUERTA DEL SOL.

Ya en esta plaza, dá IRENE suelta a su enojo y su preocupación. Se detiene y, nerviosa, golpea el suelo con el pie. DONA TUMBAGA procura calmarla: Don Luis en Sevilla, no hará nada de particular...

Vista de conjunto del MONASTERIO DEL ESCORIAL y del caserío que la rodea, contemplados desde los pinares de los montes próximos; por ejemplo, desde la actual "segunda Horizontal".

Caminando entre los pinos y contemplan do el panorama que ante ellas se ofrece, LA CONDESA Y DON LUIS pasean...

...mientras que allá lejos, sentado en una peña, medio adormilado, está el CONDE DE ARAVACA.

La CONDESA, felina y voluntariosa, mira frente a frente al Capitán. Este no rehuye la mirada; pero no llega a más. Los sonos de las campanas del reloj del Monasterio le sacan de su pasajera abstracción.

IRENE.-- En serio.

PUNTILLOSO.-- Camino de Sevilla.

IRENE.-- ¿Lo ves, tía?

IRENE.-- Gracias, y perdonar.

PUNTILLOSO.-- Tú mandas, emperadora.

IRENE.-- Se fué a Sevilla...y me engañó. Prometió no salir de aquí...y ¡sabe Dios lo que hará!

TUMBAGA.-- ¿Lo que hará? No te emontones. Digo yo que estará mirando la Giralda.

VON DE LA CONDESA.-- Desde lo alto ¡cómo se empequeñecen las cosas del mundo!

DON LUIS.-- ¡Incomparable Escorial! Esta grandeza de los montes; esta majestad de la piedra y esta exaltación de la fé, deben eliminar los malos pensamientos, las pasiones perversas..

CONDESA.-- Me encanta oírte.

DON LUIS.-- Será que tú me inspiras.

CAMPANADAS DE RELOJ DE TORRE  
MARCANDO LOS TRES CUARTOS.

DON LUIS.-- Las once menos cuarto.  
Entro a las doce de servicio.

DON LUIS se ha separado respetuosamente de ella.

CONDESA.-- ¿A mediodía?

DON LUIS.-- Sustituyo a un compañero.

CONDESA.-- ¿Esta tarde en casa?

DON LUIS.-- Ya ves que no puedo. Mejor será mañana.

CONDESA.-- Adiós...

La CONDESA comprende que sería contra producido intentar retenerle. Y le extiende la mano, que él besa.

Queda sola la CONDESA viendo como se aleja él entre los pinos. Con la mirada va siguiendo sus pasos. Luego pasea su vista por todo el amplio panorama, inundado de sol.

CONDESA.-- Mañana...serás nuestro.

CONDE.-- (VOZ LEJANA) ¡Pero Mariquita!...

CONDESA.-- ¡Nelli! ¡Mi pequeña Nelli!...¿Estás enfadada, verdad? Pero yo no te abandono, tontuela...

Desde la pella que ocupa el viejo CONDE viene hacia la CONDESA la perrita que ella llevaba en la Pradera. Al llegar a su lado, la dama la recoge y acaricia mimosamente.

Interior de la nave central del MONASTERIO, como se hallaba en los tiempos de Carlos IV, o sea, sin los pillos de mármol laterales. Apenas hay cuatro o cinco personas rezando. Una de ellas, DON LUIS, que está de rodillas, se levanta y busca la salida...

Al día siguiente, en la estancia de los Condes de Araveca, frente a Palacio, reanuda su diálogo del día anterior LA CONDESA y DON LUIS. El Capitán se muestra agitado. Ella, sentada, tiene sobre sus faldas a la perrita.

MUSICA RELIGIOSA DE ORGANO, PROFUNDO...

DON LUIS.-- Lo que he presenciado ayer me ha descorazonado. Este Don Carlos es un papamatas; esta Reina es una desgraciada...

CONDESA.-- Y ese... Godoy...

DON LUIS.-- Un desaprensivo. Yo no sigo. Yo pido el traslado.

La de Aravaca aprovecha al propicio momento que esperaba para exaltar el ánimo del Capitán contra el favorito de la Reina. Y él, siempre leal a sus sentimientos, responde con tres interrogantes. ¿A tí?-- cada vez más intensos y vehementes.

CONDESA.-- Tí no te vas porque me haces falta.

DON LUIS.-- ¿A tí?

CONDESA.-- Ese hombre ha intentado ofenderme...

DON LUIS.-- ¿A tí?

CONDESA.-- Ese... mal caballero, me ha injuriado.

DON LUIS.-- ¿A tí?

Decidido DON LUIS, tiene el impulso de salir en busca del propio Godoy. Ella teme haber ido un poco lejos en sus invenciones. Y, poniéndose en pie, deposita la perrita en las manos de él.

DON LUIS.-- ¡Lo mato!

CONDESA.-- ¡No!; tanto, no.

DON LUIS.-- ¡Le estrujaría!

CONDESA.-- Estruja a ésta. Fué regalo suyo... De un día... que no quiero recordar...

Las manos nerviosas de él no saben que hacerse con el animalito. Tan pronto parece que le va a deshacer, como que tiemblan al sentir su calor.

DON LUIS.-- ¿Regalo suyo? ¡Ah, infame! ¿Y tú no la has destrozado? ¿No la has destruido?...

Pero termina por acariciar a la perrita, mientras que la CONDESA, dueña de la situación, va acariciando también la cabeza de DON LUIS, cada vez más en sus manos.

CONDESA.-- No... ¿qué culpa tiene ella?... ¿qué culpa ten

Ella obliga a DON LUIS a sentarse en un sillón, manteniéndose la dama en pie.

DON LUIS aparece ya dominado -sugestionado- por ella. En su rostro se adivina que ya hará cuanto la Condesita de Aravaca le ordene... La perri- ta, de un salto, va al suelo y reco- bra su libertad: lo contrario, exac- tamente, que el galán...

Por la puerta de la Casa de Ministe- rios sale a la Lonja DON LUIS, en- vuelto en su capa. Es un atardecer. Los últimos rayos del sol iluminan oblicuos, debilmente, la fachada Nox- te del Monasterio.

Cuando va a entrar el Capitán en Pa- lacio, sale de éste un grupo de PIN- CHES y COXINEROS de la Casa Real; al- gunos con sus gorros blancos, como si aún estuvieran en las cocinas. En- tre ellos, NATILLAS.

go yo? Y ahora ¿qué culpa tienes tú, para sufrir por ese monstruo?

Matarlo, no; pero derribarlo, sí.

DON LUIS.- Sí!

CONDESA.- Respetar a los Reyes, derribándole a él...

DON LUIS.- Y por lo pronto...

CONDESA.- Lo que yo mande.

DON LUIS.- ¡Sí!

CONDESA.- Aunque sea de acuerdo con Eugenio de Montijo.

DON LUIS.- (DESPUES DE UNA PAUSA)  
¡Aunque así sea!

CONDESA.- ¡Gracias, Luis!...!He- cho!

PASOS DE DON LUIS SOBRE LAS LO- SAS DE PIEDRA DE LA LONJA.

DON LUIS.- ¡Natillas!

NATILLAS.- Me llaman.

DON LUIS.- ¿Mí aquí?

NATILLAS.- Vine en el séquito del señor Infante.

DON LUIS.- ¿Y allí?

NATILLAS.- Creen a Usía en Sevi- lla.

Después de saludarse cordialmente, NATILLAS se aparta de sus compañeros y habla reservadamente con el capitán.

Como es lógico, el repostero, por su afán de ser grato a Don Luis, no sólo recalca su lealtad hacia los Reyes, sino su sometimiento al favorito. La reacción del Capitán, en este momento, es espontánea y contundente.

...pero también desconcertante. La cara de asombro de NATILLAS es todo un poema. Pero -picaro al fin- el repostero reacciona con no menor naturalidad.

Tan naturalmente reacciona que pronto piensa en su negocio y en lo que ya consideraba perdido. Pero las promesas de DON LUIS le tranquilizan nuevamente.

DON LUIS.- ¡Pobres!...

DON LUIS.- Yo vine con los Reyes.

NATILLAS.- ¡Cómo debe ser! (CONFIDENCIAL) ¡Hay aquí una gentuza!...

DON LUIS.- ¿Sí, eh?

NATILLAS.- Esos...desgraciados, siguen conspirando.

Yo no, ¿eh? Yo, por el señor Príncipe de la Paz, doy la vida si hace falta!

DON LUIS.- ¿Sí, eh?...!Müera Godoy!

NATILLAS.- ¿Eh?

DON LUIS.- ¡Müera Godoy!

DON LUIS.- ¿Te extraña, verdad?

NATILLAS.- Me quedo de una pieza.

DON LUIS.- Estaba ciego; no veía toda la traición de ese hombre.

NATILLAS.- (ESPONTANEO) ¡Olé!

NATILLAS.- Entonces...

DON LUIS.- Entonces, ¿qué?

NATILLAS.- ¿Puedo tomar el dinero que anda repartiendo el Collado?

DON LUIS da en el hombro un amistoso golpe a NATILLAS. Este se confía y le habla del espíritu que reina en las cocinas; y, aunque están solos, baja la voz para gritar misteriosamente contra el favorito.

Al Capitán el "miera" en labios ajenos, aún le molesta. Pero reflexiona y, al oído del repostero, concentradamente, le secunda.

El interior ya conocido de la taberna en MADRID, ocupado por la misma concurrencia abigarrada de otras ocasiones. En ésta solo falta la presencia del NATILLAS. Pero no la de EUGENIO MONTIJO, vestido, como otras veces, de paletó. Este se halla en pie, como quien acaba de terminar una arenga.

Interior de la "Hostería del Albillo" en ARANJUEZ. Tiene más aspecto de figón de pueblo y de bodega. Ocupan la amplia estancia, alumbrada por un candil de dos luces, diversos tipos de ARRIETOS y VECINOS de los pueblos pró-

DON LUIS.-- ¡Eso, no! Yo te daré lo que pierdas!

NATILLAS.-- ¡Ah! Es lo mismo.

NATILLAS.-- ¿Manda Usía alguna cosa más?

DON LUIS.-- Mucha cautela.

NATILLAS.-- ¡Alla abajo? No hace falta. El día que quiera puede ascarse Usía. Tóson uno a gritar... (CON VOZ MUY BAJA) ¡Miera Godoy!

DON LUIS.-- (TEMEROSO) ¡Chissst!  
(DESPUES) ¡Miera!

VARIAS VOSES.-- ¡Viva el tío Pedro!

TODOS.-- ¡¡Viva!!

OTRAS VOSES.-- Callarse, que no ha terminado.

EUGENIO.-- ¡Me falta el broche!  
¡Miera Godoy!

TODOS.-- ¡Miera ...

EUGENIO.-- Y dentro de ocho días, en Aranjuez.

TODOS.-- ¡¡Viva!!

zimos, pertenecientes a la provincia de Madrid. También está entre ellos el "Tío Pedro" o sea EUGENIO MONTIJO disfrazado.

EUGENIO.-- ¿Sabéis por qué ha venido la Corte a Aranjuez?

VOCES.-- ¡No!

EUGENIO.-- Para que el pueblo de Madrid no se entere de que se llevan los Reyes a Sevilla.

UNA VOZ.-- ¿Y para qué se llevan los Reyes?

EUGENIO.-- Para que entre el francés ¡sin más ni más!

OTRA VOZ.-- ¡Muera Godoy!

TODOS.-- (COMO UN SUSURRO) ¡Muera!

El BOTILLERO en lo alto de una silla pregunta a la concurrencia

BOTILLERO.-- ¿Apago o no apago el candil?

Y, sin esperar la respuesta, apaga de un soplo una de las luces. La estancia queda medio a oscuras.

TODOS.-- ¡Oh!...

El interior archiconocido de la Pendería madrileña de DOÑA TUMBAGA. Es de noche. Sentada en una silla baja, la IRENE intenta distraerse cosiendo. Su tía tiene en sus manos un velón encendido.

TUMBAGA.-- ¿Apago o no apago el candil?

IRENE.-- Espera a que termine este volante...

TUMBAGA.-- ¿Han llamado?

IRENE.-- ¡Qué sé yo!

DOÑA TUMBAGA, al oír que llaman, va a abrir por el interior. IRENE abandona abatida, la costura.

TUMBAGA.-- Voy a ver.

IRENE.-- ¡Ay, Dios mío!

Entra NATILLAS, seguido de la vieja. Sus palabras hacen que la IRENE se levante como impulsada por un resorte.

NATILLAS.— Todo aclarado, señoras mías: la Corte está en El Escorial y mañana sale para Aranjuez.

IRENE.— ¿Y en Sevilla?

NATILLAS.— Nadie.

IRENE.— ¿Y...ése?

NATILLAS.— Con la Corte.

La maja asedia a NATILLAS a preguntas. Y el repostero, cauteloso, responde a ellas... como Dios le va dando a entender. DONA TUMBAGA refleja en su rostro un franco pesimismo, en relación con los amores de su sobrina.

IRENE.— ¿Le has visto?

NATILLAS.— Natural.

IRENE.— ¿Por qué no se despidió?  
¿Por qué no me escribe?

NATILLAS.— No sé...

IRENE.— ¿Te ha dado algo para mí?

NATILLAS.— No...

Pero la maja bravia y decidida, no tarda en aparecer. IRENE acaba de tomar una resolución y está resuelta a llevarla adelante. DONA TUMBAGA la escucha ahora con temor.

IRENE.— Pues ahora va a saber don Luis quien es la Irene. ¿El me olvida? Yo, también. ¿El se distrae con otras...?

NATILLAS.— Eso no lo sé, Irene.

IRENE.— ¡Pues yo me iré con quien me parezca!

IRENE se pasea enérgica por la breve estancia. Está ideando todo un plan de ataque y prevee que tiene que luchar con alguna enemiga de altura y oculta. A DONA TUMBAGA, el miedo primero se le transforma en alegría al comprobar que también ella va a ir a Aranjuez, detrás de su NATILLAS.

TUMBAGA.— ¡Niña!

IRENE.— Ojo por ojo y diente por diente! ¿A Aranjuez? ¡Pues a Aranjuez! ¿Tú vas a Aranjuez, Natillas?

NATILLAS.— ¿Yo? No tengo más remedio. Estoy comprometido.

TUMBAGA.— ¿Con quién?

NATILLAS.— Es un compromiso... político.

IRENE.— Pues ¡allí nos veremos todos las caras!

Con el concurso de NATILLAS quiere contar la maja desde el primer momento; y cuando se lo dice, se encuentra entonces con la importancia que el reposito se dá a sí mismo, consciente de la misión decisiva que tiene designada en su papel de conspirador...asá lariado.

IRENE.— ¡Y a ver quien puede más! ¿Cuanto contigo, Natillas!

NATILLAS.— Cuando no me lo impidan los demás debres..

IRENE.— ¿Ven a ser grandes?

NATILLAS.— De transcendencia histórica, ¡no te digo más!

TUMBAGA.— ¡Jesús, María!, lo que vale mi Natillas...

### ARANJUEZ

El relevo de la Guardia en el Palacio de Aranjuez. Por la Plaza de Palacio marcha la Compañía de Guardias que, desde su cuartelillo acude al relevo. Al frente va la banda de música tocando y, a su lado, UN OFICIAL.

La Gran escalera de Palacio, en cuyo rellano prestan servicio dos GUARDIAS. Por ella sube la tropa que acude al relevo.

La Guardia entrante y la saliente, en el Cuerpo de Guardia de Palacio: gran estancia rectangular. DON LUIS vestido de uniforme, en unión de DOS OFICIALES pasa revista a la tropa formada en dos secciones.

Relevo de los DOS GUARDIAS del rellano de la escalera y de otros DOS de la meseta principal por OTROS CUATRO "números" de la Guardia entrante.

SONES DE LA MARCHA DE LOS GUARDIAS DE CORPS. CARACTERÍSTICA EN AQUEL TIEMPO.

CONTINUA LA MARCHA DE LA BANDA.

HA CESADO LA MUSICA

PASOS DE DON LUIS Y LOS OFICIALES SOBRE LAS LOSAS DEL SUELO.

PASOS DE LOS GUARDIAS, ETC...

En la meseta principal se halla abierto el balcón del centro. Sale DON LUIS, precedente del Cuerpo de Guardia y se asoma al balcón.

Ante los ojos del Capitán se extiende la Plaza de Palacio, con los dos cuerpos de edificio que la flanquean desde tiempos de Carlos III, y con un fondo de fincas preciosamente cuidadas, y palacetes lejanos...

En el balcón, detrás de DON LUIS, aparece, -como una sombra, -la CONDESA. Viste elegante traje mañanero.

Un trozo del parterre que se extiende desde la fachada posterior de Palacio -o sea la de Levante- hasta la verja que, desde el Camino Real (hoy carretera) da entrada al Jardín de la Isla. Por el parterre camina, en dirección a la verja, el despreocupado NATILLAS

Pasa NATILLAS ante la Fuente de Hércules, cuyos chorros de agua se elevan y caen en vistosos juegos.

Llega a la verja. Al otro lado de ésta le aguarda DONA TUMBAGA, tan caprichosamente arreglada como siempre.

DON LUIS.- ¡Aranjuez! ¿Qué pavoroso misterio guardan tus bellezas?

VOZ DE LA CONDESA.- Pensativo está el señor Capitán...

DON LUIS.- No pensaba. Miraba...

CONDESA.- ¿Hacia Madrid?

DON LUIS.- Hacia España.

CONDESA.- ¿Temes?

DON LUIS.- Temo por ella.

CONDESA.- ¡Bobo!...

NATILLAS.- (CANTURREANDO)

"Manolo, Manolito,  
ya pintan copas,  
con ellas tu privanza  
se demorona".

NATILLAS.- (SIGUE CANTANDO)

Márchate solo,  
antes de que te digan:  
¡Adiós, Manolo!"

NATILLAS.- Perdona, pichoncito mío; pero estamos muy vigilados y no podemos salir de las cocinas.

TUMBAGA.-- ¡Ay, en qué cosas os metéis los hombres!...

El diálogo entre ambos se desliza te- niendo en medio los barrotes de la ver- ja. NATILLAS saca un pequeño cucuru- cho con caramelos y obsequia a DOÑA TUMBAGA. Esta se muestra benévola- mente quejosa con él.

NATILLAS.-- Toma un caramelito. No sufras. Dentro de tres días, todo arreglado.

TUMBAGA.-- Eso me dices siempre. Pero llevamos aquí unas semanas... y ni Don Luis aparece ni tú te das a vistas. ¡Ingrato!...Traicionero...

Van andando, cada uno a un lado de la verja, en dirección a la puerta de en- trada. Allí, un CELADOR DE PALACIO franquea el paso a la vieja.

NATILLAS.-- Anda; entra un poqui- to en el jardín.

TUMBAGA.-- ¡Me dejarán! ¡Esto es la gloria!

DOÑA TUMBAGA se sienta en el reborde de piedra de la gran fuente. NATILLAS permanece de pie, a respetuosa distan- cia.

NATILLAS.-- Don Luis está que tri- na con lo de la Irene.

TUMBAGA.-- Pero si la niña le tie- ne sin cuidado.

NATILLAS.-- Sí, sí... ¿Y ese corte- jo que se ha traído?

TUMBAGA.-- Eso ya es otra cosa.

Cuando DOÑA TUMBAGA habla, se agita, y, sin darse cuenta, se echa para atrás con grave riesgo de perder el equilibrio y caer en el estanque de la fuente. NATILLAS le advierte y la sujeta por un brazo.

TUMBAGA.-- ¿Te acuerdas de que te lo anuncié en Madrid? Andaba ya ese hombre detrás de ella...

NATILLAS.-- Pero yo no la creí capaz...

TUMBAGA.-- ¿Y por qué no? ¿Don Luis no la había olvi- dado? ¡Pues bonita es la niña!

Restablecido el equilibrio, continúa la charla. De todos modos, las piernas cortas de la vieja, no la permiten asegurar los pies en el suelo.

NATILLAS no está tranquilo, hasta que consigue que DORA TUMBAGA recobre su posición en el suelo y hasta que logra que la señora le cuente todo lo que le interesa saber... para informar a Don Luis.

El paseo por el parterre es reanudado viéndose sucesivamente, al fondo, varios aspectos de la fachada Este del Palacio. Al llegar a la esquina de la fachada Norte, la pareja se asoma al canal.

La contemplación de la cascada y del

NATILLAS.— ¡Eh! cuidado con un chapuzón...

NATILLAS.— Y entonces ¿cómo habéis venido?

TUMBAGA.— Casualidades de la vida. El mismo lo ha querido.

NATILLAS.— ¿El cortejo?

TUMBAGA.— Es un ricacho de por aquí. Con tierras en Sesefia y por Ontigola...

NATILLAS.— Ven a otro lado, que te veo en remojo. Y... si es rico, le habrá ofrecido su caserón...

TUMBAGA.— ¡Ja, jay! No nos conoces, guapo. Pues, ¡buena es la niña! ¿No tiene a su tía con buenos ahorros para alquilar el palacio del moro que se le antojara?...

NATILLAS.— Te vas a quedar sin prendería.

TUMBAGA.— ¡Y tan ricamente!

NATILLAS.— Entonces yo, ¿puedo ir?

TUMBAGA.— Aquella es tu casa... para lo futuro.

NATILLAS.— ¿Y puedo conocerle a él?

TUMBAGA.— ¿A quién?

NATILLAS.— ¡Hombre!: a mi futuro sobrino-yerno.

TUMBAGA.— ¡Ya verás qué pinta más simpática!...

RUIDO DE AGUA CAYENDO EN CASCADA

molino fronterero, en el Tajo, suspende la charla y da paso a otro orden de exclamaciones.

Una encrucijada de calles de Aranjuez en una brillante noche de luna. Se ve primero una casa de dos pisos, con la puerta abierta y el portal iluminado. Grupos de MUJERES cuchichean delante. Se distinguen entre ellas DOS VECINAS VIEJAS que hablan y gesticulan a un tiempo.

Al lado opuesto hay otra casa pequeña de una sola planta, ante la cual se estacionan MUJERES y HOMBRES DEL PUEBLO. Se abre la puerta de esa casa y aparece un señor de edad, decentemente trajeado.

DON CANDIDO --que tal es su nombre-- había atravesado entre el grupo; pero al oír una referencia a "la maja" se detiene, ya interesado. Entonces le rodean los del grupo y le van expresando sus suposiciones y extrañezas. Cuando aluden al caserón donde la maja vive, vemos el edificio, que se ha

TIMBAGA.-- ¡Oye! ¡Qué hermoso es esto! A mí me da algo de miedo.

NATILLAS.-- Pues si lo oyese de noche... ¡cómo suena!

VECINA 1ª.-- Pero ¿ha visto usted, señora, qué inmoralidad?

VECINA 2ª.-- ¡Qué desfachatez!

VECINA 1ª.-- Y el ejemplo, que es lo peor. Yo en cuanto dan las ocho, encierro a mis nietas.

VECINA 2ª.-- Tenían que venir estos tiempos...

DON CANDIDO.-- ¿Qué? ¿Seguís a la expectativa? Ya es tarde... Cada mochuelo a su olivo.

VECINO 1ª.-- ¡Es que esto es muy grande!

DON CANDIDO.-- ¿Hablas de la conspiración?

VECINO 1ª.-- Hablo de la maja; de esa que llaman la Irene.

lla entre las otras dos casas descritas

D. CANDIDO.-- ¡Habla! ¡Que eso me interesa ya.

VECINO 1º.-- Que ésto tiene misterio, don Cándido.

VECINA 3ª.-- Que venir de Madrid una maja tan joven...

VECINO 1º.-- Y tan guapa...

VECINA 4ª.-- Y tan decidida...

VECINA 3ª.-- Y vivir sola en ese caserón con su tía...

El caserón, viejo y grande, conserva el prestigio de todo edificio que ha sido morada de nobles. Sobre el dintel de la puerta, un breve escudo pregonaba su origen. DON CANDIDO se engríe al oír hablar de la maja.

D. CANDIDO.-- Esa...es una conspiradora. ¡La que a mí se me escape! Pero guapa! confieso que me ha chiflado la vecinita. Si yo pudiera hablarla...

VECINO 1º.-- Entonces, ¿sua no sabe lo mejor!

D. CANDIDO.-- ¿Eh?

Pero los vecinos se encargan de ponerle al corriente...de cuanto ellos saben. Tienen empeño en quitarse la palabra unos a otros. Mientras tanto, en el balcón, alto del caserón, se advierte una vaga luz, que aumenta y pierde intensidad, como si fuese producida por una bujía que fuese llevada por una persona de un lado a otro.

VECINO 1º.-- Lo mejor es que todas las noches viene recatadamente ese hombre...

D. CANDIDO.-- ¿Qué hombre?

VECINO 1º.-- ¡Un hombre!...

VECINA 3ª.-- ¡Su cortejo, señor!

VECINO 1º.-- Y que llama...

VECINA 4ª.-- Y que entra...

VECINO 1º.-- ¡Y que luego no sale...!

D. CANDIDO.-- ¡Cáspita!...con la Irene...pero si pa-

El primer grupo -el de delante de la casa de dos pisos- se dispone a retirarse, y las VECINAS recogen algunas sillas bajas que ante el portal tenían.

Pero el VECINO 1º que se separó de DON CANDIDO para mirar hacia una bocacalle, vuelve rápidamente para avisar. Lo hace con mucho misterio. La VECINA 1ª no puede reprimir su curiosidad y acude al observatorio del VECINO 1º.

Detrás de estos dos VECINOS, de sexo contrario, se forma todo un pelotón de curiosos, en el que únicamente no figuran la VECINA 2ª -por muy vieja- y DON CANDIDO, cuyo decoro no le autoriza para el fisgoneo desenfadado.

Subiendo por una calle en cuesta avanza, en efecto, el cortejo de la Irene. Desde arriba se le ve subir la cuesta despacito, mirando a los balcones o ventanas de las casas. Es UN CHISPERO con sombrero de anchas alas y con capa amplia en la que se emboza.

Como por encanto, en la plazuela se ha deshecho el grupo y todos los circunstantes se han ocultado, protegidos por

rece la niña un angelito!...

VECINA 1ª. - ¡Dios nos valga!

VECINA 2ª. - ¡Cómo está el mundo!

VECINO 1º. - ¡Chissst...! Ya está aquí...

VECINA 2ª. - ¿Viene?

VECINO 1º. - ¡Viene!

VECINA 1ª. - ¡Despacito?

VECINA 4ª. - ¡Y embozado!

VECINO 1º. - ¡Como siempre!

VECINO 1º. - Hasta los ojos lleva la capa...

VECINA 3ª. - ¡A ver...!

VECINA 1ª. - ¡Ay, señora Rustasia, no empuje tanto!...

VECINO 1º. - No arrempujen, que nos va a descubrir.

VOCES SIELTAS LEJANAS. -

- ¡Es un chispero!
- ¡Vaya un majo!
- ¡Está Arenjuez desconocido!
- ¡Señor! ¡Señor!...
- De tentaciones pecaminosas libera nos.

SE PERCIEBEN SOLAMENTE IMPERATIVAS ORDENES DE SILENCIO.

los entrantes de las puertas y otros relieves de las edificaciones, o al amparo de las lejanas esquinas.

Llega a la plazuela EL CHISPERO desconocido. Cruza con paso reposado pero resuelto, y llama en la puerta del caserón haciendo sonar la aldaba.

La luz del balcón desaparece. EL CHISPERO vuelve a llamar. La puerta se abre y el desconocido entra en la casa. En seguida sale de su escondite el VECINO 1º. Tras él, cautelosamente van saliendo los demás.

Se llenan de claridad las vidrieras de todos los balcones del piso alto del caserón que dan a la plazuela. Gran sensación en los de la calle.

En la "Hostería del Albillo". Cuatro abigarrado parecido al de día anteriores. No está Eugenio, o sea, el "Tío Pedro"; pero, en torno a una de las mesas se halla el grupo de TOREROS y CHISPEROS que conocemos de la Carrera de San Jerónimo. Entre ellos naturalmente, EL PUNTILLOSO.

GOLPES METÁLICOS DE ALDABON

SIGUIEN LAS IMPOSICIONES DE SILENCIO, DISCRETAS.

VECINO 1º.— (A DON CANDIDO) ¿Y usía?

D. CANDIDO.— Visto y no visto.

VECINA 2ª.— Es una lagartona esa mujer.

D. CANDIDO.— Pero ¿si parece una de las tres Gracias!

TODOS.— !!Oh!!...

PUNTILLOSO.— Aquí no hay que hacer más que ver, oír y callar.

TORERO 1º.— Pero ¿cuándo atoreamos nosotros?

PUNTILLOSO.— En esta corrida manda el tío Pedro. Cuando él diga, tocará el clarín

TORERO 2ª.— ¿Y mientras tanto?

PUNTILLOSO.— Todos con el capote al brazo!

Del tema general, político, pasa el picador y ya en tono confidencial -al amatorio. EL PUNTILLOSO sigue pensando en la Irene y cree que en Aranjuez, a río revuelto, algo generará él, que se tiene por buen pescador.

En la mesa de al lado, beben vino DON CANDIDO y varios de los VECINOS que le acompañaban en la plazuela. Hablan del "cortejo" de la maja y DON CANDIDO no sale todavía de su asombro.

Entra desde la calle, NATILLAS, que, después de orientarse, se dirige a la mesa del PUNTILLOSO. Este le recibe con la alegría que es de suponer; la persona de confianza de Doña Tumbaga inspira al picador esperanzas y simpatía...

EL PUNTILLOSO abraza a NATILLAS. Se ha puesto de pie, y llevado de su natural fanfarrón, habla fuerte, como oyéndose a sí mismo. Al citar al picador a la Irene, DON CANDIDO, y todos los de la mesa próxima, prestan atención a lo que dice.

PUNTILLOSO.-- Además, que aquí me ha traído una buena moza... Ya la conocéis... La Irene.

TORERO 1º.-- (PONDERATIVO) ¡Hombre...!

PUNTILLOSO.-- Esa ya es cosa mía.

TORERO 1º.-- ¡No eres tú nadie!

D. CANDIDO.-- Pero yo me pregunto: ¿a qué hora salió de la casa ese hombre?

VECINO 1º.-- Pues ¿no le digo que dieron las once?

VECINO 2º.-- Y la una...

VECINO 1º.-- Y todos nos fuimos sin esperar más.

NATILLAS.-- ¡Olé por la buena gente de la torería!

PUNTILLOSO.-- ¡Natillas! Ya te echaba de menos por los Aranjuecas! Este es mi hombre, señores.

NATILLAS.-- Llevo aquí un par de semanas; pero solo puedo salir de ocultis.

PUNTILLOSO.-- Ven aquí barbián!  
 ¿Tú sabes lo que yo  
 hice por la Irene.

NATILLAS.-- ¡Olé que sí!

PUNTILLOSO.-- Tú sabes la que por  
 mí se armó. Que Pepe  
 Romero...

NATILLAS.-- ¡Que sí!

PUNTILLOSO.-- La Irene se quedó...

NATILLAS.-- Agradecida.

PUNTILLOSO.-- Ya lo oís. Bueno,  
 pues este hombre es  
 el único que tiene entrada libre  
 en su casa, ¿Es o no verdad?

El interés se transforma en asombro cuando oyen que NATILLAS es el hombre que tiene entrada libre en el caserón de Doña Tumbaga y la Irene.

A las preguntas del PUNTILLOSO, contesta NATILLAS, afirmativamente, con gestos naturales, desprovistos de toda importancia; lo cual aumenta el asombro de los oyentes de la otra mesa. Cuando la conversación cambia, y vuelve el tema político, el PUNTILLOSO -que es un conspirador más, por su odio a quien suspendió las corridas de toros- no se atreve, sin embargo, a lanzar a voz en grito su "muera". Tal es de "valiente"...

PUNTILLOSO.-- Cuando quiere y a  
 la hora que quiere.  
 ¡Si lo sabré yo, barbián! ¿Un vaso de vino?

NATILLAS.-- Gracias. Yo venía buscando...

PUNTILLOSO.-- ¿Al tío Pedro? Hasta mañana no vuelve.

NATILLAS.-- ¿Entonces?

PUNTILLOSO.-- De los nuestros... ¡Muerá!... Bueno ya sabéis lo que quiero decir.

DON CANDIDO, que se ha levantado, se acerca al grupo del PUNTILLOSO y NATILLAS y saluda a éste muy ceremonioso. NATILLAS le contesta con no menor cumplido, un poco cómicamente.

D. CANDIDO.— Caballero...

NATILLAS.— Muy señor mío.

D. CANDIDO.— Cándido Santisteban,  
plazuela de Alpagés,  
1, servidor de usted.

NATILLAS.— Pepe González y Cabe-  
zón, pinche de cocina  
de S.A. el señor Infante Don An-  
tonios Pascual.

DON CANDIDO, queriéndose hacerse con el ánimo del que cree el cortejo de la Irene, —sin reparar en que el tipo de NATILLAS es muy distinto del que se ha visto entrando en la casa— invita y halaga al repostero, aludiendo a sus supuestas idas al caserón de la plazuela.

D. CANDIDO.— Sé que es usted perso-  
na honorable...y qui-  
siera obsecuarle en mi modesta  
morada con un ligero refrigerio.

NATILLAS.— No me explico...

D. CANDIDO.— Ya se lo explicará.  
(CONFIDENCIAL) Soy el  
primero en aplaudir sus pasos de  
usted...

NATILLAS.— Gracias...

Lo cual no obsta para que le exponga los peligros a que se expone. NATILLAS, que cree que las palabras de DON CANDIDO se refieren a su actuación política, le responde adecuadamente.

D. CANDIDO.— Pero...¡cuidado, eh!

NATILLAS.— ¿Cuidado?

D. CANDIDO.— Las gentes están  
alarmadas.

NATILLAS.— Pues todavía no saben  
lo que les espera.

El mal entendido se produce y se prolonga. DON CANDIDO y NATILLAS, separados de los grupos respectivos, hablan aparte, confidencialmente, sin ser oídos de los demás, que conversan entre sí. DON CANDIDO, asustado por la actitud que observa en el supuesto rondador de la Irene, termina por retirarse haciendo recomendaciones de prudencia y saludando, de lejos, a los demás presentes, que escuchan sus últi-

mas palabras.

D. CANDIDO.-- ¡Claro! Esto...ésto no es la costumbre!

NATILLAS.-- ¡Qué ha de ser!

D. CANDIDO.-- Y le aconsejo un poco de recato, algo de...circunspección.

NATILLAS.-- ¿De recato? ¡Ya verá usted el escándalo!

D. CANDIDO.-- ¡Jesús, María! ¿Le espero mañana en casa?

NATILLAS.-- Bueno.

CANDIDO.-- Señores...Señor Don Pepe...!Cuidado, eh! El consejo de un buen amigo.

Cuando DON CANDIDO desaparece, comentan NATILLAS y EL PUNTILLOSO. Este, echándoseles de jaque, se dirige al grupo de VECINOS preguntándoles su conformidad con Don Cándido. Responde el VECINO 1º y continúa el "quid pro quo". Unos hablan de la conspiración a punto de estallar, y otros... se refieren a las andanzas del "cortejo de la Irene".

NATILLAS.-- Un realista...

PUNTILLOSO.-- Un cobarde. ¿Sois vosotros de su misma opinión?

VECINO 1º.-- ¿De cuál?

NATILLAS.-- Me aconseja prudencia.

PUNTILLOSO.-- ¿Ves tí? Luego dicen de si tengo o no tengo genio. Una cosa es que nosotros aguardemos órdenes para la "corrida", y otra, que estos, que son de aquí, se conformen con los peños calientes.

LOS VECINOS, cansados un poco de las intemperancias del picador en sus asuntos, intentan desentenderse.

VECINO 2º.-- Mire, señor, ¿sabe lo que le digo? Que a nosotros, después de todo, ni nos va ni nos viene. Allá usted.

VECINO 1º.-- Y, sobre todo, allá ese caballero.

Pero no han contado con el PUNTILLOSO, fanfarrón y jaque, que cree llegado el momento de demostrar en Aranjuez su matonismo. Como es lógico, los VECINOS se intimidan al principio; pero, ofendidos por el jaque, reaccionan virilmente.

Y se encuentran con el "blendote" de siempre que, cuando le hacen cara, se echa para atrás. Eso hace ahora el PUNTILLOSO, retrocediendo lo más gallardamente que puede, hacia la puerta, por la que desaparece. Los VECINOS -y el mismo NATILLAS- rien de buena gana.

En la plazoleta llamada de "La Espina" del JARDIN DE LA ISLA, se halla DON LUIS, vestido de uniforme. Está sentado en un banco de piedra del fondo. En primer término se ve, de frente, la escultura que reproduce a un chico sentado, sacándose la espina del pie. De pronto, DON LUIS se levanta y grita dirigiéndose a alguien a quien divisa.

NATILLAS.-- ¿Yo?

PUNTILLOSO.-- ¿Y esto es el pueblo? ¿No te da rabia topar con hombres tan débiles?

VECINO 2º.-- ¡Poco a poco!

PUNTILLOSO.-- Que tú ya me conoces... Y que soy capaz de dar una lección al más pintado...

VECINO 1º.-- ¡Oiga, amigo!

PUNTILLOSO.-- Ni amigo ni nada. Un hombre capaz de jugarse la vida por lo que sea. ¡Porque se le lleve la contraria! ¿Estamos?

VECINO 1º.-- Sí, señor. A usted le llevo yo la contraria aquí y en la Plaza de San Antonio. ¡Pero que ahora mismo!

PUNTILLOSO.-- Ahora mismo, no, porque es mi hora de comer. Pero... mañana...

VECINO 2º.-- ¡Mañana se ha vuelto para Madrid, Anastasio!...

DON LUIS.-- ¡Eh! ¡Natillas! ¡Aquí! aquí, hombre, aquí...

NATILLAS se ha detenido en el parte-  
re oriental del Palacio.

Cruza, en efecto NATILLAS el puente-  
cillo tendido sobre el canal y se di-  
rige, vivamente, por el sendero a la  
plaza indicada.

Distintos aspectos de esta bella plazola  
ta, a la que unas veces sirve de fon-  
do el Palacio, y otras el propio Jardín  
en las riberas del Tejo. En este  
lugar conversan DON LUIS y NATILLAS,  
discretamente apartados de la gente.

DON LUIS pasea inquieto escuchando  
las noticias que el repostero le va  
dando. Se indigna, se enfurece y has-  
ta da órdenes a NATILLAS, que éste  
no puede obedecer.

Se rectifica DON LUIS a sí mismo y  
atrasa hacia sí al repostero con miedo  
de ser oído por alguien más. De repen-  
te, cree que se aproxima gente y se  
detiene en sus instrucciones.

NATILLAS.— ¡Mi Capitán!...Le es-  
taba buscando por  
allá!...!Ahora mismo bajo!

NATILLAS.— Pero...¿dónde se mete  
Usía por las tardes?...

DON LUIS.— ¿Y la Irene? ¿La has  
visto?

NATILLAS.— Todavía no. Iré esta  
noche, porque ahora  
tenía servicio. Pero hablé con la  
tía.

DON LUIS.— ¿Es verdad lo que di-  
cen?

NATILLAS.— Punto por punto. Es un  
ricacho de por acá. La  
pretendía de antes. Al menos eso  
dice la vieja.

DON LUIS.— Pero ¿tú le conoces?

NATILLAS.— No, señor. Pero esta  
noche, si va como di-  
cen...

DON LUIS.— Si va como dices ¡lo  
mata!

NATILLAS.— ¡Mi Capitán!...

DON LUIS.— Bueno...te enteras don  
de vive y le mataré yo

NATILLAS.— Eso es otra cosa...

DON LUIS.- Lo importante es que hables con ella y que le digas... Espera.

Tranquilizado de nuevo, reanuda su mandato. Acostumbrado a ordenar, sus encargos son imposiciones. Se siente autoritario ante la indignación que le produce la comprobación de un seguro rival. Pero vuelve a inquietarse al ver que por el fondo del Jardín, hacia el río, vienen algunos grupos.

DON LUIS.- Que la digas que deseo ¡que necesito! una última entrevista.

NATILLAS.- No va a querer.

DON LUIS.- ¡Lo quiero yo! En el Jardín del Príncipe mañana por la tarde, ¿sabes?... Si ella no va.

NATILLAS.- ¿Quién?

DON LUIS.- Buscaremos a ese cortejo ¡y lo materé!

NATILLAS.- ¡Muy bien!

DON LUIS.- Y ahora vote, que vienen esos...

Estos que llegan son DAMAS, CABALLEROS y GUARDIAS DE CORPS de los que ya han aparecido en otras escenas de esta historia. Entre ellos figura LA CONDESA. NATILLAS se va hacia el Palacio y DON LUIS vuelve a sentarse y adopta un aire de indiferencia.

NATILLAS.- (GNATURREANDO MIENTRAS QUE VA A PALACIO)

"Manolo, Manolito,  
ya pintan copas!  
Por ellas, tu privanza  
se desmorona...

(SE PIERDE CON LA CANCIONCILLA)

Los grupos pasan por la plazoleta de la Espina aparentando no advertir la presencia de DON LUIS. Unicamente la CONDESA, rezagada, se detiene a saludarle.

CONDESA.- El solitario de Yuste.

DON LUIS.- La... indiscreta enamorada.

CONDESA.— ¿Indiscreta yo?

DON LUIS.— Por lo menos poco prudente. ¿Por qué no sigues con éstos?

CONDESA.— Porque tengo que hablarte

DON LUIS.— ¿Lo ves?

CONDESA.— Mañana por la noche ¡la señal!

DON LUIS.— Sí... Un toque de clarín pondrá a prueba nuestra deslealtad.

DON LUIS se muestra preocupado. Está decidido a secundar los planes de los conspiradores; pero su pensamiento se halla fijo en otro asunto y su preocupación en otra cosa...

Sin embargo está contento por hallarse en Aranjuez... para resolver el asunto de la Irene. Y también surgen en esta charla las frases de doble sentido.

Pero la CONDESA —mujer al fin— antepone a todo la conquista del hombre. Y, a pesar de los naturales temores del Capitán a ser visto por las gentes, se lo come con los ojos, y le retiene aprisionando sus brazos.

Otra vez por la noche; y otra vez en la enrocijada de calles de que es parte principal al caserón de la Irene. Un solo grupo, numeroso, de todos los VECINOS, escucha a DON CANDIDO y a los VECINOS 1º y 2º

CONDESA.— ¿Te arrepientes ahora?

DON LUIS.— Eso, no. Me alegra como nunca haber venido a Aranjuez. Y, mañana, ¡se aquí darán muchas cosas!

CONDESA.— ¿Lo ves, tonto?

DON LUIS.— Mi liberación total, o mi esclavitud definitiva.

CONDESA.— ¿Y... después? ¡Mirame!

DON LUIS.— ¿Qué?

CONDESA.— Mirame... antes de que te juegues esas cartas.

D. CANDIDO.-- Todo averiguado, señoras mías. Lo siento mucho, pero no hay novela.

VECINA 1ª.-- ¿Apareció el cortejo?

VECINO 1º.-- Apareció.

DON CANDIDO.-- ...Y es un pobre pinche de cocina.

A las VECINAS VIEJAS les molesta que se haya acabado el folletín y no quieren creer a DON CANDIDO. Le dan empujones, más o menos suaves, en los hombros, subrayando cada frase de incredulidad. Sin embargo, las últimas palabras de él parecen convencerlas ya.

VECINA 2ª.-- ¡Vamos, Don Cándido!  
¡A otro perro con ese hueso!

VECINA 1ª.-- ¿Un pinche de cocina, cortejo de esa maja?  
¡No nos chupamos el dedo!

D. CANDIDO.-- Don José González y Cabezón. Le he invitado a tomar un piscochabís en casa. Estos son testigos.

El VECINO 1º, como en la vez anterior mira a la bocacalle y avisa, misteriosamente, la inmediata llegada del cortejo. Como en la noche pasada, se produce el movimiento de curiosidad y agrupamiento de todos los circunstantes. Únicamente DON CANDIDO, sin resguardarse, permanece arrimado a la puerta de su casa.

VECINO 1º.-- ¡Chissst! ¡Ya está aquí...!

VECINA 2ª.-- ¡El cortejo?

VECINO 1º.-- ¡El cortejo!

VECINA 1ª.-- ¿Viene?

VECINO 1º.-- ¡Viene!

VECINA 2ª.-- ¿Despacito?

VECINA 1ª.-- Y enbozado.

VECINO 1º.-- ¡Cómo siempre!

D. CANDIDO.-- (CON SUFICIENCIA) ¡Mi amigo Pepe!

Llega a la plazoleta el CHISPERO DES-  
CONOCIDO exactamente igual que en la

noche anterior. La escena de la llamada con el alabón y la entrada sub siguiente en la plaza, se reproduce con la sola diferencia de que DON CANDIDO, desde su sitio, se quita el sombrero y saluda amistosamente al recién llegado; el cual no le contesta. Los demás permanecen ocultos.

Antes de entrar en la casa y de que la puerta se cierre tras sí, EL CHIS PERO parece mirar un segundo a DON CANDIDO. Este no puede reprimir la emoción.

Por una de las bocacalles opuestas a la que utilizó el cortejo, aparece ahora NATILLAS, jactancioso, como es su costumbre.

Se detiene NATILLAS extrañado al ver el grupo y se dirige a DON CANDIDO. Este se queda como quien ve visiones. Se refriega los ojos con las manos y no puede creer lo que ellos le dicen.

Para reforzar a DON CANDIDO, ante la expectación general, intervienen los dos VECINOS que conocen también a NATILLAS. Cuando éste confiesa quien

D. CANDIDO.-- Buenas noches, amigo...  
guito...

GOLEPES DEL ALDABON. ALGUNAS IMPOSICIONES DE SILENCIO.

D. CANDIDO.-- No se olvide de mi invitación, Don Pepe.

NUEVAS IMPOSICIONES DE SILENCIO.

D. CANDIDO.-- (A TODOS) ¿Habeis visto?

VECINA 1ª.-- No hemos visto nada.

D. CANDIDO.-- Esa mirada última, quiere decir, "Mañana a las once, sin falta".

NATILLAS.-- (CANTURREANDO)

Márchate sólo,  
antes de que te digan  
¡adiós Manolo!...

NATILLAS.-- Apreciable amigo don Cándido...

D. CANDIDO.-- Pe...pe...pero ¿usted es usted?

NATILLAS.-- ¡Hombre! Yo creo que sí.

es, todos los presentes, menos DON CANDIDO, se regocijan de lo lindo.

D. CANDIDO.— Pero ¿usted no es el cortejo?

VECINO.— ¿Usted no es el niño bonito de la Irene?

NATILLAS.— Mire amigo: yo soy el niño bonito de su tía.

RISAS GRANDES

VECINO.— ¡Que no es lo mismo!

NATILLAS.— ¡Eso ya lo sé yo!

NUEVAS RISAS...)

Mientras tanto -lo mismo que en la noche anterior- se encienden luces tras los balcones de la casa. NATILLAS, después de saludar a todos, se dirige al caserón y llama- lo mismo que hizo el Chispero- con golpes de aldea.

D. CANDIDO.— Entonces, ¿ese quién es?

NATILLAS.— A eso vengo: a enterarme.

VECINA 2ª.— ¿Y...le abrirán?

NATILLAS.— ¿Por qué no?

La puerta se abre inmediatamente. NATILLAS se vuelve, saluda a los asombrados circunstantes y entra en la casa. La puerta se cierra tras él.

NATILLAS.— ¿Los...señores gustan?

VECINA 2ª.— Muchas gracias. Que aproveche.

TODOS.— ¡¡Oh...!!

(MUSICA DE FONDO)

Al día siguiente. Gran AVENIDA DE PLATANOS en el JARDIN DEL PRINCIPE DE ARANJUEZ.

La calle, recta, ofrece bellísima perspectiva. Por ella vienen, a buen paso, DON LUIS -de uniforme- y NATILLAS.

NATILLAS.— Cuando yo llegué, ya no había nadie en la casa.

DON LUIS.— ¡Miramelo!

NATILLAS.- Por lo más sagrado,  
don Luis.

DON LUIS.- Pero ¿le vieron entrar

NATILLAS.- Le vieron.

DON LUIS.- ¿Y le vieron salir?

NATILLAS.- Eso ya no lo vieron.

DON LUIS se detiene en seco: no se explica lo que le dice el repostero. Casi tiene ánte que llamarle al orden. Y cuando NATILLAS vuelve a explicarse y a decir lo que sabe, DON LUIS, más tranquilo, resuena al paso.

DON LUIS.- ¿Te burlas entonces?

NATILLAS.- No, señor. Si usía no se contiene, no sigo.

DON LUIS.- Si entró y no salió...

NATILLAS.- Salió; pero sin que le vieran: por el corral.

DON LUIS.- ¿Lo juras?

NATILLAS.- ¿Me iba a engañar mi Doña Tumbaga?

Por la misma "Avenida de los Plátanos" en dirección contraria, caminan la IRENE y DONA TUMBAGA. La maja, con su traje popular --mantilla blanca y flores; su tía también con mantilla, negra, naturalmente. Ni las mujeres ni los hombres dan muestras de conocerse según se van aproximando.

NATILLAS.- ¡Pregintales usía ahora!

DON LUIS.- Déjame a solas con ella. "Necesito volcar mi alma entera.

NATILLAS.- Pues ¡cuidado con los vuelcos, capitán; que esta noche es la marcada y...

DON LUIS.- Y a mí, de todo éso, ¿qué me importa?

NATILLAS.- ¡Ah!

De pronto, IRENE da una rápida vuelta, obligando a que su tía haga lo mismo. Y siguen ahora andando ambas en la misma dirección que los hombres, delante

de ellos.

DON LUIS adelanta entonces el paso y, por la izquierda —mientras que NITILLAS por la derecha hace lo mismo con DONA TUMBAGA— aborda a la IRENE.

Se forman las dos parejas de la maja y el Capitán y de la preñera y el repostero. La primera se queda rezagada, discutiendo. La segunda adelanta, más, procurando alejarse discretamente.

Va llegando la pareja de enamorados a la gran plaza de donde arranca la Avenida de los Plátanos.

Ya en la plaza, limitada por macizos de boj, tras de los cuales se alza la tapia que decoran grandes jarrones de piedra blanca, DON LUIS atrae hacia esta tapia, a la maja.

IRENE.— Vámonos, tía. A esos les tenemos sin cuidado.

TUMBAGA.— Pero, chica... Si nos hemos citado aquí...

DON LUIS.— Irene, óyeme. Un instante.

IRENE.— No. ¿No me dejaste? Pues déjame para siempre.

DON LUIS.— Es que te quiero más que nunca.

IRENE.— No te creo. Vete.

DON LUIS.— Dí que me quieres y de nada hago caso; pero dímelo como antes con toda tu alma.

IRENE.— ¡Si no te creo!

DON LUIS.— ¿Tuve un mal pensamiento? Pues a olvidarlo. ¿A qué consigo hacértelo olvidar?

IRENE.— ¿A qué no?

DON LUIS.— Ya otra vez nos queríamos y no nos entendíamos. Hasta aquella tarde... ¿te acuerdas?

DON LUIS.— Ven aquí. ¿Te acuerdas de aquella tarde?

IRENE.— ¡Disi!...

DON LUIS.— ¡Ni dispuesta por mi ángel bueno! No sé por qué, al salir de casa tuve el presentimiento de una gran alegría. ¡Cómo ahora!

Como asomados a este inmenso balcón, los amantes enfrentados con un amplio panorama, sienten la sensación de encontrarse solos: a solas con sus sueños.

Desde la tapia a la que se asoman DON LUIS e IRENE se domina un paisaje hondamente sugestivo; en primer término el río Tajo y su ribera; luego, huertas y arboleda, después los breves montes, -mesetas más bien- que anuncian los de Toledo...

Acercas DON LUIS su rostro a la IRENE. Y, bajito, como dicho al oído, le va recordando el encuentro de "aquella tarde".

Ella sonríe satisfecha. La emociona el recuerdo y le gusta como se le dicen...

Ella va a responderle; pero él no la deja. Se retira un poco, siempre asomada a su balcón. Y DON LUIS, separado ahora un poquito de ella, parece como que la piropea al cantar.



No se ve más que la figura de la maja halagada por lo que oye. Del Capitán, que canta, se ve solamente la sombra de su busto proyectada -con la de la tapia- en el suelo.

Vuelve IRENE a asomarse sonriente a su "balcón". DON LUIS acude a su lado. Ella ahora le contesta, como si le hablara también al oído.

IRENE.-- También yo.

DON LUIS.-- Porque iba a verte.

IRENE.-- Iba a encontrarte.

LA MUSICA ADQUIERE DE NUEVO PREPONDERANCIA.

LOS PERSONAJES CANTAN...

DON LUIS.--

!Irene mía!  
!Mi ilusión!

IRENE.-- (SINCERA)

¿Quién te ha querido como yo?

DON LUIS.-- Reclinada en tu calesa

y enbozada en la mantilla,  
con el aire de una Reina  
satisfecha de reinar,  
con claveles repartidos  
en el pecho y el tocado,  
tu bajabas por la cuesta  
de la Calle de Alcalá.

DON LUIS.--

Tu precioso traje  
de color de rosa  
dibujaba, cifiendo sus curvas,  
tu busto hemosisimo,  
tu talle gentil.

Brillanan tus ojos  
con rayos de aurora;  
pasabas radiante  
y como diciendo  
!Que yo voy aquí!

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

En rostro de DON LUIS hacen evidente efecto las frases de ella, en el recuerdo de la tarde feliz...

Ella se aparta un poco del Capitán, cuya figura se ve ahora casi completa, mientras que IRENE sigue cantando.

Lejos, sentados en un banco de piedra -semiocultos- DONA TUMBAGA y NATILLAS observan a los amantes y sonrien pícaros.

DON LUIS ahora está mirando, enamorado a IRENE.

Pero los dos vuelven al balcón para decirse las dos frases últimas de su coloquio, intimamente.

Se han estrechado las manos en señal de reconocimiento

Siguen charlando. Y, en su conversación vuelven hacia la plaza. Se detienen delante de un macizo de boj, que sirve de fondo a sus figuras. La charla de ahora es una continuación del coloquio cantado.

IRENE.-

Reclinada en la calesa  
y esbozada en la mantilla  
yo bajaba por la cuesta  
de la Calle de Alcalá.

Caminito de la Plaza  
cuando tú desembocaste,  
de improviso, por el Prado,  
caballero en tu alazán.

El potro marchaba  
tan bien enjaezado,  
bracaba con tal gallardía,  
que toda la gente  
fijábase en él.

VOZ DE IRENE.-

Y tú, vanidoso,  
vestido de majó,  
clavado en la silla...

IRENE.-

Mirabas a todos  
con aire de Rey.

DON LUIS.-

Caminito de la Plaza,  
¡qué de gente por la calle  
vooaba!

IRENE.-

Caminito de la Plaza,  
¡las carrozas y calesas  
que pasaban!

SIGUE EL NUMERO DE MUSICA, PERO SOLO COMO FONDO. LOS PERSONAJES AHORA HABLAN SOBRE LA MUSICA.

DON LUIS.- ¡Cómo brillaba el sol!

IRENE.- ¡Cómo sonaban los cascabeles!

DON LUIS.- Te vi, te seguí, y te  
declaré mi amor inmen-  
so.

IRENE.- Y yo con los ojos...

DON LUIS.- Me dijiste que sí.

Van a sentarse a un banco de piedra. 3  
 El idilio deriva en el motivo principal de la entrevista: en las quejas de la maja por el desvío del Capitán. 3  
 El semblante de éste, ante la acusación de falta de cariño, muestra viva contrariedad.

Ella le recrimina; le acusa su falta de cariño...y atribuye solo su actitud actual, a los celos. DON LUIS se pone de pie ante la acusación.

El ansia celosa que le consume brota apasionadamente en los labios de DON LUIS. Pero ella, que también se alza de su asiento, finge ahora, ahogando su amor- que no le interesa volver a sus antiguas relaciones.

DON LUIS.- ¡Qué días tan felices después!

IRENE.- Yo creí que aquella felicidad iba a ser eterna.  
 Pero...

DON LUIS.- ¿Pero qué?

IRENE.- Pero tú no quisiste.

DON LUIS.- ¡Irene!

IRENE.- Me olvidaste un día.

DON LUIS.- ¡Irene!

IRENE.- Y ahora vuelves, no por cariño, sino por celos...  
 ¡por amor propio!

DON LUIS.- ¡Irene!

IRENE.- La pícara vanidad de los hombres.

DON LUIS.- Pues sí, ¡celos! ¡Mi lo dices! Pero quitámelos aunque yo sepa que me quieres aún

IRENE.- ¿Quererte? Te quise. Ya... no puede ser.

DON LUIS.- Déjame el campo libre para saciar en ese hombre toda la ira que me consume las entrañas.

IRENE.- ¡No! Si no me quieres. Si te entregué el alma y la vida, y me las robaste malamente...

A la nueva acusación de IRENE respon-  
de adecuadamente DON LUIS. Eso es lo  
que ella busca: sacarle de quicio.  
Ofendida por su abandono, quiere pro-  
bar el grado -la intensidad- de su  
carifio. Echa a andar, como desintere-  
sándose... Pero él la corta el paso  
para declararle su apasionamiento.

En este momento, IRENE, vuelta de es-  
paldas al Capitán, expresa su íntima  
satisfacción.

DON LUIS afronta el tema que le preo-  
cupa. Ella radiante en los momentos  
en que él no la ve- sigue afectando  
enfado hacia DON LUIS y entusiasmo  
hacia su cortejo.

El, cada vez más exaltado, y ella,  
cada vez más contenta- pero an apa-  
riencia cada vez más ofendida- han  
echado a andar en dirección a la pare-  
ja de DOÑA TUMBAGA y NATILLAS.

La discusión al ser cantada, parece  
más violenta. La prendera y el repos

DON LUIS.- ¿Te atreves a hablar-  
me de ese modo cuando  
no parece sino que has venido a  
Aranjuez para mojarlo de mí; pa-  
ra ser el escándalo del pueblo?

IRENE.- Por tu culpa. ¡Si no me  
hubieras abandonado!

DON LUIS.- Para ser mi matirio.  
!Porque yo te quiero  
con locura!

IRENE.- (BURLONA) ¿De veras?

DON LUIS.- !Con desesperación!

IRENE.- (!Ah! !Por fin!...)

DON LUIS.- Pues bien, Irene. "M..

IRENE.- ¿Qué vas a decir?

DON LUIS.- "M..."cortejo"...

IRENE.- Vale más que tú y me  
quiere más que tú.

DON LUIS.- ¿Y tú le quieres?

IRENE.- ¿Que sí le quiero! Como  
a mí misma.

DON LUIS.- Te advierto que po-  
dría costarle la vida.

IRENE.- Ya sería menos...

VUELVE A PREPONDERAR LA MUSICA.

tero, alarmados al ver sus actitudes se levantan del banco y se consultan con la mirada. Riestos de acuerdo, avanzan hacia los enmorados, a punto de que ella se separa de él, y DON LUIS, haciendo lo propio se dirige a NATILLAS.

En el colmo de la preocupación, DON LUIS coge por un brazo al repostero y le confiesa lo que él cree su fracaso.

En el colmo de la satisfacción, IRENE, -porque comprueba el amor de DON LUIS- toma del brazo a DONA TUMBAGA y le hace partícipe de su júbilo, siempre sin ser vista por el Capitán.

Las dos nuevas parejas van hacia el macizo de boj; cada una por su lado. Y ambas se detienen creyéndose aisladas, teniendo el macizo por medio; de tal modo que se ve a ambas -la de las mujeres y la de los hombres- sin que ellas entre sí se vean. IRENE canta al oído de su tía, y DON LUIS al de su amigo y servidor.

Y EL DIALOGO VEHEMENTE Y CON PASION VUELVE A SER CANTADO

DON LUIS.-

¡Si ese cortejo  
me desafía,  
yo cara a cara  
lo mataría.

IRENE.-

¡Pues si tu matas  
al que yo quiero,  
ten por seguro  
que yo me muero!

DON LUIS.-

¡No sabes de lo que soy capaz!

IRENE.- Ya lo veremos.  
¡Déjame en paz!

DON LUIS.-

¡Es imposible!  
¡No puede ser!  
¡Soy el esclavo  
de esta mujer!

IRENE.-

(¡Ay qué alegría!  
Ya te diré.  
¡Quiéreme! ¡Quiéreme  
como yo a él!)

IRENE Y DON LUIS

Es tal la fuerza  
de su mirada,  
tal el imperio  
de su poder,  
que es mi agonía

tener {  
 (1) cerca;  
 (2)

pero aleja {  
 (do  
 da  
 la muerte es.  
 Con su cariño  
 quiero la vida;  
 nada me importa  
 sino su amor;  
 vivir pendiente  
 de sus afanes,  
 ¡saber que es mío  
 su corazón!

Con las últimas notas de esta amorosa confesión hecha al mismo tiempo por los enamorados a sus respectivos confidentes, la pareja de IRENE y DONA TUMBAGA echa a andar en dirección a la salida del Jardín, sin que, ni la maja ni su tía, vuelvan la cabeza.

Por el camino que conduce a la verja del Jardín del Príncipe van las dos mujeres. Lejos, en el fondo, se ve, parados, a los dos hombres, que las van siguiendo con las miradas.

En el rostro de la IRENE se reflejan las sucesivas impresiones de alegría y de duda que experimenta. Por el camino, desde la puerta de la verja, avanza solo, despacito, como paseando el CONDE DE ARAVAJA.

Al cruzarse el viejo con las dos mujeres, DONA TUMBAGA le reconoce y le saludada, con protesta de su sobrina. El olvidadizo aristócrata recuerda —o finge recordar— el conocimiento...y aprovecha la ocasión para preguntarlas.

Con su cariño  
 seré feliz.  
 Si no me quiere  
 ¡pobre de mí!

### H A B L A D O

IRENE.— (MUY ALEGRE A SU TIA) ¡Me quiere! ¡Me quiere! Habla con el corazón en los labios. ¡Dios mío de mi alma, qué feliz soy!...

TUMBAGA.— ¡Quéjate ahora!

IRENE.— ¿Y si me engañara otra vez? ¡Pronto he de verlo! Me dan ganas de reír y de llorar.

TUMBAGA.— ¡Y que se hayan de pasar por un hombre tantas fatigas!...Yo también he tenido una bronca. Pero también nos hemos arreglado.

TUMBAGA.— Buenas tardes, señor Conde.

IRENE.— (¡Tía!)

CONDE.— Buenas nos las dé Dios, señoras mías. ¿Yo las conozco?

TUMBAGA.— ¡Sí, señor! En Madrid... El puesto del cacharrer...

CONDE.-- ¡Exactísimo! ¡Cuánto celebro!... Acaso puedan informarme.

En cuanto al CONDE DE ARAVACA habla de Don Luis, a IRENE se le demuda el rostro. Contesta rápida al viejo, y no puede reprimir su turbación y su rabia ante las ingenias indiscreciones del CONDE.

TUMBAGA.-- Vuesa Merced nos diga.

CONDE.-- El Capitán don Luis Hurtado... Aquel capitancito. ¿Anda por estos laberintos?

IRENE.-- ¿Preguntan por él?

CONDE.-- No; nada. ¡Cosas de mi nieto! ¡Apesado en que se lo lleve... Simplezas...

Vuélvese IRENE hacia donde ha dejado a DON LUIS y a NATILLAS. Allí siguen; y es la propia maja quien encamina al CONDE hacia ellos. Cuando el noble anciano se retira, agradecido, IRENE acude a toda su energía para no perder la confianza que en el recobro del amor del Capitán había puesto.

IRENE.-- ¿Ve Vuesa Merced aquellos dos hombres?

CONDE.-- Yo veo muy poco.

IRENE.-- Pues, uno de aquellos...

CONDE.-- Gracias... Gracias...

IRENE.-- ¡Pronto he de saber todo! ¡Pronto he de saberlo!

EL SALON DE PORCELANAS CHINAS del Palacio de Aranjuez. Su maravillosa decoración --conservada hoy en todas sus originales bellezas-- puede apreciarse durante las breves escenas siguientes desde distintos puntos de vista. Sentados en el diván circular del centro se hallan la CONDESA y DON LUIS.

CONDESA.-- Te olvidaste de nuestra cita.

DON LUIS.-- No. Pero había tiempo.

CONDESA.-- ¿Dónde fuiste?

DON LUIS.-- A la reunión de los pinches, los cocineros los mozos de cuadra y los lacayos...

CONDESA.-- ¿Están decididos?

DON LUIS.-- A todo lo que sea destruir; desde luego.

Tanto la una como el otro, bajan la voz para no ser oídos en el Palacio. A Don LUIS le repugna la idea de la conspiración en la que está comprometido... por culpa de la CONDESA. Y aunque no retrocede, porque le ligan promesas y palabras, no oculta la violencia de su conducta.

CONDESA.-- Ha llegado Eugenio Montijo. Ya se está disfrazando...

DON LUIS.-- ¡Qué horror!

CONDESA.-- ¿Otra vez te arrepientes?

DON LUIS.-- ¡No! Comprendo que hay que utilizar al pueblo; pero...

Y tiene un momento de exaltación. Ella le escucha temerosa. Y se ponen de pie DON LUIS, mientras habla, la lleva al lugar donde, entre espejos, se reproducen y multiplican las figuras de los jóvenes, y el salón en sí.

CONDESA.-- ¿Pero qué?

DON LUIS.-- ¿Pero tú has pensado en lo que ese pueblo, desbordado, puede hacer?

CONDESA.-- ¡Luis!

DON LUIS.-- ¿En que este mismo Palacio pudiese un día ser invadido... y todos nosotros víctimas de sus venganzas?

Quando ahora alude DON LUIS a las figuras de cerámica hechas en el Buen Retiro, adquieren valor y primer término algunos de los chinos de fantásticos ropajes.

CONDESA.-- No...

DON LUIS.-- ¿Y en qué todos seríamos unos muñecos en sus manos, frágiles como estos chinos de porcelana?

Ella, cada vez más temerosa, le coge por los hombros. El se muestra correcto, pero esquivo. La oportuna llegada del viejo CONDE pone fin a la embarr...

CONDESA.-- Pero tñ...tñ sabrías defenderte.

DON LUIS.-- Eso, sí.

CONDESA.-- ¿Aunque el pueblo te pidiera otra cosa?

DON LUIS.-- Dejemos al pueblo vivir en paz...señor Conde...!

CONDE.-- Si Majestad te reclama, niña.

LA PLAZA DE SAN ANTONIO, de Aranjuez, con sus característicos porches de sus edificios laterales. Bajo ellos discurre, gesticulante y vocinglera, una muchedumbre en la que figuran cuantos tipos populares hemos visto en Madrid, y varios grupos de ARIETOS y TRAJINEROS de los pueblos de la Provincia. Es la hora del crepúsculo, y, adosados a los muros, están encendidos algunos faroles de aceite

Entre los grupos figuran EL PUNTILLOSO y los TOREROS. Se ven también al GALLOFAS y a NATILLAS, que pulula entre la gente procurando mantener su inquietud y su indignación.

NATILLAS cumple su papel de conspirador a las mil maravillas: es lo que le pide el cuerpo, aún cuando lleve dentro el alma de un burgués, amigo de la holganza.

VUELVE LA

M U S I C A  
DE FONDO EN RITMO DE PASACALLE. SOBRE ELLA SE PRODUCEN LOS DIÁLOGOS Y GRITOS, Y LOS RUIDOS PROPIOS DE LA ACCIÓN.

VOCES SUeltas.-- ¡Gervasio!

--¡Aquí! ¿Cuándo has llegado?

--¡Dichosos los ojos!

--Oye. Decían que ésto era bonito

PUNTILLOSO.-- ¡Eh!

NATILLAS.-- Que en Palacio lo tienen todo dispuesto para que los Reyes se vayan.

GALLOFAS.-- Pero, ellos ¿qué dicen?

NATILLAS.-- Ellos, protestan. Pero es igual...

NATILLAS.-- Y a Don Fernando...

PUNTILLOSO.-- ¿Eh?

NATILLAS.-- También se lo quieren llevar.

GALLOFAS.-- ¿Y lo vamos a consentir?

VARIAS VOZES.— ¡No!...

PUNTILLOSO.— Para eso, para im-  
pedirlo, estamos no-  
sotros aquí!

VOZES.— ¡Eso!

Por el Casino Real —del lado de Ma-  
drid, como si acabasen de dejar los  
carromatos que eran entonces las di-  
ligencias que hacían el servicio en-  
tre la capital y Aranjuez, llegan  
CHISPEROS y MAJAS MADRILEÑOS en ale-  
gres grupos. Vienen a asistir a un  
motín, pero parece que vienen de ji-  
ra...

En el moleo principal de los recién  
llegados forma, en efecto, una ronda  
de guitarras y bandurrias. Al  
frente de ella figura ALFONSO, el  
peluquero...hasta ahora ausente de  
Aranjuez.

Los que se hallaban bajo los porches  
al oír a los que llegan, se suman,  
enardecidos, a sus gritos...

Los CHISPEROS que traen su canción  
aprendida posiblemente repetida duran-  
te el camino— cantan el pasodoble  
contra Godoy ante los PALETOS de los  
pueblos, que les escuchan embobados.

LAS MAJAS —lo mismo que LOS CHISPEROS—  
cantan con su mejor garbo ante el asom-  
bro de las PUEBLERINAS, que se entre-  
mezolan entre el abigarredo concurso  
de los soportales...

## CANTADO

CHISPEROS Y MAJAS.—

Ya la privanza del favorito,  
como de arena, se desmorona.  
Y con bandurria y con guitarras  
celebraremos nuestra victoria  
¡Y con bandurrias y con guitarras  
celebraremos nuestra victoria...  
¡Pues no que no!  
¡Fuera el infame!  
¡Fuera Godoy!

TODOS.—

¡Pues no que no!  
¡Fuera el infame!  
¡Fuera Godoy!

CHISPEROS.—

¡Allá va la valiente manolería;  
lo mejor que en sus barrios  
la Corte cría!  
¡Los manolos en busca  
del vil traidor,  
para echarlo a la calle  
por el balcón!

MAJAS.—

¡Las manolas, siguiendo  
tras sus manolos,  
porque nunca quisieron  
dejarlos solos!  
Para ver si concluyen  
con el traidor.

La última estrofa enardece a todos. Y todos, agitados —más o menos— los brazos, la repiten...

Ellas, como queriendo tener ya entre sus manos al favorito, excitan a sus hombres, que, al oír las, se envalentonan...

Por el puente, como viniendo del Cuartelillo, junto al cas, se vislumbra un pelotón de GUARDIAS a caballo.

El grito de UN CHISPERO pone en movimiento a todos. Los recién llegados y los que esperaban a media voz, repiten el tema del pasodoble.

Y todos van buscando las salidas por la calle actual del Príncipe, y otras próximas a la Capilla de San Antonio, quedando solo bajo los porches algunos, en apariencia, pacíficos ciudadanos.

El pelotón de los GUARDIAS a caballo pasa delante de los lugares poblados antes de conspiradores. Al llegar frente a la Capilla, los caballos vuelven guapas, después de comprobar sus jinetes que allí no pasa nada...

¡Para ver como salta por el balcón!

TODOS.--

Para ver si concluyen con el traidor.  
¡Para ver cómo salta por el balcón!

MUJERES.-- ¡Bíscalo! ¡Síguelo!  
¡Cógelo! ¡Préndelo!

HOMBRES.--

¡Yo te aseguro que doy con él!

VOCES DE LAS MUJERES.--

¡Bíscalo! ¡Síguelo!  
¡Cógelo! ¡Préndelo!  
¡Que yo la surra se la daré!

CHISPERO.-- ¡Los guardias!

TODOS.-- (ENATADO)

¡Aquí la valiente manolerial!  
Lo mejor que en sus barrios la Corte cría.

Y en llegando la noche, tendrá que ver el motín de los majos en Arenjues!

RUIDO DE CABALLOS AL TROTE.  
LA MUSICA DE FONDO, CON EL RITMO DE PASODOBLE, SIGUE, COMO UN LEVISIMO COMENTARIO, HASTA QUE SE INDIQUE.

H A B L A D O

En la Calle del Principe, delante de la fachada del Teatro, cambian impresiones EL PUNTILLOSO y NATILLAS, con ALIFONSO.

ALIFONSO, AL advertir que ha sido echado de menos por sus amigos, se da cierta importancia, y pasea por la calle con cierta cómica petulancia.

Los amigos no se convencen por completo y le hacen nuevas preguntas. Por la parte baja de la calle, --como viniendo de la Plaza de San Antonio-- aparece la figura de UN MAJO.

El Majo se acerca a los reunidos. Es DON LUIS. Pronto reconocido por ellos, se confía a ellos, pronto también.

Lleva DON LUIS el mismo traje que vestía en la tarde de la Corrida de Toros de Madrid. Cuando habla se queda mirando fijamente al PUNTILLOSO y a ALIFONSO.

PUNTILLOSO.-- Ya no contábamos contigo.

ALIFONSO.-- ¿Podía yo faltar?

PUNTILLOSO.-- Como andas tan misterioso estos días, que apenas si se te ve...

ALIFONSO.-- ¡Altas y reservadas misiones!...

NATILLAS.-- No será tanto...

ALIFONSO.-- ¿Tú sabes lo que es... ser persona de confianza?

NATILLAS.-- ¡Hombre! Yo, en lo mío, sí.

PUNTILLOSO.-- Pero, tú eres persona de confianza de muchas personas. Ahora, ¿de quién?

ALIFONSO.-- ¡Ah! Ese es mi secreto. Hasta mañana no puedo revelarlo.

DON LUIS.-- Dios guarde a la buena gente.

NATILLAS.-- ¡Don Luis! ¿Ya preparado?

DON LUIS.-- Para todo.

ALFONSO.-- ¿No han dicho que a las doce?

DON LUIS.-- Al motín, sí. Pero yo tengo antes, que liquidar una cuenta con uno... ¿No seréis ninguno de vosotros?

PUNTILLOSO.-- ¿Quién?

DON LUIS.-- El cortejo de la Irene

Los interpelados resisten, con aparente serenidad la mirada amenazadora del Capitán. El PUNTILLOSO, conocido como pretendiente de la Irene, no tiene inconveniente en decir que éso fué en fecha lejana.

NATILLAS.-- Este anda tras ella...

PUNTILLOSO.-- ¿Yo? Hace ya mucho tiempo...

DON LUIS.-- Me es igual. Yo esta noche entraré en la casa... y todo me es igual. ¡Caiga el que caiga!

DON LUIS amenaza con sus palabras y su enérgica actitud. Luego, da fuertes apretones de manos al PUNTILLOSO y ALFONSO. Y se va, llevándose consigo al NATILLAS.

DON LUIS.-- ¿Habeis comprendido?... Hasta... luego (A NATILLAS) ¿Vamos?

La HOSTERIA DEL ALBILLO. Está materialmente atestada. La multitud en torno a las mesas, se apiña bajo la débil luz de los candiles. GALLOVAS, de pie, habla a los reunidos.

GALLOVAS.-- Ya lo sabeis todos. Cuando el tío Pedro diga, ¡todos tras él!

VOCES.-- ¡Todos!

GALLOVAS.-- ¡Muera el choricero!

VOCES.-- ¡¡Muera!!

Sala grande, un poco destartada, del caserón de Irene. Muebles de estilo Luis XIV, deslucidos. Entra, desde el recibimiento, DONA TUMBAGA seguida de NATILLAS. Y éste se sienta en un sillón que ella le ofrece.

TUMBAGA.-- Te juro, Pepe mío, que yo no tengo la culpa. Erre que erre en que lo recibe... aunque se lo impida... el mismo Rey.

Como otras muchas veces, NATILLAS ha acudido provisto de un cacurucho de caramelos, de los que ofrece a la preñera... sin dejar de tomar él.

DOÑA TUMBAGA -deseosa de complacer a su adorado pichón- accede a intervenir y se llega a la cerrada puerta que comunica con otra habitación.

NATILLAS sonríe beatífico al ver su éxito. Pero cuando suenan dentro los golpes de aldaba, detonantes, salta sobre el sillón, como disparado por los muelles del asiento...

Se va DOÑA TUMBAGA a abrir; queda NATILLAS indeciso; y, por fin, se dirige al balcón.

Desde el balcón, cuyos visillos levanta NATILLAS, se ven los grupos de VEJ-

NATILLAS.- El Rey está ahora para pocas prohibiciones.

TUMBAGA.- Pues, bueno... Bonaparte.

NATILLAS.- De ése... más vale no hablar.

NATILLAS.- ¿Y ese hombre, vendrá?

TUMBAGA.- Como todas las noches.

NATILLAS.- ¿Y la Irene?

TUMBAGA.- Componiéndose para recibirle.

NATILLAS.- Que no sea loca. Que Don Luis va a venir... y va a haber algo gordo...

TUMBAGA.- ¿Quieres que la diga algo?

NATILLAS.- Díselo.

TUMBAGA.- ¡Niñal! ¡Que está aquí el señor Natillas! ¡Que dice que no recibas a ése...!

SIENAN DENTRO DOS FUERTES GOLPES DE ALDABON

¡Ya está ahí!

NATILLAS.- ¡Omba!...! No le abras!

TUMBAGA.- Nos hemos perdido...

NATILLAS.- (YA SOLO) Y yo ¿qué hago?

RUIDO DE CERROJOS QUE SE DESCO-

**NOS** semi ocultos en los resguardos o relieves de las casas inmediatas.

Aparece en la puerta que da al recibimiento, DON LUIS vestido de majo y embozado en su capa.

La vieja acude rápidamente a la puerta que comunica con el cuarto de Irene, y, a gritos, da cuenta de la presencia del Capitán.

DON LUIS habla confidencialmente con NATILLAS. Este se halla inquieto entre las obligaciones que ha contraído con los conspiradores y las que le han llevado a casa de la maja...

Se asoma DON LUIS al balcón aparentando tranquilidad.

La misma calle en cuesta por donde otras veces se ha visto al cortejo de la Irene. Esta vez, el CHISPERO DESCONOCIDO sube con la misma calma de siempre, viéndosele como de costumbre de espaldas.

Por una de las calles próximas al Palacio del Príncipe de la Paz va avanzando una muchedumbre silenciosa compuesta de los tipos diversos ya conocidos. Delante, va vestido de "Hombre del Pueblo", EUGENIO MONTIJO. Detrás fanfarrón como siempre, EL PUNTILLO. Al fondo se dibuja la silueta del Palacio, construcción grande, pero sin gracia, de dos plantas.

IRENE Y DE PUERTA QUE SE ABRE Y SE CIERRA.

DON LUIS.— Ustedes verán lo que hacen. Yo no me muevo de aquí.

TUMBAGA.— (QUE LE SIGUE) ¡Jesús, María!

¡Niña! ¡Don Luis! ¡Y que dice que no se va!

DON LUIS.— ¿Ha venido ya ese hombre?

NATILLAS.— ¡No! ¡Ustia llegó primero.

DON LUIS.— Eso quería. ¡Cómo están esas calles! Ya iban para el Palacio de Godoy.

NATILLAS.— Van a notar su falta.

DON LUIS.— Aún tengo tiempo.

RUMOR DE BULLICIO LEJANO.

FUERTES IMPOSICIONES DE SILENCIO

EUGENIO.— ¡Silencio todos!

PUNFILLOSO.-- ¡A ver si ~~va~~ a poder ser! ¡Que lo manda el tío Pedro!

UN TORERO.-- ¿Es ese el Palacio del choricero?

PUNFILLOSO.-- ¡Ese!

EUGENIO.-- ¡Silencio todos!

DON LUIS en el salón de casa de la IRENE, se retira del balcón y se encara con DOÑA TUMBAGA. Esta vuelve a gritar a la puerta del cuarto de su sobrina.

DON LUIS.-- ¿Es que la Irene no quiere recibirme?

TUMBAGA.-- Ahora mismo, Don Luis.  
(A LA PUERTA) ¡Niña!  
¡Que te están esperando, hija!

(DENTRO LOS GOLPES DE ALDABA)

Los característicos golpes de aldabón del cortejo, producen en los del salón el natural efecto. DOÑA TUMBAGA se sobresalta, NATILLAS se inquieta y DON LUIS se excita y hace intención de salir en busca de su rival.

NATILLAS.-- ¡Eh!

DON LUIS.-- ¿Quién?

NATILLAS.-- ¡El cortejo!

TUMBAGA.-- ¡No le abro!

DON LUIS.-- ¡No faltaba más! ¡O le abroyo!

Pero DOÑA TUMBAGA sale disparada. DON LUIS pasea con impaciencia esperando a su rival. NATILLAS acude a coger el tirador de la puerta del cuarto de la meja, para que no pueda abrirla.

TUMBAGA.-- ¡Peor todavía!

DON LUIS.-- ¡Si es Alifonso, como sospecho, lo ensarto igual que a una mariposa! Y si ella sale ahora... ¡más vale que no salga!

NATILLAS.-- ¡Que no salga! ¡Mejor será...!

Vuelve DOÑA TUMBAGA toda agitada. Viene hablando con alguien que aún está dentro... DON LUIS no puede resistir más la situación y avanza retador.

TUMBAGA.-- ¡Jesús, María y José!..  
¡Que no ha debido usía  
subir! ¡Que no ha debido!...

DON LUIS.-- ¡Basta de súplicas,  
señora! ¡Que pase ese  
hombre! ¿Dónde está? ¿Dónde es-  
tá el cortejo de la Irene?

En el marco de la puerta por donde ha  
entrado DONA TUMBAGA, aparece el CHIS-  
PERO embozado y se detiene impassible.

El CHISPERO se desemboza. Surge, al  
destaparse, el rostro bellísimo de la  
propia IRENE que sonríe impassible.

DON LUIS se queda petrificado...

IRENE avanza dueña de la situación.  
DON LUIS se arroja a sus pies com-  
prendiéndolo todo, y arrepentido de  
sus veleidades.

DONA TUMBAGA aprovecha el momento pa-  
ra poner de relieve el amor de la ma-  
ja, cuya estratagema tuvo el mérito  
de abrir los ojos a DON LUIS. Este se  
alza, y ambos enamorados se abrazan.

El abrazo se prolonga un poco más de  
la cuenta. DONA TUMBAGA le pone el co-  
rrespondiente comentario...

TUMBAGA.-- ¡Válganos Dios!

DON LUIS.-- Desembozaos ¡si sois  
hombre!

IRENE.-- ¿Y...si soy mujer?

DON LUIS.-- ¡Irene! ¿Es posible?

TUMBAGA.-- ¿Qué no habría hecho  
ella por vos?

DON LUIS.-- Pero ¡si no lo creo!

IRENE.-- Ya puedes matar a mi cor-  
tejo.

DON LUIS.-- Irene...!Perdón!

TUMBAGA.-- ¡Esto ha sido cariño!  
¡Cariño y lealtad!

NATILLAS.-- ¡Y una lección.

DON LUIS.-- ¡Nunca me querrá tan-  
to como yo a ella!

IRENE.-- ¡Luis!

DON LUIS.-- ¡Irene!

TUMBAGA.-- ¡Ay, Pepe! Mañana me  
visto yo de majol!

DON LUIS con desprende de los brazos de ella. Abre el balcón. IRENE va tras él. NATILLAS desaparece rápido por la puerta que va a la calle.

Por la plazoleta -ante el caserón- corren las gentes en dirección al Palacio de Godoy. NATILLAS se une a ellas.

ALIFONSO llega a la plazoleta y detiene a NATILLAS. Este señala al balcón donde la IRENE aprisiona entre sus brazos a DON LUIS. Los dos amigos echan a correr en la misma dirección que llevaba el repostero.

Una llamareda intensa ilumina los cielos. Nuevos grupos corren por las calles... Algunos GUARDIAS cruzan a caballo...

En el balcón, IRENE, enamorada, se mira en los ojos de su adorado. Ha dejado en libertad su caballo largo de mujer...

Abstraido en la contemplación de su amada, DON LUIS le recuerda al oído...

Mientras que sigue cantando DON LUIS, vemos al Palacio de Godoy ardiendo, y a su alrededor, la muchedumbre encendida, de la que se escapa, huyendo, el PUNILLOSO...

SUEÑAN DENTRO UN TIRO Y UN TOQUE DE CORNETA.

DON LUIS.-- ¡La señal!

NATILLAS.-- ¡El motín!...

NATILLAS.-- ¡Muera el choricero!  
¡Muera!

ALIFONSO.-- ¿Y Don Luis? El señor Conde pregunta por él.

NATILLAS.-- Miralo. ¡Don Luis ya ha triunfado esta noche!

ALIFONSO.-- ¡Cualquiera le dice nada!

M U S I C A DE FONDO. (LA MISMA DEL COLOQUIO EN EL JARDIN DEL PRINCIPE)

IRENE.-- ¿Te acuerdas, Luis, te acuerdas de aquella tarde?

DON LUIS.-- Aquella tarde comenzó mi vida.

### CANTADO

DON LUIS.--

Reclinada en la calesa  
y enbozada en la mantilla...  
con el aire de una reina  
satisfecha de reinar...

...y la CONDESA DE ARAVACA asonada al balcón del Salón del Trono de Palacio mirando el panorama que enfrenta la avenida en donde arde la casa de Godoy, y manteniendo en su rostro un gesto de angustiosa inquietud...

Abrazados en el balcón, ausentes del mundo, dicen IRENE y DON LUIS los últimos versos de la estrofa. Detrás de ellos, un tanto alejada, pero tene rosa y al par halagada, DONA TUMBAGA les mira...y se limpia una lágrima.

Ante los ojos de los enamorados se perfila la campanita de una IGLESIA tocando desatinadamente. Le sirve de fondo el resplandor rojizo del voraz incendio.

!con claveles repartidos en el pecho y el tocado...

LOS DOS.--

!M bajabas por la cuesta  
!Yo bajaba de la Calle de Alcalá!

HASTA QUE DESAPAREZCA LA MUSICA DE FONDO RESOLVIENDO EL TEMA, SUENA EL TOQUE DE UNA CAMPANITA.

DON LUIS.-- (HABLADO)

!Aquella tarde, Irene!...!Aquella tarde!...

FIN DE LA PELICULA

\*\*\*\*\*

